

DOS POETAS FUNDACIONALES DE ANTIOQUIA: ANTOLOGÍA

EPIFANIO
MEJÍA Y
GREGORIO
GUTIÉRREZ
GONZÁLEZ

BC
Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

▀ literatura ▀



**DOS POETAS
FUNDACIONALES
DE ANTIOQUIA:
ANTOLOGÍA**

**EPIFANIO MEJÍA Y
GREGORIO
GUTIÉRREZ GONZÁLEZ**

Luis Fernando Macías (Comp.)

BC
▪ literatura ▪

Mejía, Epifanio, 1838-1913

Dos poetas fundacionales de Antioquia [recurso electrónico] : antología / Epifanio Mejía y Gregorio Gutiérrez González ; selección y prólogo de Luis Fernando Macías. -- Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2015.

1 recurso en línea : archivo PDF (359 páginas). -- (Biblioteca básica de cultura colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-8827-67-4

1. Poesía colombiana - Siglo XIX 2. Antioquia - Vida social y costumbres - Poesías I. Gutiérrez González, Gregorio, 1826-1872

II. Macías, Luis Fernando III. Título IV. Serie

CDD: Co861.2 ed. 20

CO-BoBN- a975198



Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

María Claudia López Sorzano
VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala
SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán
DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Felipe Cammaert
COORDINADOR EDITORIAL

Javier Beltrán
ASISTENTE EDITORIAL

David Ramírez-Ordóñez
RESPONSABLE PROYECTOS DIGITALES

María Alejandra Pautassi
EDITORA DE CONTENIDOS DIGITALES

Paola Caballero
APROPIACIÓN PATRIMONIAL

Taller de Edición Rocca
SERVICIOS EDITORIALES

Hipertexto
CONVERSIÓN DIGITAL

Pixel Club
COMPONENTE DE VISUALIZACIÓN Y BÚSQUEDA

Adán Farías
DISEÑO GRÁFICO Y EDITORIAL

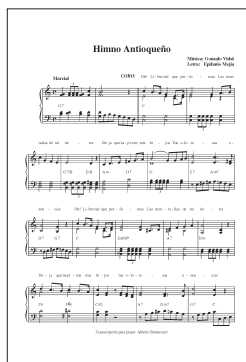
ISBN:
978-958-8827-67-4
Bogotá D. C., diciembre de 2015

Primera edición: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2015

Presentación y compilación:
© Luis Fernando Macías

Licencia Creative Commons:
Atribución-NoComercial-Compartirigual,
2.5 Colombia. Se puede consultar en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/co/>

ÍNDICE



Partitura y letra del
«Himno antioqueño», poema
original de Epifanio Mejía

- PRESENTACIÓN 9

EPIFANIO MEJÍA

- MEDELLÍN VISTO DESDE
PAN DE AZÚCAR 15
- EL HUÉRFANO 19
- LA AURORA DEL 13 DE ENERO 25
- HOY CUMPLIO VEINTE AÑOS 29
- A UN AMIGO 35
- A UNA AMIGA 37
- AL TIEMPO 38
- EL 20 DE JULIO 41
- A MI AMIGO J. N. J. 44
- A MI HERMANA 47
- MIS FLORES 50
- ¡TE DESPRECIO! 51
- LA QUEJA 52
- IMPROVISACIÓN 53
- A UNA NIÑA 56
- EL LORITO DE MI SELVA 58
- EN UN ÁLBUM 61
- LA HISTORIA DE UNA TARDE 62
- LOS DOS RIVALES 66
- PÁGINAS DEL CORAZÓN 69
- ¿QUÉ ES LA MUJER? 74
- GLOSA 76
- LA AURORA DE MI AMOR 77
- ACRÓSTICO 79
- A NATAL 80
- ANTIOQUIA O LA MANO DE DIOS 83
- LA NOCHE 88

▪ EL DOS DE ENERO	90	GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ	
▪ A ASSUNTA	93	▪ A JULIA	159
▪ UN ADIÓS	96	▪ AL SALTO DEL TEQUENDAMA	161
▪ CREPÚSCULOS Y AURORAS	100	▪ ¿POR QUÉ NO CANTO?	165
▪ LAS HOJAS DE MI SELVA	102	▪ CANCIÓN	169
▪ LOS DOS CAZADORES	107	▪ A LOS EE. UU. DE COLOMBIA	170
▪ GLOSA	110	▪ AURES	173
▪ EN LA PLAYA	111	▪ A. R.	176
▪ A ANITA	112	▪ A MEDELLÍN	178
▪ LA CEIBA DE JUNÍN	113	▪ EN EL CEMENTERIO DE SONSÓN	181
▪ EL CANTO DEL ANTIOQUEÑO	118	▪ DIOS	182
▪ LA HISTORIA DE UNA TÓRTOLA	123	▪ CUARTETOS	184
▪ LA MUERTE DEL NOVILLO	124	▪ A MANFREDO (A BORDO DEL VAPOR «ANTIOQUIA» SUBIENDO EL MAGDALENA)	186
▪ SERENATA	126	▪ LA POMPA DE JABÓN	189
▪ QUIERE AMANECER	127	▪ A MI AMIGO SEGUNDO FONNEGRA	190
▪ HISTÓRICO	128	▪ FRAGMENTOS DE UNA CARTA	192
▪ LA HISTORIA DE DOS NIÑAS	129	▪ A MI AMIGO CAMILO FARRAND	198
▪ «EL OASIS»	134	▪ LAS DOS NOCHES	202
▪ LA ROSA DEL ENGAÑO	135	▪ A JULIA	204
▪ EL BESO	137	▪ LA VIDA	207
▪ EL SECRETO	138	▪ EL ROMANTICISMO TÉTRICO	214
▪ EL PESAR	139	▪ MI PASIÓN	221
▪ ADIÓS	140	▪ FRAGMENTOS DE LA VEJEZ	223
▪ LA MARIPOSA	141	▪ UNA VISITA	229
▪ EL CANTO DE LISANDRO	142	▪ EL POETA Y EL VULGO	235
▪ A MARÍA	143	▪ MI MUERTE	242
▪ EL ARRIERO DE ANTIOQUIA	144	▪ A UN NIÑO EXPÓSITO	247
▪ A ANA JOAQUINA MISAS	147	▪ RECUERDOS	251
▪ GLOSA	149	▪ AL DIABLO	254
▪ IMPROVISACIÓN EN EL MANICOMIO	151		
▪ UNA ESCENA EN EL CAMPO	152		

▪ COQUETERÍA	257	▪ A UN RETRATO	310
▪ TU RAMILLETE	260	▪ TRESILLO	312
▪ UNA LÁGRIMA	264	▪ CANCIÓN (DE VÍCTOR HUGO)	318
▪ A UNA CALAVERA	267	▪ A***	319
▪ CANCIÓN	270	▪ SÚPER FLUMINA BABYLONIS	320
▪ LA DESGRACIA	272	▪ LA RESIGNACIÓN Y LA MODESTIA	322
▪ POESÍA	275	▪ EN LA TUMBA DE UNOS GEMELOS	325
▪ ÚLTIMO CANTO DE LORD BYRON	279	▪ TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO	326
▪ LA LÁGRIMA	281	▪ MELODÍAS HEBREAS	328
▪ CANCIÓN	285	▪ A AMELIA	330
▪ MI DULCE SOLEDAD	287	▪ A MI QUERIDO AHIJADO	
▪ A UN RECIÉN NACIDO	290	CARLOS PRADILLA	332
▪ UN PASEO EN ABEJORRAL	292	▪ UN SUEÑO	337
▪ CARTA DE DON RODRIGO	296	▪ MORIR	340
▪ CANCIÓN	301	▪ A MI AMIGO FEDERICO VELÁSQUEZ	344
▪ AL SEÑOR AQUILES MALAVISI	302	▪ A MAGDALENA	346
▪ A VIRGINIA	304	▪ ¡A NADA!	347
▪ ¡ÁMAME, INGRATA!	306	▪ ¡MISERERE!	354
▪ A MI VECINA	308	▪ LA ORACIÓN	357

▪ PRESENTACIÓN

*Aves de rico plumaje
que voláis por la llanura,
¿queréis recuerdos del cisne?
¡Id recogiendo sus plumas!*

EPIFANIO MEJÍA

En este epígrafe, Epifanio Mejía alude a su admirado poeta Gregorio Gutiérrez González. Uno y otro realizaron su obra durante el siglo XIX. Aunque antes de ellos ya existía una tradición literaria en Antioquia, es a ellos a quienes se les considera sus fundadores, tanto por la calidad de sus versos como por el hecho de que expresan lo que Antioquia es como colectividad.

Cuando una comunidad se identifica con uno de sus poetas, es porque este encarna los valores esenciales de su pueblo. El cantor resume y expresa la identidad moral del grupo. Si quisiéramos conocer a fondo el espíritu de una nación, lo hallaríamos manifiesto en la cadencia sentimental y significativa del cantor popular. Cuando el poeta es olvidado y guardado en los anaqueles bajo el polvo, su canto se vuelve fósil, se sabe que el pueblo vive tiempos difíciles porque, ante la ausencia de valores e ideales, estos son sustituidos por el caos y el desorden moral, donde todo es posible y, como todo es posible, es el tiempo de las fuerzas aciagas.

Durante la segunda mitad del siglo XIX Antioquia fue una nación cuyo cantor popular era Gregorio Gutiérrez González.

Si nos atenemos a sus características como poeta, se puede decir que era un pueblo campesino cándido, dedicado al cultivo de la feraz montaña y a la explotación de grutas doradas. Su solaz era el murmullo de los arroyos y sus signos, la transparencia y el amor propio. Se trataba de un pueblo en expansión fecunda que debía domeñar los montes, cultivarlos y poblarlos, de tal modo que la existencia florecía y, en el seno del pueblo, nacía el cantor puro, así como en el bosque brotaban las aguas limpias del hontanar.

Si uno lee los comentarios de su época sobre la poesía de Gregorio Gutiérrez González, se encuentra con que lo llamaban el «Virgilio colombiano», puesto que los críticos veían en su obra una suerte de geórgicas criollas. Al referirse a su poesía, Rafael Pombo escribió que se trataba de «... la poesía descriptiva más directa y pura, más despreocupada y mejor sentida...» y otros agregaban que era ideal, a la par que realista y matemática. Alguien incluso alcanzó a pedir su «... don de gracia para transformar en música del alma la cotidiana prosa que nos rodea».

La tradición antioqueña es como un bosque que extiende sus raíces hasta el cancionero y romancero españoles, y se ha consolidado en más de tres siglos de permanente sublimación entre la flor y el canto. Durante el siglo XIX florecieron los dos primeros árboles de robustas ramas, Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía. A su manera de cantar, se le llamó «nativismo», por aquello de que entre sus temas favoritos se destacan los paisajes y las costumbres sencillas de su suelo, abordados desde la vivencia natural, y expresados bajo el ideal de la transparencia, con la autenticidad del que sabe lo que es y lo es sin pretensiones.

Junto a Gregorio Gutiérrez González, casi siempre, aparece el nombre de Epifanio Mejía, a quien se le mira como la expresión

primigenia de un modo de ser que podríamos llamar la naturaleza antioqueña. Él es el primer arroyo que hace de la vida el canto que es su pueblo: lírico, agudo y sublime como el canario; cándido y triste como la tórtola; de expresión brillante, firme y duradera como «La ceiba de Junín», o épica, altiva y libertaria como el cóndor de cabeza calva.

Hay en los versos de Epifanio la música y el olor a musgo intoxicado del manantial que nace entre la arboleda virgen. Tanto por sus temas épicos, que le dan himno a una nación, pues las estrofas del «Himno antioqueño» fueron tomadas de uno de sus poemas, como por sus características de modestia, transparencia y autenticidad, que lo identifican, es el fundador del espíritu antioqueño.

La tarea del poeta en la soledad de su creación consiste en darle expresión verbal a la esencia espiritual del pueblo del que, sin saberlo, es hijo y fundador mítico, savia y manifestación. Precisamente lo mejor del pueblo antioqueño se puede resumir en uno de sus versos: «la flor de la batatilla, la flor sencilla, la modesta flor».

Hoy Antioquia no es la nación de Gregorio y Epifanio, una herida sangra en las montañas agrestes; el nuestro, ya no es el canto del toche mañanero o del canario que trina, sino el lamento del sucio río, el oscuro relato de la ignominia. Bienvenida sea entonces esta edición popular de los poetas fundacionales de Antioquia, para que los colombianos recordemos lo que en esencia somos los antioqueños y, retornando a la fuente, rescatemos lo que realmente debemos rescatar en nosotros: la pureza, el amor propio, la gracia del amor fraterno.

LUIS FERNANDO MACÍAS



EPIFANIO MEJÍA

CREPÚSCULOS Y AURORAS

▪ MEDELLÍN VISTO DESDE PAN DE AZÚCAR

Dedicado a mi amigo J. M. Rodríguez

Es una tarde apacible,
tan fresca, limpia y serena
cual la primera azucena
que brotó en el bello Edén.
El sol siguiendo su curso
muestra sus rayos brillantes
y en su centro de diamantes
gotas de sangre se ven.

Por los anchurosos cielos
vagan las celestes nubes,
como alas de querubes
dispersas sobre la mar,
la brisa en sus blancas alas
va conduciendo el aroma
que de la flor de la loma
tomó festiva al pasar.

Mil ojos llenos de gozo
miran un valle florido,
por los placeres mecido,
mecido por el amor.
Un Edén, un Paraíso,
hermoso girón del cielo
que Dios arrojó a este suelo
para alivio del dolor.

Eso eres tú, rica tierra
de Colón, flor deliciosa,
los perfumes de esa rosa
eso eres tú, Medellín.
Por ti entonaré mi canto;
por ti pulsaré mi lira,
porque mi alma no suspira
mecida allá en tu jardín.

Por ti que guardas los goces
más puros y verdaderos;
por ti que arrullas luceros
bajo el ala del placer.
Son tus hermosas mujeres
de América las estrellas;
vírgenes, puras y bellas
como la primer mujer.

Sus labios son las corolas
de las más fragantes rosas

y en sus mejillas hermosas
sólo hay tintes de pudor.
Cada cual lleva en su pecho
de caridad la azucena;
cada cual vive serena
bajo el árbol del honor...

De aquí de este inmenso cerro
yo contemplo tus llanuras:
miro tus frescas verduras
como esmeraldas lucir.
Y en cada flor que la tierra
brota para darte grano
mis ojos ven un arcano,
¿sabes cuál? —Tu porvenir—.

De aquí miro tus arroyos
como lucientes diamantes,
como las aguas brillantes
que Dios le mandó al Jordán
y ese río silencioso
que sin detenerse rueda,
cual blanco fajón de seda
tendido en la inmensidad.

Me arrepiento, me arrepiento
de haber osado cantarte,
de haber querido pintarte
sin colores ni pincel.

Bardos tienes que inspirados
te regalarán cantares,
y regarán de azahares
tus campos, limpio vergel.

▪ EL HUÉRFANO

*Son las doce de la noche,
reina un profundo silencio,
y en las hojas de los árboles
suspira el nocturno viento.*

A. LOZANO

▪ I

Tras el ramaje opulento
de un árbol octogenario,
preludia y gime un canario
triste y llorosa canción;
Sus ecos dulces y tiernos
la brisa los adormece,
y en su plumaje se mece
el ronco y fiero aquilón.

Imitan sus tristes cantos
de un moribundo el gemido,
o el acento dolorido
de pasajera ilusión.
Tristes ellos, me revelan
sueños que mi amor doraron,
imágenes que cruzaron
por mi amante corazón.

Escucha, canario, escucha
de un huérfano los lamentos
que navega en los tormentos
de los mares del pesar;
escucha, y cuando mis voces
se deslicen por tu oído,
junta tu canto querido
con mi querido cantar.

¡Pero antes dime si lloras
algún objeto adorado,
o si es solo entusiasmado
por hallarte en libertad!
Dime por qué en el desierto
de estas remotas praderas
das tus quejas lastimeras
al Dios de la Soledad.

¿Por qué en el oscuro centro
de horrísonas tempestades
derramas amenidades
de tu canto angelical?
¿Por qué al son de las borrascas
que rugen enfurecidas
sueñas las notas queridas
de ese tu canto ideal?

¿Tal vez será que has perdido
tu amorosa compañera,

y tu queja lastimera
quieres al cielo mandar?
Pero tus ecos se pierden
con el gemir de los vientos,
¡jamás tus limpios acentos
podrán al cielo llegar!

Tú serás mi tierno amigo,
lindo y precioso canario;
quizá un ángel solitario
eres tú..., yo no lo sé.
Unirme contigo quiero
para llorar mis pesares,
y dar mis tristes cantares
al serafín que adoré.

Tú quizás cuando la noche
levante su cortinaje
y extienda el sol su follaje
alumbrando la creación,
verás al través de rejas
a tu amada compañera
llorando su suerte fiera
en medio de una prisión.

Y esas varillas de hierro
que dividen tu existencia
podrá alguno con clemencia
con fuerte brazo romper:

y entonces tu fiel amiga,
jugueteando entre las flores,
mil caricias, mil amores
te brindará con placer.

Y tú mil besos ardientes
darás a tu compañera,
al volar por la pradera
cantando tu libertad.
Olvidarás los pesares
que el corazón oprimieron
y los velos que cubrieron
tu vida en la soledad.

▪ II

Mas yo que sigo el hilo de la vida
por un desierto oscuro y tenebroso
sólo escucho el suspiro borrascoso
que lanza el huracán al despertar
Yo que perdí desde mi bella infancia,
la flor que perfumaba mi existencia,
tan sólo debo en su inmortal ausencia
mi doloroso llanto derramar.

Una madre perdí..., querida y tierna
cual una virgen del hermoso cielo;
la ruda muerte le tendió su velo
y nos dijo a los dos..., ¡separación!

¿Y qué puedo esperar sin una madre
que recoja mi llanto entre su seno
y aparte de mi pecho el cruel veneno
que la vida le arroja al corazón?

Sin ver jamás la flor en cuyo cáliz
bebí el primer aroma de la vida;
sin nunca ver la estrella bendecida
que al través de la infancia me alumbró.
Sin volver a mirar los tiernos ojos
que derramaban sobre mí destellos;
sin volver a mirar sus labios bellos
que en mis labios mil veces estampó.

Sólo debo llorar..., llorar tan solo
mi desgraciada y azarosa suerte
y aguardar el momento de la muerte
para volar a la mansión de Dios.
Y ver allí la que infundió amorosa
el lampo de sus ojos en mis ojos;
y ver también la que cubrió de abrojos
mi vida errante con su eterno adiós.

▪ III

¡Por eso envidio Canario
esa tu suerte horrorosa,
tu existencia tormentosa,
tu crudísimo dolor!

Pues que en medio de tu llanto
y en medio de tus pesares
escuchas ¡ay!, los cantares
del arcángel de tu amor.

Pero yo, solo en el mundo
sin un ángel de consuelo,
solo clamo al justo cielo
que escuche mi débil voz.
Y en tanto que mis suspiros
se desprenden con mi llanto
escucha mi postrer canto
hermoso canario..., ¡adiós!

▪ LA AURORA DEL 13 DE ENERO

A la señorita M. B.

Ya miro en la alta cumbre de los lejanos montes
los limpios horizontes teñidos de arrebol;
ya miro que aparece bellissimo y radiante
el óvalo brillante del incansable sol.

Ya escucho de las aves los cánticos divinos
que arrullan con sus trinos la dulce soledad;
ya miro en los jardines las flores empapadas
con lágrimas bajadas de un cielo de piedad.

Los glóbulos de nieve en copos divididos
se vienen esparcidos al suelo a descansar;
cual ruedan por el éter centellas inflamadas,
que nubes reventadas supieron arrojar.

La brisa de los aires limpió los horizontes
llevando tras los montes las nubes en porción
Natura coronada de perlas y diamantes
sacude las vibrantes arpas de la extensión.

La fuente diamantina que rueda mansamente
sepulta en su corriente las hojas de la flor;
como sepulta el tiempo en tumba del olvido
el llanto revestido de penas y dolor.

Las fúlgidas estrellas huyeron lentamente
al ver la roja frente del sol al despuntar;
tan solo en el ocaso, y en nubes de corniola,
se mira de una sola, brillante fulgar.

Tal es, bella Mercedes, la aurora matutina
que entreabre su cortina para alumbrarte a ti;
tal es el sol que asoma bajado de la gloria
para empezar la historia de tu vivir aquí.

Porque el piadoso cielo, benigno y cariñoso
te dio un feliz esposo para tu fiel vivir
Un hombre do tus ojos divisan en su frente
la dicha en el presente; la fe en el porvenir.

Tu llanto es hoy gemelo, gemelos tus pesares
tus vírgenes cantares gemelos también son;
gemelos tus placeres, tus ratos de impaciencia,
tu vida, tu existencia, tu amor, tu corazón.

Tal vez la plateada estrella
que en el cielo está prendida,
fue la misma que a tu vida
Dios le concedió al nacer;

y quizá cuando te uniste
al corazón de tu amante
ella se unió a la brillante
estrella del otro ser.

Hoy las rosas de tu vida
se miran frescas, lozanas,
cual las primeras mañanas
de este tu inocente amor.
Hoy el edén de la dicha
se abrió para ti, Mercedes;
en él reinan los placeres
sin átomos de dolor.

Dulce será ver la vida
que se desliza sin penas,
y no sentir las cadenas
del pesar y la aflicción;
ni ver el ropaje oscuro
de un porvenir espantoso,
ni brotar llanto copioso
vertido del corazón.

¡Ay!, que la errante barquilla
de mi vida tormentosa
arribó a la orilla undosa
del incansable sufrir;
y el desgraciado piloto
que es mi mísero destino,

hoy recorre peregrino
las playas del porvenir.

Por eso, perdón, Mercedes,
si en vez de armoniosos cantos
sólo pinto los quebrantos
de mis pesares..., perdón:
que al ver feliz dos amigos
cuando se creen verdaderos
son momentos placenteros
que causan inspiración.

▪ HOY CUMPLO VEINTE AÑOS

A mi madre

▪ I

¡Se fueron..., se ocultaron..., se perdieron
las horas deliciosas de mi infancia!,
volaron cual la efímera fragancia
que arrebatada de un soplo el huracán.
Se fueron esas horas..., se perdieron
cual se pierde la espuma en las ondinas;
cual se pierden las brisas matutinas
que se anuncian, que llegan ¡y se van!

Rodaron como témpanos de nieve
los unos tras los otros mis veinte años,
trocaron mi placer en desengaños,
mi dicha y mi contento por dolor.
¡Todo lo cambia el tiempo! Así la virgen
cambia en esposa y bondadosa madre.
El débil niño en cariñoso padre,
¡la linda joven en caduca flor!

La mansa brisa en borrascoso viento,
la virgen tierra en lodazal fangoso,
la limpia fuente en arenal pedroso,
la vida en muerte, la discordia en paz.
Todo empujado por el fuerte brazo
que rige el cielo y el oscuro abismo:
por ese Ser tan grande cual él mismo,
por ese Ser, de todo ser primaz.

Ayer abrieron su corola hermosa
las bellas flores del vergel florido;
hoy en el mar del silencioso olvido
duermen un sueño que será eternal.
Ayer alzaron su orgullosa frente
los mil palacios hasta el alto cielo;
hoy dispersados en remoto suelo
se hallan los restos de su alteza real.

La férrea mano del caduco Tiempo
abre sus puertas de cristal dorado,
y hay un ángel allí: guardián sagrado
que dice a todo ser: pasad..., pasad...
Pasad la juventud, la edad madura,
la niñez, la inocencia y la belleza;
las glorias, el poder y la grandeza,
todos en confusión: andad..., andad...

Vosotros los que fama conseguisteis
matando sin piedad vuestros hermanos,

pasad con rapidez: ved los arcanos
que guarda la terrible eternidad.
Vosotros los que ansiosos recogisteis
el llanto del mendigo abandonado,
pasad con lentitud; perded cuidado
que allí hallaréis la dicha y la verdad.

En ese Ser que vino de los cielos,
a redimir con sangre gota a gota,
la triste humanidad que oscura, ignota,
rondaba en los abismos del dolor;
en ese Ser eterno y bondadoso
que con solo mirar formó lo creado,
que da el castigo al infernal pecado
y a la virtud el premio de su amor.

▪ II

Veinte años solo han pasado
de mi existencia penosa,
por esa puerta grandiosa
que acabo de describir.
Quién sabe si un solo instante,
diez lustros, un mes o un año,
me guarda ese gran peldaño
que llamamos porvenir.

Ese ser oculto siempre
bajo el palio azul del cielo

y que otro ser, su ancho velo
va alzando con lentitud,
EL TIEMPO; engañoso bardo
divulgador de las cosas,
que ofrece a la vida rosas
y después..., ¡un ataúd!

Veinte años ha que mis ojos
vieron las luces primeras,
esas brillantes lumbreras
que hallé contento al nacer,
cuando mecido en los brazos
de ti, mi madre querida,
tus besos me daban vida
como tu ser me dio el ser.

Sin sentimiento ya entonces,
tus caricias me eran hielo:
hoy las miro como un cielo
a quien debo venerar.
Hoy cuando sé que tú fuiste
la dueña de mi existencia,
te amo con la vehemencia
con que te debo adorar.

Te adoro como a ese padre
con quien partiste tu vida;
más que a la luz escondida
de benigna libertad;

te adoro como adoramos
al Dios que habita en el Cielo;
más que el mendigo al consuelo
de la excelsa caridad.

Como ama la vida el hombre
que en desierto mar, a solas,
con el vaivén de las olas
mira su góndola hundir;
y después calman los vientos
quedando la mar serena,
y cambia la triste escena
de la muerte en el vivir.

Si en pago de los desvelos
que te di, madre querida,
pudiera darte la vida
al terminar mi canción;
yo vertiera gota a gota
la sangre que siento helada,
hasta dejar desecada
la fuente del corazón:

Pero los tiernos afanes,
las caricias amorosas
y las horas tormentosas
que tú pasaste por mí,
aunque en mis venas hubiera
en vez de sangre mil vidas,

nunca se vieran cumplidas
dándolas todas por ti...

Lleno de dicha y contento
bajaré a la oscura tumba
si oigo que tu voz retumba
en mi muerto corazón;
si siento en mi helada frente
de un beso tuyo el rocío;
¡si envuelto en el llanto mío
se va tu llanto al panteón!

▪ A UN AMIGO

... Oye los cánticos,
¡pobres esdrújulos!,
que dicta férvido
mi corazón.
Nacieron huérfanos
sin una cítara,
sin una lágrima
de inspiración.

Dile que rápidas
volaron plácidas
las horas cándidas
de mi niñez,
que cual relámpago
de trueno horrísono
llegué a la cúspide
de la vejez.

Pero que el fúnebre
velo fantástico,
de olvido gélido
que a él cubrió
no puede el ábrego,
de ausencia lúgubre,
romper con ímpetu
mi afecto..., ¡no!

▪ A UNA AMIGA

De mayo una mañana
fresca, serena, hermosa,
yo vi un botón de rosa
que comenzaba a abrir,

Y perlas de rocío
en su purpúreo seno
de grato aroma lleno
trémulas relucir.

A la mitad del día
era una linda rosa
que brillaba orgullosa
en todo su esplendor;

Al terminar la tarde
menos hermosa estaba,
pero en cambio exhalaba
más agradable olor.

▪ AL TIEMPO

Veloz, veloz, cual ráfagas de nubes
cruzas, ¡oh Tiempo! ¡De mi patria el cielo!
¡Siempre llevando en nacarado velo
del Dios la cifra que tu ser formó!
Te he visto a veces silencioso, humilde,
rodar envuelto en diamantina alfombra;
otras cubierto con la negra sombra
que algún fantasma sobre ti arrojó.

¡Incomprensible, incomprensible Tiempo!
¿Por qué te vistes con lunetas de oro,
y luego arrojas tempestuoso lloro
sobre los seres que te ven cruzar?
¿Por qué me traes tenebrosas noches,
llenas de luto, de terror y espanto?
Noches que arrancan a mis ojos llanto,
¡Llanto que rueda en abundante mar!

Cuando los rayos por el éter cruzan
rasgando el seno de la nube undosa,
y que a torrentes el granizo empoza
la tierra donde viene a descansar;
cuando cruzas en carro de tinieblas
rugiendo por los ámbitos del mundo,
entonces, ¡oh Tiempo!, mi dolor profundo
contigo mismo me hace delirar.

Pienso que tú revuelves en los aires
monstruos cargados de hórridas cadenas;
y que las densas nubes son sus venas
de donde brota lluvia y tempestad;
y que ese mar que cubre medio mundo
fue de tu cuerpo el primitivo lecho,
donde un gigante te rasgara el pecho
para nacer de allí a la inmensidad.

Mas cuando cruzas por mi patria amada
con brillantes faroles encendidos,
¡pensamientos de gloria revestidos
en mi mente se vuelven a posar!,
yo miro entonces al nacer el alba
jaspeadas nubes de color rosado;
y luego al sol que rompe el enrejado
de árboles mil por do se ve asomar.

Después le miro que con raudo paso
corta veloz la bóveda azulada;

más tarde, al fin, al fin de su jornada
mis ojos ven su frente sepultar;
y aparecer cual óvalo de oro
la refulgente y solitaria luna;
como aparece un lampo de fortuna
por momentos no más en nuestro hogar.

Yo pienso entonces..., sí, mis pensamientos
¡son manantiales de esperanza y gloria!
ráfagas, ¡ay!, que alientan mi memoria
con la ilusión de un nuevo porvenir...
Extraña condición, ¿por qué yo quiero
que pase el tiempo en carro de diamantes,
y que jamás las nubes ondulantes
apaguen su zafireo relucir?

¡Cuando la mano que formó los mundos
es la que rige su sonante rueda!
¡Cuando ella misma en átomos de seda
universos pudiera transformar!
Sigue tu marcha, ¡oh Tiempo!, ¡aunque tus nubes
broten volcanes de quemante fuego!
Que yo tan sólo el suplicante ruego
al Dios que me formó, ¡sabré elevar!

▪ EL 20 DE JULIO

A mi respetado amigo el Sr. Cipriano Rodríguez

Cual trueno que estremece las órbitas del mundo
colérico anunciando desolación doquier;
así la altiva España de su región, sentada,
mil rayos fulminantes fanática y osada
colgaba suspendidos de América en la sien.

Mas una voz potente, terrible y majestuosa,
salió como brotada del seno de un volcán,
diciendo a los tiranos de América: en la frente
pronto veréis un hombre que diga omnipotente
«La esclavitud despótica se cambia en Libertad».

Entonces se encontraron cual negras tempestades,
cual choque de dos rayos sobre áspero peñol
la esclava y la señora... Pero, ¡ay!, que en la batalla,
la esclava dirigiéndole torrentes de metralla,
frenética e iracunda, rompióle el corazón.

Fue entonces cuando vimos desaparecer la noche
al rayo prepotente del sol de libertad;
fue entonces cuando vimos la América triunfante
y al déspota colérico, errático, ambulante,
cual huérfano le vimos cruzar el ancho mar.

¿Qué fue? Que un alto genio con mano poderosa
al ver su amada patria gemir en la opresión,
cual león enfurecido que bate sus melenas
se abalanzó a romperle las hórridas cadenas
gritándole entusiasta: ¡Soy yo el Libertador!

Bolívar fue su nombre: Bolívar el gigante,
a cuyo noble impulso rodó la esclavitud,
volcando en su caída aquellos que lidiaron
y en nuestra propia sangre indignos se mancharon,
por dar a nuestra patria cadenas y ataúd.

Allá sobre las cumbres de América inocente
se vio después un árbol su copa levantar
y allí a su dulce sombra duerme el tranquilo sueño
que un ángel le custodia, cantándole risueño
los himnos inmortales de paz y libertad.

Ese árbol bonancible que abriga con su sombra
las selvas y los prados, los montes y la mar,
aumenta sus perfumes si siente blandamente
que el ángel del recuerdo se lanza en el ambiente
cantando de Bolívar la excelsa majestad.

Por eso yo levanto la losa del sepulcro
para que se oiga en ella mi entusiasmada voz
y ver que mil colosos guardianes de esa historia
sus vidas ofrendaron para llenar de gloria
la patria de Bolívar, la virgen de Colón.

Gloria a tus nobles hijos, América, tus ninfas
adornen con laureles su losa sepulcral,
y tú Bolívar, genio, gemelo del portento
si quieres que te canten después del firmamento
empuja de los siglos la marcha general.

▪ A MI AMIGO J. N. J.

La vida es un Edén..., fragantes flores
aromatizan su brillante cielo,
cuando al través de diamantino velo
miramos la niñez.

Entonces, ¡ay!, mimados en los brazos
de un ángel bello que nos seca el llanto
vemos pasar las horas sin espanto,
sin luto y lobreguez.

La vida es un volcán..., cráter ardiente
cuando sólo se vive de ilusiones,
cuando pulsa frenéticas pasiones
la fiebre del dolor.

Marchitas contemplamos una a una
las flores que nos diera la esperanza,
hallamos por doquiera gran mudanza,
¡mudanza en el amor!

Tú has visto deslizarse cinco lustros,
fugaces como raudos torbellinos,
has visto de la vida los caminos
que conducen al mal.

Y tienes dibujada allá en tu mente
y en el centro feliz de tu memoria
una historia fatal, fatal historia,
¡una historia fatal!

Es la triste, cruel y lamentable
de unos seres queridos que te amaron,
de unos seres que ansiosos derramaron
la vida sobre ti.

Después huyeron para siempre, huyeron
del mundo del dolor al mundo santo,
dejaron en tus ojos crudo llanto
y en tu alma el frenesí.

Huyamos, caro amigo, abandonemos
recuerdos que atormentan nuestra vida,
y escucha del placer la voz querida,
la voz del corazón.

Yo he querido cantar, cantar las horas
que natura ha brindado a tu existencia;
si un recuerdo evoqué con inclemencia,
¡perdón, perdón, perdón!

Yo sé que se refleja esplendorosa
la estrella del honor sobre tu frente

y que allí vivirá perennemente
sin temor, sin afán.
Sé que del mundo las revueltas olas
nunca jamás empeñarán su lumbre,
ni arribarán a la elevada cumbre
do los honores van.

Y en tanto que se pierden mis canciones
al soplo de los vientos y la brisa,
me dicta el corazón una sonrisa,
sonrisa de amistad;
si acaso la recibes con afecto
si a la mar no la arrojas del olvido,
por siempre quedaré reconocido
de tu fina lealtad.

▪ A MI HERMANA

Mi dulce hermana, mi querido arcángel,
faro brillante de mi noche oscura;
modesto rayo de inocencia pura,
mi amor, mi corazón.

Escucha el canto que por ti levantan
mi alma, mi voz, mi desacorde lira,
lánguido aun: si el corazón suspira,
suspiros son de amor.

Sí, yo te amo, como amarse pueden,
glorias, grandeza, vida, padres, mundo;
con ese amor frenético y profundo
con un inmenso amor...

Solos vagamos del destino al soplo
por el desierto de la triste vida;
tú la barquilla entre una mar perdida,
seré tu fiel timón.

Tú para mí la cándida azucena
nacida en el jardín de mi esperanza
la estrella que ilumina en lontananza
mi senda de dolor.

Lejos estamos de los tiernos padres
que la existencia a ti y a mí nos dieron,
que nuestra bella cuna remecieron
de la quietud al son.

Lejos también están nuestros hermanos,
esos tiernos hermanos tan queridos,
sus llantos, nuestros llantos y suspiros
hermanos todos son.

Y empero, a seres que nos son tan caros
los cubre ausencia con su pardo velo;
siquiera de los vientos en el vuelo
démosles un adiós.

Y si llegare de la muerte el golpe
a dividir tu vida de mi vida,
una tumba te doy..., ¡virgen querida!
¡Te doy mi corazón!

Si no eres tú..., si el grito del destino
anúnciame la muerte a mí primero,
un adiós me darás..., ¡adiós postrero!
Y una santa oración...

Sigamos, pues, del porvenir la noche,
llevados por el rápido presente,
¡sin ver jamás...! Jamás en nuestra frente
la mancha de un borrón.

Que así los lirios de la vida crecen
sin que el tiempo les robe su fragancia,
juventud y vejez son siempre infancia,
para el que adora a Dios.

▪ MIS FLORES

(Canción)

En los jardines de mi triste vida,
bajo el ramaje de un ciprés llorón,
han crecido, señora, tres jazmines
llamados *Esperanza*, *Fe* y *Amor*.

Mis pobres flores necesitan riego,
necesitan de un sol la claridad:
sé tú la brisa que el rocío les traiga
sé tú ese sol, mujer angelical.

Yo te daré la flor de mi *Esperanza*,
te daré de mi *Fe* la tierna flor;
si quieres más, yo te daré, señora,
todo mi ser, mi amor, mi corazón.

Escucha pues mi súplica inocente,
escucha de mi lira el tierno son;
que yo daré para tu frente de ángel
de mi jardín la más hermosa flor.

▪ ¡TE DESPRECIO!

(Canción)

¡Mujer! ¡Mujer!... ¡El rayo de tus ojos
lanzaste sin piedad sobre mi pecho!
Rompió mi corazón..., giró derecho,
¡y el alma y la quietud me destrozó!
Y un volcán..., ¡un volcán que aun apagado
mi corazón solícito guardaba,
lo encendiste mujer...! ¡Su ardiente lava
mi corazón quemó!

¿Y hoy quieres con desdén, ¡con desdén sólo!
pagar mis horas de pesar y duelo?
Te engañas, ¡oh mujer!, tu lindo cielo
¡con el desprecio marchitar sé yo!
Que aquí en mi pecho se rebulle un alma
que siente del desdén el fiero agravio,
¡y arroja polvo al orgulloso labio
que polvo le ofreció!

▪ LA QUEJA

(Canción)

No hay una mano que recoja férvida
el llanto que me quema el corazón;
no hay unos ojos que me miren plácidos,
no hay unos labios que me den su amor.

Y en vano adoro con pasión volcánica
una mujer hermosa como el sol...
más bella que las Evas del Atlántico,
graciosa como el ángel del amor.

Yo diera en cambio de una sola lágrima
vertida para mí..., siendo de amor,
todos los bienes de una suerte próspera,
mi porvenir, mi ser, mi corazón.

Por el rocío de esa flor selvática
que el aura en su corola derramó,
cruzara yo los mares de la América
si hubiera de aspirar su grato olor.

▪ IMPROVISACIÓN

A la señorita...

¡Qué bellos son los cielos
cuando a la luz brillante
de luna centellante
se mira la creación!
Cuando se ven los astros
cual vírgenes divinas,
cual perlas diamantinas,
cual lampos de arrebol.

¡Qué hermosos son los cielos
cuando la brisa errante
se duerme sollozante
sobre la virgen flor;
cuando al compás sonoro
de raudos aquilones
vienen las ilusiones
del corazón en pos!

¡Entonces se convierten
las flores del martirio
en un silvestre lirio
de nítido frescor!
Entonces la esperanza
cual un botón de rosa,
se muestra cariñosa
en cada corazón.

Por eso, en este instante
que llegan a mi mente
cual rápido torrente
los goces en porción;
tener quisiera próximas
las límpidas estrellas
para alumbrar con ellas
tu guirnardilla en flor.

Quisiera que del cielo
bajaran los querubes
mecidos en las nubes
de célico crespón;
para que alegres vieran
tus hojas y tus flores,
y luego sus loores
alzarán en tu honor.

Si tú formas coronas
a finas pinceladas,

quedando dibujadas
con gracia natural;
yo con mis pobres versos,
y con respeto santo,
doy coronas de acanto
para tu sien ideal.

Parecen ser nacidas
esas tus flores bellas,
a las primeras huellas
de lluvia matinal.
Mas no; que ellas son hijas
de claro entendimiento,
y al soplo del talento
se vieron despuntar.

Si en urna de diamantes
pudiera colocarlas
y siempre libertarlas
del tiempo y su raudal:
ansioso la guardara
dentro del pecho mío,
dándoles por rocío
mi férvida amistad.

▪ A UNA NIÑA

Como tiende la tórtola el vuelo
de su nido a distante región,
tú a la tierra bajaste del cielo
blanca niña, perfume de Dios.

Como frágil, incauta barquilla
que las aguas empieza a surcar
yo te miro del mundo en la orilla...,
ya tus pies en sus ondas están.

Paso a paso te irás alejando
blanco cisne, viajero del mar;
de tu infancia las playas dejando
a lo lejos sus selvas verás.

Nunca temas del mar la inclemencia
que tus padres tu amparo serán,
lleva el bien por timón: la inocencia
tu piloto en el mundo será.

¡Qué preciosa te miro en tu cuna!
¡Si supieras lo bella que estás!
Como rayo de fúlgida luna
en el cáliz de blanco azahar.

Es tu llanto tan puro y tan tierno
como el riego del aura sutil;
el perfume del beso materno
aún se aspira en tu labio infantil.

Yo también como tú fui inocente,
yo también en mi cuna dormí
y también en mi pálida frente
de una madre los besos sentí.

Mas aquellos instantes volaron
y con ellos mi infancia pasó;
los recuerdos no más me quedaron
como restos que el tiempo olvidó.

Boga, boga, viajera inocente,
de la mar al tranquilo vaivén:
y al arrullo de plácido ambiente
se deslice tu blanco bajel.

▪ EL LORITO DE MI SELVA

Bello lorito que tu nido tienes
allá en el hueco de mi vieja palma,
antes que salga la rosada aurora
rompe el espacio con tus verdes alas.
¡Ay!, aunque dejes a tus dulces hijos
y aunque abandones tu querida patria,
vuela, lorito, a visitar la cuna
de mi Natalia.

Yo iré de tarde a tu silvestre nido
y allí sentado entre las verdes ramas,
a tus polluelos les daré alimento
y blando musgo tenderé en su cama;
mientras que tú como la rauda flecha
que en el desierto el cazador dispara,
vuelas, Lorito, a visitar la cuna
de mi Natalia.

Si acaso llegas cuando esté dormida,
bate sobre ella tus brillantes alas,
que la inocencia se despierta siempre
con el susurro de las frescas auras.
Cuando la mires, cuando ya sus ojos
cual frescos lirios a la luz entreabra
dile, lorito, que la adoro y quiero,
con toda mi alma.

Dile que la amo, como en noche oscura
ama el marino la desierta playa;
como ama el rico su tesoro oculto,
como ama el pobre de su choza el agua;
que de mi vida en el marchito tronco
ella, cual yedra, vivirá enredada,
y que por eso la idolatro y quiero
con toda mi alma.

Dile que tengo en mi preciosa selva
lindas palomas que de noche cantan,
flores que nacen entre el blando musgo,
nidos que cuelgan de las verdes ramas;
que aquí se aviva entre las altas rocas
el fuego oculto de mi joven alma
que de mi selva los perfumes todos
son de Natalia.

¡Mi Dios, buen Dios! a la graciosa niña
que hoy de la vida en el océano se halla,

¡oh, no permitas que feroz tormenta
rompa la nave donde va embarcada!
¡Oh, no permitas que esa flor del cielo
sin yo admirarla la deshoje el aura!
¡Llévame pronto a donde está esa virgen
de mi esperanza!

Yo quiero verla y abrazarla quiero,
quiero estampar en su boquita amada
un dulce beso que penetre ardiendo
hasta el santuario de su virgen alma.
Ella es la aurora de mis bellos días,
ella es la tarde de mis horas gratas,
ella es la antorcha que ilumina el cielo
de mi esperanza.

Yo quiero guiarla en la espantosa noche
de este desierto de la vida amarga,
porque ella es hija de una madre que amo
y es retoño de un árbol de mi casa,
es la tercera flor que mis amigos
han agregado a su nupcial guirnalda
y yo esas flores las adoro, y quiero
como si fueran del jardín de mi alma.

▪ EN UN ÁLBUM

Como nace prendida de una piedra
la hermosa flor de la silvestre yedra
escondida en la mustia soledad;
así yo dejo en tu álbum estampada
como huérfana oculta y olvidada
la tristísima flor de mi amistad.

Hoy no le pidas a mi lira un canto,
que ella empapada está en amargo llanto
y cubierta de luto y lobreguez;
si te dejo esta página escondida
es porque el luto de mi triste vida
vive siempre a la sombra de un ciprés.

▪ LA HISTORIA DE UNA TARDE

En el álbum de Dolores

Como viven ocultas y olvidadas
las violetas que siembra el jardinero,
así voy a sembrar en estas hojas,
las tristísimas flores de *un recuerdo*.

Como nace la yedra solitaria
entre el ramaje de un arbusto tierno;
así voy a dejarte amiga mía,
la flor de mi amistad en tu álbum bello.

La dulce primavera ofrece flores,
las flores dan su perfumado aliento;
y yo que soy como el ciprés del campo
sólo unas ramas de dolor te ofrezco.

Tú sabes que mi lira está enlutada,
que muda y triste la arrojé al silencio...,
que si hoy la pulso para darte un canto,
tristes serán sus destemplados ecos.

Es que mi patria se lamenta y gime,
como una niña en su prisión de hierro
y sin llorar con mi querida Antioquia,
¡ay!, yo no puedo levantar mi acento.

Oye, Dolores..., de una negra historia
yo voy temblando a descorrer el velo,
que de la escena que pasó en mi patria,
en la historia jamás se vio otro ejemplo.

Era de tarde..., en la mitad de un claustro
postradas de rodillas en el suelo,
oraban unas monjas solitarias,
ante la imagen del Autor Supremo.

Rodaban por sus cándidas mejillas,
gruesas lágrimas, frías como el hielo...,
y pálidas..., convulsas..., y temblando,
todas alzaban al Creador su ruego.

De repente los golpes de un martillo,
sonaron en las puertas del convento...
¡Era que el vicio a destruir seguía
de la virtud el sacrosanto templo!

Las sardónicas risas del impío;
el hierro que chocaba contra el hierro;
la algazara..., el sarcasmo..., la blasfemia,
semejaban los ecos del infierno.

Al fin los goznes de las viejas puertas,
al impulso del bárbaro cayeron,
y las tablas al golpe del martillo
rodaron en pedazos por el suelo.

Cual aves de rapiña que se lanzan
sobre un nido de alondras, indefenso,
y que se gozan al coger la presa
en el *piiio* que exhalan los polluelos,

lánzase así la soldadesca impura
sobre el sacro recinto del convento,
y se gozó con el lamento triste
que daban esas vírgenes del cielo.

Como manadas de inocentes ciervas,
que lleva el cazador entre sus perros,
desfilaron temblando unas tras otras,
las palomas del santo monasterio.

¡Ay!, les robaron su quietud, su calma!
¡Las arrancaron de su virgen lecho!
¡Y no contentos con robar su dicha
hasta su tumba les robaron luego!

Cuando pasaba la inaudita escena
bajo las altas bóvedas del templo,
sobre el verde balcón de un edificio
un hombre se mostraba satisfecho.

Tal es, Dolores, la terrible historia
que hoy registramos en mi patrio suelo,
y ella es apenas el primer preludio
de la tormenta que nos guarda el tiempo.

▪ LOS DOS RIVALES

Me cuentan que del Funza
las temblorosas aguas
se mueven entre lechos
de temblorosas gramas;
que sus ruidosas olas
así calladas bajan...
Y luego como furias
revueltas y apiñadas
se lanzan al abismo
del hondo Tequendama;
y suben los vapores
y toldan la cascada;
y se oyen entre el seno
del monstruo de las aguas
hirviendo y resonando
las olas reventadas.

Y tiende el arco iris
sus caprichosas fajas,
orlando el níveo manto
del viejo Tequendama.
¡Oh Salto! Aquí en Antioquia
entre ásperas montañas
hay un rival oculto
que desafía tus aguas;
el blanco Guadalupe
desde una cumbre salta,
y rompe en el espacio
sus espumosas mangas;
y vuela hasta un abismo
y desde allí se lanza
y entre otro abismo cae
y vuelve y se levanta;
y en un bramido eterno
por una eterna falda
revienta los tropeles
de sus chorreras blancas.

En apacibles tardes
cuando la selva calla,
y el caminante a solas
a contemplarlo para:
el viejo Guadalupe,
señor de la montaña,

derrama por los vientos
su tronamenta de agua.

▪ PÁGINAS DEL CORAZÓN

La historia de otra tarde.

En otro álbum

▪ I

Vengo, señora, en tu precioso libro
a derramar mi corazón entero,
porque es la historia de mi amor primero
la que pretendo referirte yo.
Hoja nacida en mi primer ensueño,
flor cultivada en mi primer ventura,
pluma de cisne a quien la suerte dura
de su ala blanca sin piedad quitó.

Tú debieras vivir en mi memoria,
como la niña entre su virgen cuna,
y no al fiero vaivén de la fortuna
salir al mundo a perecer, tal vez.
Pero quiero arrancarte de mi pecho,
preciosísima página escondida,
y que vuelas cual hoja desprendida
que robaron los vientos al ciprés.

■ II

Era una tarde de diciembre. Triste
y en el Ocaso se ocultaba el día,
la luna en el Oriente aparecía:
ella estaba paseando en su jardín.
La vi, me vio..., y desde aquel instante
yo no he visto otros ojos como aquellos,
ni otros labios de púrpura más bellos,
yo no vi una mujer, vi un serafín.

Yo iba marchando descarriado y solo
pensativo y extraño peregrino
y apareció esa luz en mi camino
y esparció sobre mí su resplandor:
«¡*Es Ella!* ¡*Es Ella!*», el corazón me dijo,
y yo seguí sus solitarios pasos,
y abrí mi corazón y abrí mis brazos,
y empapé mi existencia en su fulgor.

Más pura que el crepúsculo del día
cuando las selvas y los campos dora,
como la gota de ámbar que la aurora
vierte en el cáliz de la virgen flor;
más preciosa que el sol de la Esperanza,
más bella que la antorcha de la noche,
más que la yedra al entreabrir su broche,
más que la rosa al despedir su olor.

Que *Ella* tiene del niño la inocencia,
y *Ella* tiene del ángel la hermosura,
porque *Ella* es tierna, candorosa y pura
como el niño y el ángel al dormir.
Son sus ojos dos rayos de alegría
y ellos no saben que los amo y quiero,
y ellos no saben que por ellos muero,
y no saben que son mi porvenir.

Dos botones de rosa son sus labios,
son sus mejillas de clavel y grana,
su mirada el albor de la mañana,
y su frente de virgen un jazmín.
Tiene la timidez de la gacela,
la pureza y candor de la paloma;
cuando entreabre sus labios hay aroma
porque brota el aliento de un jardín.

Si el alba tiende entre las blancas nubes
su virgen manto de coral y rosa
es porque roba a su mejilla hermosa
púrpura y nácar, virginal color;
si tras la larga y silenciosa noche
despierta el sol en el rosado oriente,
es por beber de su mirada ardiente
rayos y luz y lampos y fulgor.

Cuando me han abrasado sus miradas,
y he bebido en sus ojos mi consuelo,

yo he creído mil veces que del cielo
el ángel de la luz se desertó;
que vino al mundo a iluminar la tierra,
a regar en los campos la alegría;
de un caos a animar la losa fría,
la yerta losa do mi amor nació.

Es un hermoso relicario su alma,
es un foco de luz su pensamiento,
es un canto del Génesis su acento,
y el arpa de David, esa es su voz.
Y yo adoro en silencio esa hermosura
y tiemblo siempre cuando quiero hablarle,
porque he creído que mi amor contarle
es ofender un ángel de mi Dios.

Pero si es cierto que a los ojos sale
del alma triste la secreta historia,
Ella debe saberse de memoria
las hojas de mi amante corazón;
Ella debe saber que la idolatro,
que es de mi noche la brillante luna,
que es mi amor, mi esperanza, mi fortuna,
mi fe, mi porvenir, mi religión.

Y nada importa que mi amor ignore,
con haberla encontrado estoy contento,
y soy feliz con escuchar su acento,
y soy feliz con profesarle amor.

Suspendida de mi alma está su imagen
y brilla allí dentro del pecho mío
como brilla la gota de rocío
sobre la mustia y olvidada flor.

Ella le da vigor a mi existencia,
y amor al corazón y fuerza al alma,
y hace que viva en apacible calma
el tormentoso mar de mi pasión.
¡Bendita flor de mi primer ventura!
¡Rosa bendita de mi amor primero!
Tú regaste de aromas mi sendero
Yo te ofrezco un altar, ¡mi *corazón!*

▪ ¿QUÉ ES LA MUJER?

¡Una mujer...!, la estrella de los cielos;
la virgen que embalsama los pesares,
la perla más hermosa de los mares;
la azucena más bella del vergel:
la esperanza, la gloria, la grandeza,
el porvenir, el todo, la fortuna...
¡Una mujer...! la refulgente luna
¡que alumbra de la noche la vejez!

A veces es la tigre que rugiendo
muerde feroz el pecho de su amante...
le arranca el corazón y delirante
lo lame divirtiéndose con él...
La sierpe que lo envuelve en sus anillos
haciéndolo penar... la fiera leona
que el hogar de sus hijos abandona
para seguir el rumbo del placer.

Mas una virgen candorosa y bella,
un ángel lleno de inmortal pureza,
es para el hombre su única grandeza,
su fortuna mayor, su mayor bien.
Yo adoro a la mujer por sus virtudes;
yo adoro a la mujer por su inocencia:
la altivez, el orgullo, la opulencia,
yo no busco jamás en la mujer.

▪ GLOSA

*¡Fatalidad...! ¡Fatalidad impía...!
Pasa la juventud, la vejez viene;
y nuestro pie que nunca se detiene
recto camina hacia la tumba fría!*

ESPRONCEDA

¡Pasó la luz de mi querida infancia!
¡Murió mi padre y la esperanza mía!
¿Todo pasa en el mundo? ¡Todo!, ¡todo!
¡Fatalidad...! ¡Fatalidad impía...!

El beso de una madre en nuestra cuna
los sueños infantiles entretiene...,
mas, ¡ay!, que al fin nuestra niñez se acaba,
pasa la juventud, la vejez viene...

Cuando gozamos la suprema dicha
que al corazón en la ilusión mantiene,
quisiera el hombre suspender su marcha
¡y nuestro pie que nunca se detiene!

Es que el Destino con su voz de hielo
«¡Pasad! nos dice, ¡a la vejez sombría!».
Y empuja al mundo porque el mundo todo
recto camina hacia la tumba fría...

▪ LA AURORA DE MI AMOR

ÉL

Amémonos los dos, amiga mía,
unamos mi tristeza y tu alegría,
juntemos tu placer con mi dolor.

ELLA

Amémonos los dos, soñado mío,
como se aman las flores y el rocío,
como se aman los ángeles de Dios.

ÉL

Dame, pues, una prueba de ternura,
un algo parecido a la ventura,
un algo que me llene el corazón.

ELLA

Daré para tu frente de poeta
mil coronas de mirto y de violeta,
y encerraré un suspiro en cada flor.

ÉL

Es que toda corona tiene espinas,
y en las flores más frescas y divinas
algún insecto el céfiro guardó.

ELLA

Te daré una sonrisa apasionada,
te daré una dulcísima mirada
donde brille el incendio de mi amor.

ÉL

Hay sonrisas que encierran la falsía;
hay miradas, también, amada mía,
que guardan un abismo de dolor.

ELLA

—¿Qué quieres, pues, para quedar saciado?
Yo tengo aquí mi corazón guardado;
¿quieres darle tu pecho por prisión?

ÉL

—Quiero algo más que el corazón, señora,
quiero ver en tus ojos una aurora
que brille con eterno resplandor.

quiero de tu alma virginal rocío.

—¿Una lágrima quieres? —Sí, bien mío,
esa es la aurora que apetezco yo.

▪ ACRÓSTICO

A nita, si me amas si la suerte
N unca puede alejarnos a los dos...
¡A h!..., si nacimos para amarnos siempre,
J untos sigamos al altar de Dios.

O scuro puede ser nuestro camino...
A tu lado yo siempre marcharé;
¿Q ué nos puede aterrar, ¡ángel querido!
U niendo mi Esperanza con tu Fe?

I mposible, *Natai*, que aquí la suerte
N os señale la senda del dolor!
¡A h! Si nacimos para amarnos siempre
¡O tro rumbo merece nuestro amor!

C olocada en la rosa de tus labios
H oy la suerte se encuentra para mí...
¡O h!..., si merezco tu preciosa mano
A dorada *Natai*, pronuncia un *sí*.

▪ A NATAI

En su día

▪ I

Remecieron, *Natai*, tu bella cuna
las dulces brisas del florido abril:
¡Bendito aquel instante en que a la vida
tú apareciste para ser feliz!

Niña inocente, mariposa de oro
que volaste del mundo en el jardín,
¿Por qué cuando naciste no buscaste
la dulce cuna donde yo nací?

¿Por qué no fuiste a mi paterna casa
preciosísimo y tierno serafín?
¿Por qué no fuiste a anticipar mi dicha
y hacerme desde entonces más feliz?

¡Cuántos besos mi madre hubiera dado
en tu cándida frente de jazmín!

¡Cuán dichosa mi infancia hubiera sido
caminando en el mundo junto a ti!

Diez y ocho primaveras que han bordado
tu camino en la senda del vivir,
diez y ocho siglos de constante dicha
hubieran sido, mi *Natai*, así.

▪ II

Remecieron, *Natai*, mi dulce cuna
también las auras del risueño abril.
¡Dichoso aquel instante en que a la vida
yo abrí los ojos para ser feliz!

Niño inocente, ruiseñor sin alas,
que del mundo salté sobre el pensil,
¿por qué no vine a visitar tu cuna
y a quererte y amarte desde allí?

¿Por qué no vine a tu paterna casa
preciosísimo y dulce serafín?
¿Por qué no vine a anticipar mi dicha
para ser desde entonces más feliz?

¡Cuántos besos, también, tu dulce madre
hubiera derramado en mi vivir!
¡Qué dichosa mi infancia hubiera sido
si me vienes amando desde allí!

Cinco lustros y un año que he contado
caminando en la senda del sufrir,
convertidos en ratos de alegría
los hubiera pasado junto a ti.

■ III

Si tú no fuiste a mi paterna casa,
si a tu casa tampoco vine yo,
Dios que me crió para adorarte siempre,
el camino, más tarde, me enseñó:

Te vi, me viste, te adoré, me amaste...
¡Bendita sea la hora en que te vi!,
¡y bendito también aquel instante
en que me amaste y te adoré yo a ti!

▪ ANTIOQUIA O LA MANO DE DIOS

(Fragmento)

▪ PRÓLOGO

▪ I

Es un ancho cañón de hermosa tierra
agradable, animado, pintoresco;
es un valle espacioso, alegre y dulce
y colgado, cual cuna, de dos cerros;

Por su sólida base, murmurando
pasa un río con ondas, dulce, lento.
Y resbala entre rollos de verdura
como sierpe arrugada sobre el suelo.

Hay llanuras inmensas en el valle,
y del río a los lados, aunque lejos,
como un hombre con niños en un campo
un *rey-pueblo* se ve con otros pueblos:

Tiene grandes y hermosos edificios;
tiene torres y cúpulas y templos;
y es ciudad populosa..., y tiene quintas
y enlutados y tristes cementerios.

▪ II

En su plaza empedrada hay una pila,
y es de fino metal con cerco negro,
y por muchas gargantas brota el agua
que se agita saltando entre su seno
y a su pie con las alas entreabiertas
cuatro *buitres marinos* hay suspensos.

Y en su plaza rodeada de balcones
se levanta la cúpula de un templo;
cuando el sol en oriente se despierta
y sacude en la cumbre sus cabellos,
de su torre elevada, cual fantasma,
una pálida sombra cae lejos.

Y hay ministros que tocan las campanas
pero el pueblo no atiende a sus acentos...
y las hojas del templo están cerradas,
sus ministros están en los desiertos.
Y hay deleite y hay pompa y hay orgullo
y hay..., ¡todo lo que es malo!, en ese suelo.

▪ III

Y sus calles son rectas y empedradas;
y es un plano inclinado su terreno;
y entre *oriente*, y *oeste*, y *sur*, y *norte*,
fijó altivo su *círculo* ese pueblo.

Y de oriente a occidente se desliza
una hermosa quebrada, por su centro;
bellas quintas adornan sus costados,
y hay dos calles también en sus extremos.

Y hay mujeres lavando en sus orillas;
y hay cipreses llorones junto a ceibas;
y hay tres puentes que sirven como calles
para andar libremente sobre el suelo;
y es el puente de arriba de madera
parado sobre piedras y con techo;
y es de tablas, de cal y de ladrillo,
y con negras barandas, el del medio;

Pero el puente de abajo forma un arco
empedrado, y es ancho en sus extremos,
y es el triste camino por do siguen
los que van de la plaza al cementerio...

▪ *IV*

Hay dos anchos y largos camellones
del lugar a los lados, pero opuestos;
el del sur es un niño, alegre y dulce,
y el del norte es un hombre triste y viejo;

Por la calle que está junto a una quinta
con vidrieras y flores se va al nuevo;
por el arco do pasan los difuntos
al seguir a la tumba, se va el viejo.

Hay también hacia el sur, entre malezas,
un antiguo y oscuro cementerio,
a do van los humildes y los pobres
a guardar en la tierra humildes huesos...

A la parte del norte, entre obeliscos,
entre tumbas de mármol, y entre hierro,
entre aromas y lápidas y flores,
hay un campo también para los muertos;
pero allí a los humildes y a los pobres
no les dejan llevar sus blancos huesos,
que los huesos zunchados con metales
sólo tienen cabida en ese suelo...

Es materia nadando entre gusanos
lo que encierra un humilde cementerio;

y gusanos nadando entre materia
lo que encierran los grandes mausoleos:

El espíritu rompe las cadenas
cuando llega la muerte y alza el velo,
y su nido de carne, abandonado,
es del rico o del pobre un esqueleto.
Entra el pobre a los cielos como el rico;
para el rico y el pobre hay un infierno;
y la pompa de un rey y unos harapos
se distinguen aquí, mas no en el cielo.

[...]

▪ LA NOCHE

▪ I

Es ya de noche; las espesas sombras
cubren la tierra y el azul del cielo;
duerme la brisa entre las tiernas flores;
el ave duerme entre su nido tierno.

Naturaleza destempló su lira;
todo ha quedado entre mortal silencio;
de rato en rato en el extenso valle
solo se escucha pasajero acento.

No hay una luz que en el espacio brille;
no hay una estrella que ilumine el cielo.
Ruedan las aguas por su viejo cauce,
ruedan y van a donde marcha el tiempo.

Así también las esperanzas dulces
que se deslizan en amantes pechos

ruedan y van a donde van las aguas
¡ay...!, del olvido al inmortal silencio.

■ II

En medio de tinieblas, fatigados
de hambre, de sed y de cansancio llenos,
por el frío arenal de Santa Rosa
los soldados del norte van siguiendo:

Muchos van a abrazar sus dulces hijos;
muchos van a sentir amantes besos;
pero nunca creáis que esas caricias
les harán olvidar su patrio afecto:

Llegarán a sus casas como siempre,
con tristeza y placer verán sus lechos;
pero irán desfilando unos tras otros,
y..., *adiós* dirán a sus afectos tiernos.

Es que la suerte de la pobre Antioquia
va encerrada en el fondo de sus pechos;
y ellos quieren mirarla esclava o libre
al ruido de la pólvora y del hierro.

▪ EL DOS DE ENERO

▪ I

Es un pueblo situado en una falda,
como un bello paisaje sobre un lienzo,
a su pie se desliza un manso río,
su cabeza la ampara un alto cerro;
en su plaza enyerbada hay una pila,
pero el agua no brota por sus huecos...,
y es de cal y ladrillo su cercado,
y de cal y ladrillo tiene el centro,
y arrimados a ella, sólo hay niños
que retozan saltando sobre el suelo.

Sobre un bello altozano está sentado
como el rey de esa tierra un alto templo;
cuando el sol en oriente abre sus puertas,
y sacude en las cumbres sus cabellos,
de su torre elevada, cual fantasma,
una pálida sombra cae lejos.

Son sus calles pendientes y empedradas,
largas, anchas, con yerba en sus extremos;
son sus casas pajizas a los lados
y de teja sus casas en el centro:
en sus patios aseados hay jardines
y arbolitos sembrados con esmero.

No hay cipreses allí junto a las tumbas;
y ese suelo no es tierra que da ceibos;
y rodeado de yerba, siempre verde,
vive el círculo extenso de ese pueblo.
Y hay también entre yerbas y malezas
dos humildes y tristes cementerios,
y del rico y del pobre se confunden,
en su tierra glacial, los blancos huesos.

Sus ministros funcionan en la selva
y las oyen los hijos de ese pueblo...,
y las puertas del templo están cerradas
pero hay dios a la sombra de los cedros.
Y en su iglesia también hay una Virgen
a quien llaman: *la virgen de los cielos.*

▪ II

Sus mujeres son dulces, laboriosas;
sus varones son fuertes y guerreros;
son sus niños robustos y agraciados,
y sus niñas son ángeles del cielo;

sus mujeres socorren a los pobres;
sus varones perdonan a los necios;
y entre todos protegen al extraño
que se acerca a sus puertas sin consuelo.

▪ A ASSUNTA

▪ I

Voy a decirte la verdad, Assunta
porque odio y aborrezco la mentira;
no te puedo cantar, no tengo lira;
tengo un *tiple*..., con él te cantaré.
No tengo lira pero tengo un alma
que admira con furor a todo genio...,
no vuelvas a cantar en el proscenio
porque *el tiple* en las piedras romperé.

Van saliendo las notas de tu pecho
y nadando en tu pálida garganta
como salen y nadan... ¡No!, me espanta
mi modo de pensar..., así no es.
Al salir de tu boca van subiendo
y llenando el espacio de armonía
como suben y llenan..., ¡qué manía!
Iba, Assunta, a decirte otra sandez.

¿No has oído la queja solitaria
que levanta la tórtola en su nido?
Pues así de tu voz... ¡Otro descuido!
¡Oh!, ¡qué musa!, ¡qué *tiple!*, ¡qué *animal!*
El turpial y la mirla y el canario
cuando cantan del monte en la espesura:
iba, Assunta, a decirte otra locura
¡qué canario!, ¡qué mirla!, ¡qué turpial!

■ II

Voy a decirte la verdad, Assunta,
porque odio y aborrezco la mentira:
ya te puedo cantar –ya tengo lira;
mi *tiple* se rompió... Cantemos pues:
van saliendo las notas de tu pecho.
Y nadando en tu pálida garganta
como esas mismas que tu voz levanta
y que salen detrás y van después.

Dejaste el suelo de tu dulce Italia
y tierra de Colón pisaste un día;
empezaste a cantar; y esa armonía
de músicas pobló nuestro jardín.
Muchos dicen aquí que ese tu canto
es idéntico al canto de un arcángel,
si cantaras, Assunta, como el ángel
no estuvieras cantando en Medellín.

Ese canto de luz que entre perfumes
alzan todos los ángeles del cielo
se levanta y se va de vuelo en vuelo
y no baja al abismo terrenal.
Pero si hay en el mundo otra armonía
que remeda el cantar de los querubes,
yo te juro que, abajo de las nubes
es tu armónico acento el más ideal.

▪ UN ADIÓS

En la tumba de mi querido amigo Luis María Gaviria

▪ I

Traigo una lira destemplada, triste
y enlutada con *ramas de ciprés*,
porque la lira que en el alma llevo
velada está por el dolor también...

¡Solitario recinto de los muertos!
¡Depósito del llanto y del dolor!
Sobre las hojas de tu seca yerba
viene a llorar mi triste corazón.

Que el manso lago de mis pobres lágrimas
sereno estaba en mi existencia ayer:
el viento de la muerte lo ha agitado
y es preciso llorar..., lloremos pues.

Lloremos pues..., y el obstruido cauce
por do corrió mi llanto en la niñez

vuélvase a abrir, que necesito espacio
para dejar mis lágrimas correr.

▪ II

¡Qué pronto te perdí mi dulce amigo...!
Te conocí para decirte adiós...
Te conocí para enlutar mi vida...
¡Te conocí para llorarte yo...!

Como se enlazan dos amantes yedras
al trepar por un áspero peñol,
así tu vida se enlazó a la mía...
Tu corazón se unió a mi corazón.

Tú eras el compañero de mi viaje
y hoy me abandonas para siempre ya;
cuando una yedra se marchita y muere
triste sigue la otra en soledad.

¡Sí...! —De la vida en el desierto helado
como el huérfano triste seguiré,
regando siempre mi mortal camino
con lágrimas y ramas de ciprés.

▪ III

¡Ay...! Tú no sabes cuánto sufre mi alma
y padece mi triste corazón

al estrechar tu mano entre la mía
para decirte un eternal ¡*adiós!*

¡Nadie puede sufrir como yo sufro;
nadie puede llorar cual lloro yo,
nadie puede sentir lo que yo siento
en la noche glacial de mi dolor!

Fue que el pesar cual nube tempestuosa
derramó su tormenta entre mi ser
y deshojó con su constante lluvia
en mi pecho las flores del placer.

Por eso mi alma vacilante brilla
en el centro de tanta oscuridad,
como brilla una luz pálida y triste
que, entre las sombras, a apagarse va...

■ IV

Adiós, amigo... ¡En mi enlutada lira
la triste nota del dolor sonó!
Y en el lento vibrar de cada cuerda
se oyó el acento de mi eterno adiós.

Quédate en paz... Desde la oscura selva
donde levanto mis lamentos yo,
te daré mis humildes oraciones
como te doy mi moribundo *adiós*.

Tú habitas cerca del precioso trono
de esa pastora que en Belén vivió.
Ruega allá por tus deudos, por tu patria
por tu amigo infeliz... ¡Adiós...! ¡Adiós...!

¡Descansa en paz..., mientras que yo con lágrimas
humedezco tu losa sepulcral...!
Descansa en paz en tu mortuorio lecho...,
y en el seno de Dios ¡descansa en paz!

▪ CREPÚSCULOS Y AURORAS

A mi amigo Jesús María Mejía T.

*He tenido horas tristes
y placenteras horas,
por eso son mis versos
«Crepúsculos y auroras»... ..*

Junto a la humilde tumba de mi padre
triste plegaria levantaste un día;
con alegres canciones arrullaste
la blanca cuna de mi dulce Emilia.

Triste estaba la luz, triste la sombra:
desierto el panteón..., triste la tarde;
mis lágrimas corrieron silenciosas
junto a la humilde tumba de mi padre.

Como arrullo de tórtola doliente;
como el canto del cisne cuando expira,
tú, Jesús, en el campo de la muerte
triste plegaria levantaste un día.

Dos años vi pasar..., ¡cuánta amargura!
Dios calmó mi dolor dándome un ángel;
otro ángel vino..., su oscilante cuna
con alegres canciones arrullaste.

Se alza el alba en las sombras de la noche,
entre sombras y luz va nuestra vida;
tras el sepulcro de mi padre alzóse
la blanca cuna de mi dulce Emilia.

Canta triste, turpial, el sol se oculta...
Canta alegre, turpial, asoma el día...
Cantor de los sepulcros y las cunas,
¡Dios te pague las notas de tu lira!

▪ LAS HOJAS DE MI SELVA

Las hojas de mi selva
son amarillas
y verdes y rosadas
¡Qué hojas tan lindas!
Querida esposa
¿Quieres que te haga un lecho
de aquellas hojas?

De bejucos y musgos
y batatillas
formaremos la cuna
de nuestra Emilia.
Cunita humilde
remecida a dos manos
al aire libre.

De palmera en palmera
las mirlas cantan
los arroyos murmuran

entre las gramas
¡Dulce hija mía!
duerme siempre al concierto
de aguas y mirlas.

Gallinetas reales
de canto dulce
guardan en la hojarasca
huevos azules,
perlas del bosque
que lleva a sus altares
la gente pobre.

Los altivos monarcas
en sus palacios
con diamantes adornan
los mismos cuadros.
Hija, ¡sé libre!
busca siempre la choza
del hombre humilde.

En mi selva penetran
del sol los rayos,
mariposas azules
pasan volando,
sobre sus alas
brilla el blanco rocío
de la mañana.

Siete-cueros, uvitos
y amarrabollos
de botones y flores
visten sus copos;
de ramo en ramo
los cupidos al aire
vuelan libando.

Por angostos caminos
de tierra y hojas
pasan negras hormigas
unas tras otras,
Para sus casas
llevan verdes hojitas
en sus espaldas.

Sobre campos de flores
revolotean
susurrando apacibles
rubias abejas,
miel exquisita
en el hueco de un árbol
todas fabrican.

Entre dragos y dragos,
chilcos y chilcos
las arañas pasando
tienden sus hilos;
fábricas nuevas...

Maquinistas de Europa,
¡Venid a verlas!

Entre cedros y robles
de verdes copas
el yarumo levanta
sus blancas hojas:
patriarca anciano
que en trono de esmeraldas
vive sentado.

En los troncos añosos
abren las yedras
sus rosados capullos
llenos de esencia.
Junto al arroyo
el Caunce se engalana
con flores de oro.

Adorno de los campos,
flores humildes
que nacéis en mi selva
solas y libres:
la noche os riega,
el sol os ilumina,
nutre y calienta.

Oasis escondidos
bajo las palmas,

olorosos jardines
de mis montañas,
para mi esposa,
para mi dulce Emilia,
tejed coronas.

En las frentes altivas
de las Cleopatras
resaltan sobre el oro
las esmeraldas.
Hija — ¡sé buena!
busca siempre las flores
que hay en mi selva...

▪ LOS DOS CAZADORES

Parados en un alto, silenciosos,
al perro en la llanura contemplaban.
Ya el caserío de la alegre aldea
con los rayos del sol se iluminaba.

Iba el perro al galope por la vega,
lampeando la oreja suelta y larga,
meneando la cola a cada lado
y el hocico besando la sabana.

Estaba la venada entre la roza
en un batatillal comiendo ramas;
asustado, redondo y triste el ojo,
fija y atenta la orejita parda.

Al llegar a la roza latió el perro,
latió después cuando saltó la chamba...
De repente dio tristes alaridos
y a los vuelos partió la ágil venada.

Salieron de la roza. Van corriendo.
Ya cruzaron el plan. Suben la falda.
Ya la venada coronó la altura.
El perro por el rastro late y salta.

Se perdieron; ¡adiós! ya nada se oye...
¡Oíd! El perro en el rastrojo ladra.
Vamos, vamos al río en un momento
y esperemos que bajen a la playa...

A sombrero quitado y dando brincos
iban los dos por la espaciosa manga;
como lluvia de perlas el granizo
caía, saltando entre las verdes gramas.

Van corriendo las ondas, van corriendo;
nadan las flores en las turbias aguas:
así van por el cauce de la vida
nadando en el dolor las esperanzas.

Lento sigue su curso el manso río
y de repente se descuelga y brama:
sigue así el corazón hasta que llega
donde el delito lo sacude y lanza.

Preparad la escopeta. ¡Vedla! ¡Vedla!
Con el rabo parado corre y salta.
Ved al perro también desde la altura.
Como rayos descenden por la falda.

Entraron a la roza. Ya salieron.
Ya dejaron el plan. Ya va cansada.
Suben. Bajan. Voltean. ¡Qué demonios!
Ya el pobre perro fatigado ladra.

Se perdieron ¡adiós! Ya nada se oye...
¡Oíd!, el toque de oración nos llama
dijeron; y los dos armas al hombro,
siguieron entre sombras a sus casas.

Les refirió después un campesino
que al seguir al trabajo, una mañana,
en la vega del río, un blanco perro
estaba devorando una venada.

Carne hubieran comido si constantes
Se quedan esa noche allá en la playa.
¡Cuántas veces el fruto del trabajo
Se sazona al calor de la constancia!

▪ GLOSA

A mi apreciado amigo, Dr. Gregorio Gutiérrez González

*Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
visiones de placer – sueños de amor...
heredad de mis padres – hondo río,
casita blanca y esperanza... ¡adiós!*

G.G.G.

El que sentado en el *ajeno* bosque
ve blanquear de su niñez el nido,
si todo lo perdió..., justo es que lllore
infancia, juventud, tiempos tranquilos.

Si tiene su esperanza en una Julia,
y tiene en unos hijos su ilusión,
¿para qué lamentar con amargura
visiones de placer, sueños de amor?

Cuando la suerte le arrebatara al bardo
aguas y bosques del hogar nativo,
bien hace el bardo en repetir llorando:
Heredad de mis padres, hondo río...

Tú perdiste tu hogar cantor del *Aures*,
en Julia la esperanza te quedó...
no digas, pues, al lamentar tus valles
Casita blanca y esperanza... ¡adiós!

▪ EN LA PLAYA

(Canción, para Pedro)

Ella está junto a mí, yo junto a ella,
la hermosa playa a nuestros pies está;
sobre su alfombra de sabana verde
mi dulce Ilduara gateando va.

Pasa un arroyo murmurando limpio,
y turbio y bramador baja el Nechí;
amarrabollos de rosadas copas
dan sombra al río y al arroyo allí.

En esas tardes en que el sol se pone
despidiendo amarillo resplandor,
yo con Rosinda y con mi tierna hija
voy a la playa de mi dulce amor.

Allí los tres en inocentes juegos
vemos la noche que bajando va;
y no envidiamos la ventura ajena
porque la dicha en nuestra playa está.

▪ A ANITA

Es la mañana luz de ventura;
el mediodía, fuego de amor;
la tarde, ocaso de la ternura;
la noche, luto del corazón.

Fue tu sonrisa la aurora mía;
fue tu mirada, mi ardiente sol;
¡No tenga tarde nuestra alegría!
¡No tenga noche nuestra pasión!

Pasó la aurora con su frescura,
el medio día con su esplendor;
llega la tarde con su tristura,
la fría noche con su crespón.

¡No pases nunca, sonrisa mía!
¡No pases nunca, fuego de amor!
Tarde, ¡no llegues con tu agonía!
Noche, no enlutes tanta ilusión.

▪ LA CEIBA DE JUNÍN

Cerca de un puente y a orillas
de cristalina quebrada
abriendo al viento los brazos
su airosa copa levanta.

La luna que en «Pandeazúcar»
asoma redonda y clara,
llena su verde ramaje
de resplandores de plata.

Los vientos de linda noche
sollozan entre sus ramas,
como los niños mimados
que entran gimiendo a sus casas.

Suelta la noche en sus hojas
su llanto de gotas blancas...
Que la noche también llora
en este valle de lágrimas.

¡Oh!, Ceiba, yo sé la historia
de tu existencia temprana.
Yo vi cuando te trajeron
de los playones del Cauca.
Te conocí cuando niña,
creciendo a orillas del agua.

No es esta la misma noche
que daba sombra a tu infancia;
ni estos los vientos alegres
de tus alegres montañas;
ni aquella luna que alumbra
es ¡ay! tu luna caucana.

Tal vez tú como el proscrito
que gime en tierras extrañas,
recuerdas las dulces brisas
de tus colinas lejanas;
por eso a veces sin jugo
se van dorando tus ramas,
y amarillas van cayendo
tus hojas sobre la playa.

Así de los tristes ojos
del proscrito se derraman
gotas de llanto que caen
en clima extraño regadas.

Bien haces en despojarte
de tus adornos y galas,
si como el pobre proscrito
te acuerdas ¡ay! de la patria.

Pero no, Ceiba: prosigue
tu copa abriendo galana
y desplegando en el aire
tus banderas de esmeralda.

Es cierto que te arrancaron
de las riberas del Cauca;
pero del Cauca que riega
las antioqueñas sabanas;

es cierto que allá dejaste
cielo, vegas, aves, auras;
pero aquí todo lo tienes...
A Medellín, ¿qué le falta?

Aquí hay céfiros que arrullan,
aquí hay turpiales que cantan,
cielo azul y vegas verdes
entapizadas de grama,
y aquella tierra y la tierra
en que hoy airosa levantas,
es tierra toda de Antioquia
y Antioquia toda es tu Patria.

Por eso, Ceiba, prosigue
tu copa abriendo galana
y desplegando en el aire
tus banderas de esmeralda.

Por las venas de tu tronco
discurra constante savia
que brote en rubios renuevos
al desvestirse tus ramas.

A todo el que pase andando
sobre la arena tostada,
tu manto de estrella verdes
le de abrigo y sombra grata.

La aurora a ti sus sonrisas,
el sol sus rubias miradas
y el arrebol de la tarde
su lampo de oro y de grana.

Pero, Ceiba..., ¿no te engrías!
Que el tiempo que te levanta,
de verte tan orgullosa
se puede cansar mañana.

Y, ¡ay!, de tu tronco redondo
y, ¡ay!, de tu copa elevada,
si el Tiempo llega a enojarse
y de elevarte se cansa.

Se irán secando tus hojas
y cayendo desgajadas
como en el pecho del hombre
las últimas esperanzas.

Como doblega la muerte
los brazos de enferma anciana,
así la mano del Tiempo
irá encorvando tus ramas.

A tierra vendrá tu tronco
falto de apoyo y de savia,
como el exánime cuerpo
que cae al faltarle el alma.

Entonces los raudos vientos
que de «Santa Helena» bajan
barrerán el leve polvo
de tu existencia acabada.

Tu ataúd será el vacío,
la luz, tu blanca mortaja,
y el campo de tu sepulcro
las antioqueñas montañas.

▪ EL CANTO DEL ANTIOQUEÑO

Nací sobre una montaña:
mi dulce madre me cuenta
que el sol alumbró mi cuna
sobre una pelada sierra.

Nací libre como el viento
de las selvas antioqueñas;
como el cóndor de los Andes,
que de monte en monte vuela.

Pichón de águila que nace
sobre el pico de una peña
siempre le gustan las cumbres
donde los vientos refrescan.

Amo al sol porque anda libre
sobre la azulada esfera,
al huracán porque silba
con libertad en las selvas.

El hacha que mis mayores
me dejaron por herencia,
la quiero porque a sus golpes
libres acentos resuenan.

Forjen déspotas tiranos
largas y rudas cadenas
para el esclavo que humilde
sus pies, de rodillas, besa.

Yo que nací altivo y libre
sobre una sierra antioqueña
llevo el hierro entre las manos
porque en el cuello me pesa.

Cuando desciendo hasta el valle
y oigo tocar la corneta,
subo a las altas montañas
a dar el grito de ¡*alerta!*

Muchachos les digo a todos
los vecinos de las selvas,
la corneta está sonando...
¡Tiranos hay en la tierra!

Mis compañeros, alegres,
el hacha en el monte dejan
para empuñar en sus manos
la lanza que al sol platea.

Con el morral a la espalda
cruzamos llanos y cuestras,
y atravesamos montañas
y anchos ríos y altas sierras,
y cuando al fin divisamos,
allá en la llanura extensa,
las toldas del enemigo,
que entre humo y gente blanquean,
volamos como huracanes
regados sobre la tierra,
y ¡ay del que espera el empuje
de nuestras lanzas revueltas!

Perdonamos al rendido
porque también hay nobleza
en los bravos corazones
que nutren las viejas selvas.

Cuando volvemos triunfantes,
las niñas de las aldeas
ciñen coronas de flores
a nuestras frentes serenas.

A la luz de alegre tarde
pálida, bronceada, fresca,
de la montaña en la cima
nuestras cabañas blanquean.

Bajamos cantando al valle
porque el corazón se alegra,
porque siempre arranca gritos
la vista de nuestra tierra.

Es la oración: las campanas
con golpe pausado suenan;
con el morral a la espalda
vamos subiendo la cuesta.

Las brisas de las colinas
bajan cargadas de esencia.
La luna brilla redonda
y el camino amarillea.

Ladran alegres los perros
detrás de las arboledas;
el corazón oprimido
de gozo, palpita y tiembla...

Caminamos..., caminamos...
Y blanquean..., y blanquean...
Y se abren con rüido
de las cabañas las puertas.

Lágrimas, gritos, suspiros.
Besos y sonrisas tiernas,
entre apretados abrazos
y entre emociones revientan.

¡Oh Libertad que perfumas
las montañas de mi tierra,
deja que aspiren mis hijos
tus olorosas esencias!

▪ LA HISTORIA DE UNA TÓRTOLA

A mis amigos J. M. y A. M.

Joven aún entre las verdes ramas,
de secas pajas fabricó su nido;
la vio la noche calentar sus huevos,
la vio la aurora acariciar sus hijos.

Batió sus alas y cruzó el espacio,
buscó alimento en los lejanos riscos,
trajo de frutas la garganta llena
y con arrullos despertó a sus hijos.

El cazador la contempló dichosa...,
¡Y sin embargo disparó su tiro!
Ella, la pobre, en su agonía de muerte
abrió las alas y cubrió a sus hijos.

Toda la noche la pasó gimiendo
su compañero en el laurel vecino;
cuando la aurora apareció en el cielo
bañó de perlas el hogar ya frío.

▪ LA MUERTE DEL NOVILLO

Ya prisionero y maniatado y triste
sobre la tierra quejumbroso brama
el más hermoso de la fértil vega
blanco novillo de tendidas astas.

Llega el verdugo de cuchillo armado,
el bruto ve con timidez el arma,
rompe el acero palpitantes nervios:
chorros de sangre la maleza esmaltan.

Retira el hombre el musculoso brazo;
el arma brilla purpurina y blanca;
se queja el bruto, y forcejeando tiembla.
El ojo enturbia..., y la existencia exhala.

Remolineando por el aire, vuelan
los negros *guals* de cabeza calva,
fijan el ojo en el extenso llano
y al matadero, desbandados, bajan.

Brama escarbando el arrogante toro
que oye la queja en la vecina pampa,
y densas nubes de revuelto polvo
tira en la piel de sus lustrosas ancas.

Poblando el valle de bramidos tristes
corre el ganado por las verdes faldas,
huele la sangre..., y el olor a muerte
quejas y gritos de dolor le arranca.

Los brutos tienen corazón sensible,
por eso lloran la común desgracia
en ese clamoroso *De profundis*
que todos ellos a los vientos lanzan.

▪ SERENATA

A mi amigo Julio Ferrer en la noche de sus bodas

¡Dulce noche de amor, noche serena,
vuestros pálidos astros encended!
Hay dos ojos que brillan con tristeza.
¡Alumbrad!, ¡alumbrad!, los quiero ver.

Apoyada en mi brazo, amada mía,
al campo del amor vas a seguir.
¡Flores!, ¡flores!, guardad vuestras espinas,
y aromas en los vientos esparcid.

¡Dulce noche de amor, noche serena,
vuestros pálidos astros apagad!
Hay dos ojos que brillan con terneza...,
a la luz o a la sombra los sé amar.

Apoyada en tu brazo, amado mío,
al campo del amor voy a seguir.
¡Oh rosales!, guardad vuestras espinas,
y aromas en los vientos esparcid.

▪ QUIERE AMANECER

En la Posada de Malabrigo

Están oscuros los horizontes.
Por el oriente fúnebre, azul
va despuntando, va despuntando
la luz del alba, la blanca luz.

Desvanecidas nubes de perla,
oro y topacio, rosa y carmín,
se van regando, se van regando
sobre otras nubes de azul turquí.

Ríos de grana; mares de fuego,
desde la abierta bóveda azul,
van derramando, van derramando
sus caprichosos lamos de luz.

Abre los ojos, esposa mía,
mira la aurora, ya viene el sol...
Tanta belleza, tanta alegría,
dime, ¿qué es esto...? Cosas de Dios.

▪ HISTÓRICO

Todos estamos locos,
grita la loca.
¡Qué verdad tan amarga
dice su boca!

▪ LA HISTORIA DE DOS NIÑAS

En el álbum de la Sta. C. Emilia B.

Sobre las blancas hojas
de tu álbum bello
voy, Emilia, a dejarte
triste recuerdo;
oye la historia
de unas dos desgraciadas
niñas hermosas:

Eran Rubelia y Julia
dos niñas tiernas
y una mañana al campo
salieron ellas,
iban solitas;
cuando solas no deben
andar las niñas.

Dicen que el campo estaba
lleno de flores
y que las niñas iban

coge que coge,
y entretenidas
siguieron avanzando
por las campiñas.

Mariposas azules
lacres y blancas
más allá de un torrente
revoloteaban;
por la llanura
tras ellas se alejaron
Rubelia y Julia.

De un bosque por la orilla
según me cuentan,
iban las mariposas
vuela que vuela,
y junto al bosque
iban también las niñas
corre que corre.

Refieren que ese día
bajó el torrente
mojando con sus olas
los campos verdes,
y que en la orilla
vio un pescador, llorando
las pobres niñas.

La noche por los campos
tendió su velo
y cobijó a las niñas
con su silencio;
el triste llanto
poco a poco en las sombras
se fue apagando.

La luna que esa tarde
salió tranquila
dicen que por los valles
tendió su vista,
y que abrazadas
vio a las niñas..., ya muertas
sobre una playa.

Esta sencilla historia
que te refiero
me la contó una tarde
llorando, un viejo;
Rubelia y Julia
eran, según su llanto...,
dos hijas suyas.

El anciano era amigo
de dar consejos,
como son casi todos
los hombres buenos.
Yo estaba niño,

recuerdo que al dejarlo
su voz me dijo:

También las ilusiones
son mariposas,
tras ellas van alegres
las almas todas,
y sin cogerlas
se van..., como se fueron
Julia y Rubelia.

Cuando crece el torrente
de las pasiones
muchas almas se quedan
llorando al borde,
como en la oscura
noche triste, quedaron
Rubelia y Julia.

¡Muy dichoso es el niño
que bajo el ala
de una madre amorosa
sus años pasa!
¡Dichoso el joven
que no cruza el torrente
de las pasiones!

Esto dijo la boca
del pobre anciano,

él se fue por el valle
siempre llorando;
yo a la carrera
fui a buscar las queridas
maternas alas.

No persigas, Emilia,
las mariposas.
Deja que por los campos
se alejen solas,
vive en tu casa
siempre bajo las dulces
maternas alas.

▪ «EL OASIS»

A Gregorio Gutiérrez González, Basilio Tirado y Antonio José Pérez

Vedme vestido de enlutadas hojas
como el ciprés del antioqueño hogar;
ramo bendito de la selva añosa
mi copo empieza a marchitarse ya.

Turpial de las cabañas antioqueñas,
perdí tres plumas cuando fui a volar;
en el concierto de las santas quejas
faltan tres notas a mi canto ya.

Jazmín del huerto, mis jazmines caen...
Roca, mis gotas destilando van...
Negro cocuyo, mi fanal aún arde,
pero tres rayos se apagaron ya.

▪ LA ROSA DEL ENGAÑO

(Canción)

Recostados ayer sobre mi lecho
yo comprimí tu pecho con mi pecho
porque acercaste tu garganta a mí;
jura que me amarás; tú me dijiste,
lo juro, respondí, y entonces triste
tú me besaste y yo te besé a ti.

¡Ay!, al contacto de ese beso tierno
yo sentíme quemar en un infierno,
yo sentí reventar mi corazón;
y al flotar tus cabellos en mi frente
yo sentí rebramar como un torrente
la negra tempestad de la pasión.

Quiero jurar también porque te adoro
eso tú me dijiste; y con tu lloro
se empapó el juramento de los dos.
Veleidosa mujer, me has olvidado

y el juramento de tu amor sagrado
olvidaste también, ¡adiós! ¡Adiós!

Mas antes de partir oye mi canto:
Yo te abomino y te desprecio tanto
que de desdén me duele el corazón.
Escúchame otra vez: yo te aborrezco
y si este canto a mi pesar te ofrezco
es para darte en él mi maldición.

▪ EL BESO

(Canción)

Se acercaron tus labios a mi frente
y el perfume de un beso sentí yo;
así derrama el ángel del ambiente
su dulce beso en la marchita flor.

Fuego, delirio, inspiración, tristeza,
entusiasmo y amor, eso sentí;
derramaste un mundo en mi cabeza,
me hiciste olvidar mi porvenir.

Dime otra vez que me idolatras tanto
y vuélveme a besar, mujer por Dios:
que en cada beso de tu labio santo
siento una tempestad de inspiración.

¡Aparta...!, no me beses, yo no quiero
que se vaya a quemar tu corazón:
es un infierno devorante y fiero
lo que siento en mi pecho, ¡adiós!, ¡adiós!

▪ EL SECRETO

Qué desdicha, Dios mío, amarla tanto
y tanto amor hundir en el silencio;
adorar y callar cuando en el alma
arde incesante celestial incendio.

¡Oh!, si pudiera humilde, de rodillas
mostrarle el corazón rasgando el pecho
y pedirle por Dios, enajenado
compasión, a lo menos, si no afecto.

Si pudiera elevarla de la mano
de mi pasión al solitario templo,
y enseñarle el ciprés de mi desdicha
sembrado en el altar de mi secreto.

Pero ella nunca fijará sus ojos
en la azucena de mi amor eterno,
ni sus labios de rosa entre mis labios
derramarán su perfumado beso.

▪ EL PESAR

(Canción)

Siento pesar cuando se alejan tristes
las verdes hojas que en el viento van;
porque así mis queridas esperanzas
se fueron, ¡ay!, ¿para volver?... ¡Jamás!

Siento pesar cuando cantar escucho
un blanco cisne sin aliento ya;
porque así de mi amor el eco triste
¡nació por ti!, ¿para morir?... ¡Jamás!

▪ ADIÓS

(Canción)

¡Adiós mujer!, cuando la pobre tórtola
su triste arrullo en soledad me dé,
recordaré las apacibles sílabas
que tu garganta modulaba ayer.

¡Adiós!, ¡adiós!, recoge algunas lágrimas
cuando tú quieras de placer llorar,
y mándame ese llanto puro, angélico
en la copa de un lirio virginal.

▪ LA MARIPOSA

(Canción)

Si acaso vuelas, Mariposa humilde,
al dorado aposento de mi amada;
si la hallas dulcemente dormitada
no la despiertes, insensata, no.
Pero no vayas a beber ansiosa
de sus vírgenes labios el rocío,
que todo ese ámbar, Mariposa, es mío
y soy celoso hasta del aire yo.

De sus mejillas en las frescas rosas
o en la azucena de su pura frente
nunca poses tu vuelo de repente
porque despiertas mi preciosa hurí.
Y son sus ojos como dos hogueras,
con el brillo no más de sus miradas
se quemarán tus alas perfumadas
cual se quemó mi corazón allí.

▪ EL CANTO DE LISANDRO

(Canción)

Quando quieras cantar la *Mariposa*
ven a mi selva y cantarás aquí;
las bandadas de pájaros errantes
se detendrán para escucharte a ti.

Aquí en el hueco de la vieja encina
donde tiene su nido el ruiseñor,
oirás que canta la pequeña mirla
componiendo su nido entre una flor.

Algo tiene tu acento de divino
cuando entonas el canto de mi *adiós*;
así el ave cantó en el paraíso,
así cantan los ángeles de Dios.

▪ A MARÍA

Pura como la luz de la alegría,
como los rayos que despide el sol;
abre sus ojos y aparece el día,
sus miradas son lampos de arrebol.

Graciosa y dulce, encantadora y bella,
paloma del Calvario, Virgen pura,
hermosa y rutilante linda estrella,
Madre de la virtud y la hermosura.

Eso eres tú, bellísima María,
preciosísima Madre de Jesús;
tu purísimo llanto de agonía
fue derramado en la bendita Cruz.

Tú eres Madre también del que afligido
un consuelo te pide en su dolor:
Óyeme, pues, y escucha mi gemido
y alivia por piedad mi corazón.

▪ EL ARRIERO DE ANTIOQUIA

Es lunes por la mañana,
apenas va amaneciendo,
en el naranjo del patio
ya chillan los azulejos.

Sentado sobre una enjalma
que está doblada en el suelo,
aguarda con impaciencia
su desayuno el arriero.

Juana, su mujer, le trae
chocolate en coco negro,
con una arepa redonda
y una tajada de queso.

Muerde, masca, sorbe, traga
y sopla y sigue sorbiendo,
y con el último sorbo
le dice a Juana: «Hasta luego».

Enciende un grueso tabaco
y, ya de la casa lejos,
con dos dedos en la boca
silba llamando a su perro.

El blanco cachorro cruza
por los sembrados del huerto,
y, ágil salvando las cercas,
corre del silbo al acento.

Regando rayos de oro
asoma el sol tras el cerro,
como amarilla custodia
que se alza en oscuro templo.

Alegre, cantando *monos*,
sigue su marcha el arriero,
camino de la quebrada
que queda abajo del pueblo.

Rita, que canta aporreando
su ropa en el lavadero,
oye sonar las *albarcas*
del otro lado del cerro;

Deja de lavar y fija
sus ojos en el mancebo,
y présteme la candela,
dice, del agua saliendo.

Chupa el arriero el tabaco,
y al ver que no tiene fuego,
de su *carriel* va sacando
eslabón, piedra y yesquero.

Suena el eslabón rozando
de la piedra el filo terso,
rápidas chispas encienden
la negra yesca de lienzo;

chupa y bocanadas de humo
se lleva al pasar el viento;
blanca ceniza corona
la luz del oculto fuego.

¡Caramba, Rita, qué ojitos!
¡Caramba, qué zalamero!
Saludes en la montaña
a las muchachas de Pedro.

Y al sol brillando sus trenzas,
y al sol sus dos ojos negros,
con su dengoso donaire
vuelve Rita al lavadero.

Y alegre, cantando *monos*,
sigue su marcha el arriero,
camino de la quebrada
que queda abajo del pueblo.

▪ A ANA JOAQUINA MISAS

Vuelve paloma a tu silvestre nido
vuelve cantando a tu país natal
dichosa tú que llevas en el alma
tantos ensueños realizados ya.

Cuando pisares la mullida yerba,
do entre perfumes tu niñez pasó;
acuérdate de mí, que en esas selvas,
muchos recuerdos he dejado yo.

Cuando pisares la mullida yerba
con que se adorna tu natal pensil
si hallares a la tórtola en su nido
y a la araña tejiendo su redil;

Diles que estoy arrepentido y triste
de tanto mal como les hice allí;
que fabriquen sus nidos con cuidado
que no soy niño como ayer lo fui.

Que vi a un tirano que a mi pobre patria
hollarla quiso con su infame pie
que desde entonces odié la tiranía
y amé esa libertad que les quité.

¡Oh! Yo recuerdo cuando tú eras niña
porque siempre me criaron junto a ti,
tu dulce madre te arrulló en la cuna
como mi madre me arrullaba a mí.

La misma vida, el alimento mismo
que tú bebieras yo también bebí,
el mismo abrazo, los ardientes besos
que tú sintieras yo también sentí.

Nuestras madres durmieron en la cuna
juntas también como nosotros dos,
y unidas han seguido cual viajeras,
esas blancas palomas de mi Dios.

Diles allá cuando dichosa mires
a esas palomas de mi dulce amor,
que recojan mis lágrimas de joven
entre el virgen pimpollo de una flor.

Que las derramen en la humilde cuna
do se han secado las del niño ya,
que quiero allí depositar del alma
la triste lluvia que el silencio da.

▪ GLOSA

*Soy de mis caprichos dueño,
y sin pensar en mañana,
duermo cuando tengo sueño
como cuando tengo gana.*

El tiempo vale dinero,
lo sostienen los ingleses,
mentira, que muchas veces,
el tiempo no vale un cero.
Valdrá para el usurero
que lo cuenta con empeño,
valdrá para el antioqueño
hijo carnal del judío;
mas yo del tiempo me río,
soy de mis caprichos dueño.

Nada debo y nada tengo,
estoy como vine al mundo;
y si soy un vagabundo
con mi puño me sostengo.
Yo mi persona mantengo
como a mí me da la gana,
uso frac, levita o ruana,
como y gasto sin talento,

en fin, yo vivo contento
y sin pensar en mañana.

Yo soy libre como el viento,
como el ave en la espesura,
como el ciervo en la llanura,
como es libre el pensamiento.
Jamás me abate el tormento
porque el tormento desdeño:
todo lo miro pequeño
de tejas se entiende abajo;
por eso si no trabajo
duermo cuando tengo sueño.

Otros buscan un tesoro,
se humillan ante el dinero;
yo no soy tan majadero,
jamás me inclino ante el oro.
Solamente a Dios imploro
porque de Él el bien dimana;
y mirando con desgana
del hombre la vil merced,
bebo cuando tengo sed,
como cuando tengo gana.

▪ IMPROVISACIÓN EN EL MANICOMIO

Yo soy como la tórtola del valle
que ausente de su amor cantando llora;
paloma de los verdes arrayanes
que por su nido y por su amor solloza.

▪ UNA ESCENA EN EL CAMPO

A mí amigo Antonio B. Pineda

Era el año de 1862.

El sol acababa de levantar su frente sobre la negra cordillera, cuando salí de mi pueblo.

El sol derramaba en el espacio sus últimos resplandores, cuando llegué a El Peñol.

El Peñol es una piedra enorme, parada sobre la cúspide de un morro, larga, negra, pelada y llena de hondas canales que sobre su vetusta frente han cubierto las lluvias de los pasados años.

El viajero que pasa por debajo de aquella negra mole se para y la contempla..., Dios..., Dios es la primera imagen que brilla en su pensamiento.

Nunca la planta del hombre se ha estampado en la cabeza de aquel gigante, mudo, imperturbable, que

parece estar desafiando la estrepitosa corriente de los siglos.

¡Asombroso prodigio de la naturaleza! ¡Negro coloso parado sobre la tierra de Antioquia! Nadie te canta; tú permaneces mundo como tu patria, firme y libre como ella.

La tarde estaba triste.

Un arco iris, cuya cabeza resplandecía sobre las cristalinas aguas de un arroyo, levantaba su arqueado cuerpo verde-azulado-nácar y extendía sus listados colores por encima de la corona de la enorme piedra.

Un águila de alas negras y pecho ceniciento estaba parada sobre el alto picacho.

El arco bañaba la cabeza del águila.

El águila parecía beber el fluido del arco.

Dos tórtolas volaban, abajo, alrededor de la piedra.

El águila ladeando y levantando su cabeza clavó una mirada perspicaz sobre las pobres aves que buscaban el nido en donde piaban sus hijos.

Alargó perezosa una de sus plegadas alas y volvió a encogerla.

Sacó hacia atrás una de sus amarillas patas como estirando sus entumidos nervios, y...

Las tórtolas detuvieron su vuelo.

El águila se lanzó en el espacio: sus afiladas garras iban entreabiertas como en actitud de apretar la presa.

Las aves huyeron despavoridas.

El águila se precipitó sobre una de ellas.

Era un relámpago en persecución de otro relámpago..., era un rayo volando sobre otro rayo...

Un momento después el águila remolineando alrededor de la piedra, iba ascendiendo poco a poco hasta que la vi pararse sobre la eterna cima.

Sus negras uñas apretaban un cuerpo palpitante.

Su pico ensangrentado rasgaba las entrañas de la pobre víctima.

Pardas plumas rodaban sobre la negra piedra.

El sacrificio quedó consumado.

El tirano del monte levantó su cabeza con aire de satisfacción, de orgullo y despotismo, tal como levanta la suya el gran tirano que acaba de despedazar una república.

La piedra quedó inmóvil.

El arco iris disipó sus colores.

El águila sacudió sus alas y se lanzó en los aires.

La viuda tórtola se despidió del día con lastimeros arrullos.

Llegó la noche y todo lo envolvió con sus sombras.



GREGORIO
GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

¿POR QUÉ NO CANTO?

▪ A JULIA

*Poesías del casto amor y
De la inefable ternura...*

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

Juntos tú y yo vinimos a la vida,
llena tú de hermosura y yo de amor;
a ti vencido yo, tú a mí vencida,
nos hallamos por fin juntos los dos.

Y como ruedan mansas, adormidas,
juntas las ondas en tranquila mar,
nuestras dos existencias siempre unidas,
por el sendero de la vida van.

Tú asida de mi brazo, indiferente
sigue tu planta mi resuelto pie;
y de la senda en la áspera pendiente
a mi lado jamás temes caer.

Y tu mano en mi mano, paso a paso,
marchamos con descuido al porvenir,
sin temor de mirar el triste ocaso
donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreír sonrío,
reclinado en tu seno angelical,
de ese inocente corazón, que es mío,
arrullado al tranquilo palpitar.

Y la ternura y el amor constantes
en tu limpia mirada vense arder,
al través de dos lágrimas brillantes
que temblando en tus párpados se ven.

Son nuestras almas místico rüido
de dos flautas lejanas, cuyo son
en dulcísimo acorde llega unido
de la noche callada entre el rumor;

cual dos suspiros que al nacer se unieron
en un beso castísimo de amor;
como el grato perfume que esparcieron
flores distantes y la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
¡Que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
y eso me basta para ser feliz.

¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
bajo una misma lápida los dos!
¡Mas mi muerte jamás tus ojos lloren!
¡Ni en la muerte tus ojos cierre yo!

▪ AL SALTO DEL TEQUENDAMA

*Los valles va a buscar del Magdalena
Con salto audaz el Bogotá espumoso.*

BELLO

Mudo a tu vista de terror y espanto
el oprimido corazón palpita,
como el arcángel ante Dios agita
sus blancas alas, su celeste canto.

Te he visto ya. Tu imagen imponente
la imagen es del Hacedor airado,
cuando a su voz tremenda fue lanzado
desde el rudo peñasco tu torrente.

Es tu aspecto sublime como el nombre
del que rige los mundos; tan terrible
como lo fue la maldición horrible
de Dios lanzada en el Edén al hombre.

Yo he mirado de lo alto desprendidas
tus ondas turbias entre hirviente espuma,
rodar envueltas en la blanca bruma
y en el abismo rebramar perdidas.

Con lento paso recorriendo el monte
las he visto asomar en la ancha boca,
y veloces lanzarse de la roca
como lampo fugaz del horizonte.

Las he visto en confuso remolino
una tras otra descender hinchadas,
y en su rápido curso arrebatadas
en vaporoso y leve torbellino.

En agrupados borbotones corren,
y en su curso parecen suspendidas
un momento, y se avanzan desprendidas
antes que el rastro de sus huellas borren.

Y tu raudal en niebla se desata
y en argentados remolinos sube,
como de incienso la olorosa nube,
que en vagos giros su extensión dilata.

Del sol naciente el rayo matutino
tornasolada tu niebla transparente,
y aureola fantástica en la frente
blanda te ciñe el iris purpurino.

Un fantasma pareces circuido
de manto aéreo y ondulante velo,
y que un rayo ilumina desde el cielo
su flotante y magnífico vestido.

La niebla aljofarada que despides
cubre las hojas del silvestre helecho,
y las gotas que forma las recibes
y las sepultas en tu inmenso lecho.

De rama en rama se deslizan, huyen
las leves gotas del sutil rocío,
y se desprenden al rumor bravío
de tus raudales, que incansables bullen.

¡Imagen del despecho...! Yo he vertido
una lágrima al verte, pura, ardiente,
que fue a juntarse a tu veloz corriente,
cual pensamiento en la extensión perdido.

Sí: lágrimas me arranca tu aspecto majestuoso
y mudo a tu presencia palpita el corazón,
pues hay en el humano un pliegue misterioso
que le une con las obras sublimes del Criador.

Mezquino el pensamiento concéntrase en sí mismo.
Contemplo absorto, extático tus aguas descender;
estúpidos mis ojos recorren el abismo...
Y un escondido impulso me está empujando a él...

Quisiera con tus aguas lanzarme confundido,
rodar envuelto en ellas, unirte más a ti;
quisiera mis lamentos unir a tu estampido;
quisiera mi existencia a tu existencia unir...

Paréceme que miro vagar por el torrente
de niebla rodeado tu genio bienhechor,
espíritu infundiendo a tu veloz corriente
y a tus hirvientes aguas prestando animación.

¡Imagen atrevida por el Criador formada!
¡Salud, yo te venero, oh parto colosal!
¡Pues eres de la América el alma despechada
que llora de sus hijos la antigua libertad!

▪ ¿POR QUÉ NO CANTO?

A Domingo Díaz Granados

¿Por qué no canto? ¿Has visto a la paloma
que cuando asoma en el oriente el sol,
con tierno arrullo su canción levanta,
y alegre canta
la dulce aurora de su dulce amor?

Y, ¿no la has visto cuando el sol se avanza
y ardiente lanza rayos del cenit,
que fatigada tiende silenciosa
ala amorosa
sobre su nido, y calla, y es feliz?

Todos cantamos en la edad primera
cuando hechicera inspíranos la edad,
y publicamos, necios, indiscretos,
muchos secretos
que el corazón debiera sepultar.

Cuando al encuentro del placer salimos,
cuando sentimos el primer amor,
entusiasmados de placer cantamos
y evaporamos
nuestra dicha al compás de una canción.

Pero después..., nuestro placer guardamos,
como ocultamos el mayor pesar;
porque es mejor en soledad el llanto,
¡Y crece tanto
nuestra dicha en humilde oscuridad!

Sólo en oscuro, retirado asilo
puede tranquilo el corazón gozar;
sólo en secreto sus favores presta
siempre modesta
la que el hombre llamó *felicidad*.

¿Conoces tú la flor de batatilla,
la flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra;
crece en la sombra,
mas se marchita con la luz del sol.

Debe cantar el que en su pecho siente
que brota ardiente su primer amor;
debe cantar el corazón que, herido,
llora, afligido,
si ha de ser inmortal su inspiración.

Porque la lira, en cuyo pie grabado
un nombre amado por nosotros fue,
debe a los cielos levantar sus notas,
o hacer que rotas
todas sus cuerdas para siempre estén.

Pero ¡cantar cuando insegura y muerta
la voz incierta triste sonará...!
Pero cantar cuando jamás se eleva
y el aire lleva
perdida la canción, ¡triste es cantar!

¡Triste es cantar, cuando se escucha al lado
de enamorado trovador la voz!
¡Triste es cantar, cuando impotentes vemos
que no podemos
nuestras voces unir a su canción!

Mas tú debes cantar. Tú con tu acento
al sentimiento más nobleza das;
tus versos pueden fáciles y tiernos
hacer eternos
tu nombre y tu laúd... ¡Debes cantar!

¡Canta, y arrulle tu canción sabrosa
mi silenciosa, humilde oscuridad!
¡Canta, que es sólo a los aplausos dado
con eco prolongado
tu voz interrumpir... Debes cantar.

Pero no puedes, como yo he podido,
en el olvido sepultarte tú;
que sin cesar y por doquier resuena
y el aire llena
la dulce vibración de tu laúd.

No hay sombras para ti. Como el cocuyo
el genio tuyo ostenta su fanal;
y huyendo de la luz, la luz llevando,
sigue alumbrando
las mismas sombras que buscando va.

▪ CANCIÓN

¡Oh!, si el volverse a ver fuera tan dulce
como es triste y cruel decirse adiós!
Mas Dios no quiere que el placer se mida
en la misma medida del dolor.

Adiós, pues. De tu amor guardo un recuerdo,
mas si ese amor fue un sueño nada más,
yo no recibo en cambio de ese sueño
la más encantadora realidad.

Brilla al través de tus hermosos ojos
un universo de placer y amor;
y aunque ese fuego no lo brote el alma,
brille en tus ojos al decirme adiós.

Mírame así, que tu mirar ardiente
pudiera iluminar un porvenir;
y si tus ojos deben dar la muerte
será dulce morir. ¡Mírame así...!

▪ A LOS EE. UU. DE COLOMBIA

...se adivina la terrible sonrisa
de su desesperación...

Vednos aquí con el fusil al brazo
esperando el ¡*descansen* o el *alerta!*
¿Queréis la paz? Se tornará en azadas
el hierro de las mismas bayonetas.

Pero no vaciléis, y cualquier cosa
escoged sin demora: o paz o guerra;
que ya pesa la lanza en nuestras manos
y en nuestros hombros el fusil nos pesa.

No creáis que las puertas del Estado
como otro tiempo encontraréis abiertas;
iremos a escuchar cerca de Bosa
si el eco del cañón como antes suena.

Aquí el clarín de Carolina se halla,
y la orgullosa, altiva Cartagena
puede escuchar al pie de sus murallas
la agreste *diana* de las bandas nuestras.

El grito de ¡a la carga! de la Honda
puede Pasto escuchar entre sus selvas.
A doquiera que vamos, la victoria
nos seguirá como vasalla nuestra.

Pero venid, pero venid vosotros;
poned un pie siquiera en la frontera,
y encontraréis un pueblo de gigantes
que sabrá altivo perecer por ella.

¡Será horrible la lucha! Anchos arroyos
de sangre hermana surcarán la tierra,
y cenizas, cadáveres y escombros
encontraréis si la victoria es vuestra.

Pero no lo será: Dios sólo puede
daros el triunfo, y su justicia es cierta...
Y a más de Dios tenemos el derecho
y nuestro honor y nuestra propia fuerza.

¿Y qué importan las lágrimas? ¿Qué importan
los torrentes de sangre que se viertan?
¡Feliz lluvia de lágrimas y sangre
si el iris de la paz refleja en ella!

Pero si acaso Dios nos abandona,
venid a contemplar ruinas inmensas;
será el cielo de Antioquia nuestro palio,
tumba gloriosa nuestra amada tierra.

Venid a colocar el epitafio...
La fosa es ancha, la veréis repleta;
mas no hallaréis, lo juro, ni un amigo,
que no se encuentre sepultado en ella.

▪ AURES

De peñón en peñón turbias saltando
las aguas de Aures descender se ven;
la roca de granito socavando
con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla
temblorosos, condensan el vapor;
y en sus columpios trémulas vacilan
las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
entretejido, el verde carrizal;
como de un cofre en el oscuro fondo
los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
forman grutas do no penetra el sol,
como el toldo de mimbres y de palmas
que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado a su sombra, cuántas veces
vi mi casa a lo lejos blanquear,
paloma oculta entre el ramaje verde,
¡Oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
el humo tenue en espiral azul...
La dicha que forjaba entonces el alma
fresca la guarda la memoria aún.

Allí a la sombra de esos verdes bosques
correr los años de mi infancia vi;
los poblé de ilusiones cuando joven,
y cerca de ellos aspiré a morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...
¡Basta!, las penas tienen su pudor,
y nombres hay que nunca se pronuncian
sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
blanco-azulado el humo del hogar;
ya ese fuego lo enciende mano extraña,
ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
ve de la tarde a la rosada luz,
la amarilla vereda que serpea
de su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan
al pasado su mágico color;
al través de la lluvia son más bellas
esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
visiones de placer, sueños de amor,
heredad de mis padres, hondo río,
casita blanca..., y esperanza, ¡adiós!

▪ A. R.

Se vieron lentamente, y lentamente
una mirada en otra se infiltró;
él creyó ser amado; ella, inocente,
sintió en el pecho su primer amor.

Él a su amor no le pidió más armas
que darle a su mirada su poder,
y ella tan sólo contestó en miradas
lo que en los ojos delectó en él.

En ambos hasta aquí fue el amor santo,
mudo cambio de fuerza y sumisión,
de una alma con otra alma puro pacto
que santifica y atestigua Dios.

Empero, se siguieron las promesas
que un mundo de esperanza hacen brotar,
y ella, inocente, adormecida en ellas,
tuvo sueños de amor..., ¡sueños no más!

Si al despertarse el que confiado duerme
halla robado el bien con que soñó,
¿En dónde está la pena que merece
el corazón que engaña a un corazón?

La sociedad con risa o con silencio
va a coronar la frente del infiel,
y en su oprobio sonríese muriendo
la víctima que es mártir de su fe.

Pasáronse los días y los meses,
y ella recuerdos tiene y nada más...
Si el amor que no avanza retrocede,
ella del mudo amor es libre ya.

Si otro hoy hay que la ama y se lo dice
(amar en la mujer no es elegir)
y ella afectuosa su propuesta admite,
hace muy bien en proceder así.

Y, ¿quién habrá que pueda motejarnos
porque un engaño el corazón sufrió...?
Aunque no es más ardiente, sí es más santo
y dura más nuestro segundo amor.

▪ A MEDELLÍN

▪ DESDE EL ALTO DE SANTA ELENA

▪ *I*

Allí está Medellín, la hermosa villa,
muellemente tendida en la llanura,
cual una amante, tímida hermosura
reclinada en el tálamo nupcial.

Allí está Medellín: su sol ardiente
la hace ostentar su gala y sus primores,
y la da los fantásticos colores
del magnífico Edén del oriental.

Ciñe su talle esbelto su ancho río
cual cinturón de perlas y de plata,
y en su onda limpia la beldad retrata
y allí su imagen sonreída ve.
Murmura el río enamoradas voces,
para adormir a su coqueta reina,

y ella en sus aguas sus cabellos peina
y moja en ellas el desnudo pie.

Cual reina joven del pomposo valle
que de su trono en derredor se extiende,
cuanto su vista en la extensión comprende
domina con su vista en la extensión.
Los ojos gozan y los labios callan
al aspecto de tanta maravilla,
y el caminante al contemplar la villa,
le tributa su ardiente admiración.

■ II

Mirad a Medellín, cuál reverbera
con los rayos del sol en el cenit;
cual mirada al través de una ancha hoguera,
partículas de luz hierven allí.
Es el hermoso, trémulo paisaje
que tiembla al beso de su ardiente sol,
levemente encubierto en el celaje
que en la llanura levantó el vapor.
Así se miran al través del sueño
mundos de claridad, campos de luz,
cuando de amor el porvenir risueño
fascina la fogosa juventud.

▪ *III*

Quédate, adiós, ¡oh Medellín! Tus galas,
tu cielo azul, tu mágico paisaje,
el tiempo nunca, destructor, ultraje,
ni el hombre insulte, ni entristezca el mal;
y hállente siempre mis amigos ojos
muellemente tendida en la llanura,
cual una amante, tímida hermosa
reclinada en el tálamo nupcial.

▪ EN EL CEMENTERIO DE SONSÓN

Aquí no se descansa ni se duerme,
que «morir no es dormir y no es soñar»,
aquí sólo reposa el polvo inerte;
pero el alma... buscadla más allá.

Mas venid a rogar por el ausente;
para toda plegaria hay un altar,
y la fe, la oración, hallan fervientes
consuelo siempre, decepción, jamás.

▪ DIOS

No es preciso morir, no, para amarlo;
no es preciso morir, no, para verlo;
quererlo comprender es adorarlo;
no poderlo alcanzar es comprenderlo.

.....

Dios es grande doquier que se le busque,
a la tierra bajad, subid al cielo;
porque es grande mirándolo en lo grande,
porque es grande mirándolo en lo pequeño.

Una línea trazad, seguid por ella,
¿A dónde vais? No lo sabéis, es cierto;
mas sabed que si fin tiene esa línea
encontraréis a Dios, Dios que es el centro.

¿Veis esa gota? Es agua; es una gota;
tiene mundos y mundos y misterios

iguales o mayores que los mundos
que pueblan eso que llamamos cielo.

Es que ante Dios nada hay pequeño o grande,
el fiel de su balanza es tan perfecto
que un insecto y un mundo se equilibran
e igualan ante Él, que los ha hecho.

Confiad en el Señor y os dará alivio,
que es grande, justo, poderoso, eterno;
confiad en el Señor y os dará ayuda,
que aun más que justo y poderoso, es bueno.

▪ CUARTETOS

▪ IMPROVISADOS EN DIVERSAS ÉPOCAS

Un canasto de flores primorosas
sobre la puerta de Justina vi;
si es que quiere tener flores hermosas,
¿Por qué no pone su retrato allí?

De esa mujer en los hermosos ojos
un universo de placer chispea,
palidecen del sol los rayos rojos
y vacila la luz si pestañea.

¿Por qué tu frente siempre tan serena
sobre tu mano se reclina así?
¡Oh!, cambiemos mi dicha por tu pena,
alza la frente y mírame sufrir.

Yo tengo una alma de placer sedienta
que sólo del pasado vive ya:
como ya la esperanza no alimenta
mi dicha sólo en el recuerdo está.

▪ A MANFREDO (A BORDO
DEL VAPOR «ANTIOQUIA»
SUBIENDO EL MAGDALENA)

El penoso viaje hacemos juntos;
me ofreces tu amistad, te doy la mía.
Deja la popa, pues; ven a la proa,
que allí son frescas las silbantes brisas.

Tendidos en hamacas y fumando
la pena que te agobia allí se olvida,
en los aires meciéndonos la hamaca,
y el Vapor en las ondas cristalinas.

Ven conmigo a gozar. Verás cuál hiende
corriente arriba la cortante quilla,
y a los costados del Vapor las aguas
suben, crecen, se esponjan y se rizan.

Ven a ver el paisaje. Aquí cual toldo
de verde enredadera entretejida
arcos de triunfo y de esmeralda ostentan
a derecha y a izquierda ambas orillas.

De rosado y carmín tímidamente
ruborosas se tiñen las colinas,
del sol que se hunde al despedirse tristes
allá a lo lejos al morir el día.

Mas no vienes, y absorto y silencioso
muestra tu dedo la lejana orilla
donde queda tu patria. Entre las nieblas
nada ya de sus playas se divisa.

En dos puntos opuestos cada uno
ve su patria, su amor, su hogar, su vida:
tú la patria perdida que abandonas
lloras; yo gozo porque veo la mía.

De los seres que dejas, el recuerdo
irá contigo por doquier que sigas,
y yo en breve he de ver a los que amo.
Ven conmigo... Mas callas y suspiras.

Tú dejas una patria y yo la encuentro,
al acercarme yo, tú te retiras,
ven conmigo a gozar. Yo soy dichoso,
amasemos tu pena con mi dicha.

Recuerdos y esperanzas, popa y proa,
lloroso adiós y alegre bienvenida,
allí existe el dolor, aquí el anhelo,
recuerdos y esperanza, noche y día.

¡Decir adiós, dejar a los que amamos
es tan triste!... Las almas martiriza;
yo comprendo lo horrible de la muerte,
porque la muerte es eso: despedida.

Pero volver al seno de la patria...
Calentarse al hogar de la familia,
volver a ver a Julia..., es ser dichoso;
conque, Manfredo..., ¡adiós! Vapor, camina.

Más aprisa, Vapor, rápido vuela,
que allá lejos, muy lejos se divisa
al través de la bruma y del espacio,
la cima azul de las montañas mías.

Allá ruega mi Julia y allá ruegan
prosternados mis hijos de rodillas,
por mi próxima vuelta. ¡Adiós, Manfredo!
¡Más aprisa, Vapor!... ¡No!..., ¡más aprisa!

▪ LA POMPA DE JABÓN

▪ IMPROVISACIÓN

... doble símil bellamente enlazado...

Con tu mano y tus labios hijo mío,
has formado esa pompa de jabón
que vuela henchida de tu aliento tibio,
tornasolada con la luz del sol.

Para ti simboliza la esperanza,
simboliza el recuerdo para mí,
con tu soplo pretendes elevarla,
¡Ay!, y es tu aliento el que la hará morir.

▪ A MI AMIGO
SEGUNDO FONNEGRA

▪ CON MOTIVO DE UNA DEUDA DE VERSOS A
LA PATRONA DE COPACABANA

¡Quién pudiera pagar! Si es tan sagrada
la deuda de un amigo, ¿cuánto es más
la de tumbas amigas no olvidadas?

¡Quién pudiera pagar!

Tú sabes que ofreciera a tus hermanos,
a Fernando y a Clara y a Miguel,
un canto a la Patrona..., pero en vano.
¡Si murieron tan pronto! Y..., ¡no pagué!

Mas ¿no sabes por qué? Porque impotente
se halló muy floja mi mundana voz
para cantar a la incantable siempre,
la madre de los huérfanos y Dios.

Si pudiera entonar una plegaria
a la que adoro desde niño yo,
con humildad dijérala entre lágrimas:
«conocí tu retrato en tu Asunción».

«¡Oh! ¡Madre de mi madre y madre mía!
Si cantarte no sé, dame perdón,
corazón de mi alma que venías
cuando en la cuna descansaba yo».

«Tú en mi risueña juventud mostrabas
con una mano el cielo, otra el hogar,
los dos únicos nidos donde se halla
¡La dicha pura aquí y eterna allá!».

«Pero, perdón, Señora, si te ofendo
al decir que te quiero más que a Dios.
Madre mía, es que a Dios le tengo miedo
y a ti te tengo ¡tanto, tanto amor».

«Para ti guarda el corazón del hijo
el tesoro de amor que encierra en él,
y aunque Dios es mi padre y lo bendigo
yo no lo puedo como a ti querer».

«Eres madre, una tabla, y casi sola
Que, ya náufrago, alcanzo a divisar...».

▪ FRAGMENTOS DE UNA CARTA

A mi amigo el doctor Manuel Uribe Ángel

... humor de amargo sarcasmo...

Mas, prescindiendo de esto, no te adulo
en decir que al ser médico haces mal.
Yo debo ser muy malo cuando dudo
si hacer bien es virtud o es necesidad.

Me duele mucho la dolencia ajena,
tanto como si fuera... iba a mentir.
Pero, en fin, compadezco a los que penan
porque algo tienen semejante a mí.

.....

Yo les tuviera lástima a los médicos
si yo fuera capaz de compasión:
sacerdotes llamados a los duelos,
pero a las fiestas y a las risas, no.

Y si no, ¿no es verdad que tú sí sabes
cuántas penas encierra Medellín,

y el diluvio de lágrimas que cae
no es cierto, dime, que te moja a ti?

Pero debes estar desheredado
de los convites en que el goce esté,
porque él solo y envuelto va pasando
en su manto egoísta, y no te ve.

No verás al fulgor de las bujías
que iluminan espléndido salón,
cavernosas miradas ni sonrisas:
¡Médico para qué, si no hay dolor!

Pero sí te hallarás en una alcoba,
a la luz vacilante de un candil,
pretendiendo amenguar esa congoja
del que al verse morir llámate allí.

Todo enfermo se muere: esa es la regla;
en contra de ella ¿tienes objeción?
No; mas no importa, responsable queda
el médico que asiste al que murió.

Y esa clientela, raza abominable
que sin tregua te acecha y sin cesar,
que a todas horas como sombra cae
¿Te da lástima, risa, o qué te da?

Quién te consulta para mal de nervios,
que nunca tuvo ni podrá sufrir;
quién va por distraer su propio tedio
a hacerte bostezar y a estarse *allí*.

¡Oh!, ¡que no se convenzan en el mundo
que el que en su casa está quiere allí estar,
y que saldría para ver a alguno
si no fuera mejor su soledad!

Y esa turba de necios que te asalta,
ya curiosos, ya enfermos, ¿qué te dan?
Si el que puede pagar tampoco paga,
¿Esperas gratitud?... Lástima da.

Hay otros, como yo, que a hablar de nervios
por tu desgracia a tu despacho van,
pero ya que con nervios me tropiezo
déjame, pues, a mi sabor hablar.

¿Por qué los hombres no sufrimos todos,
como debiera ser, de un modo igual?
¿No son hombres los hombres que son gordos?
¿O son ranas los flacos, y no más?

¿Está el mal en el alma? ¿Está en las fibras?
Eso que llaman nervios, di, ¿qué es?
¿Son cuerdas nada más que martirizan,
o alguna nota guardan al placer?

Esa red de dolores que ha encerrado
al organismo en su menguado ser
cual la túnica ardiente del Centauro,
¿Qué es eso? —Sensación. —Y, eso, ¿qué es?

¿Por qué, dime, palpita en cada dedo
una vida, un dolor, un corazón?
¿Por qué...? Muéstrame tú desnudo un cuerpo,
que el alma voy a desnudarla yo.

.....
.....

Dios al formar al hombre en los legados
que con su santa mano le donó,
le dijo: sólo, sólo en el trabajo
hallarás un calmante a tu dolor.

Pero nadie de dolo lo ha acusado,
porque bien claro nos lo dijo Él:
«Trabajo es trabajar; pero el trabajo
es lo solo que cumple con mi ley».

Y eso es verdad, Manuel, porque una gota
que rueda en nuestras sienes, de sudor,
condensa más tormentos en sí sola,
que los que nadie en su crueldad forjó.

Que en él, en el trabajo, está la dicha,
y sólo trabajando se halla paz;
pues bendigamos la bondad divina
que a trueque de un dolor consuelos da.

Se halla satisfacción, se halla un alivio,
nada más que al cumplir con un deber;
y el santo goce del deber cumplido
yo sé que lo conoces tú muy bien.

Empero, ¿a dónde voy? Las digresiones
me arrastran sin cesar lejos de mí;
divagar es soñar: buenas entonces,
porque soñar, Manuel, es no vivir...

.....
.....

Si dejan ver las carnes estrujadas,
los harapos ¿no es cierto que hacen mal?
Sólo debe mostrarse lo que es llaga:
¿No puedes, dime, el esternón cortar?

Hazlo en cualquier viviente como lo haces
allá en tu maniquí; pero en cartón
su huella no ha trazado la desgracia:
hazlo en un corazón: ¡hazlo, por Dios!

Y si no, vamos juntos, yo te muestro
algo más doloroso que el dolor.
Escucha con paciencia y yo te cuento
una historia de un Carlos que murió.

Mas, no imagines tú que yo soy Carlos.
No me retrato como Jorge Isaacs,
ni soy tan animal como Lord Byron
cuando dijo: soy Hárold, soy don Juan.

▪ A MI AMIGO
CAMILO FARRAND

El arte, más audaz que Prometeo,
a los cielos su luz arrebató,
y aun no ha mandado en su castigo el cielo
un buitre que le rasgue el corazón.

Por el contrario, al perdonar su robo
hace que un premio encuentre sólo en él;
pues teniendo la luz lo tiene todo:
no perece, no puede perecer.

El arte al escribir «fotografía»
una frase escribió que es inmortal:
arte nacido para hacer conquistas
y al que nadie después conquistará.

Ella, al crecer, no en época remota
la estatua volcará de Gutenberg:
tardos los tipos de la imprenta copian
y aquella copia el todo de una vez.

Rafaeles no habrá, no habrá Murillos;
la luz a los pintores destronó,
pues ufana les dice: «Cuando pinto
yo soy más hábil que el pincel mejor».

Con su triunfo animada, en un segundo
se lanza al cielo hasta pasar el sol.
Y esa luz, que es de allá, la manda al punto
que una presa le traiga, como halcón.

Y va, y vuelve, y enseña los retratos
de eso que el hombre con sorpresa ve;
y la bóveda azul poblada de astros
nos la muestra pintada en un papel.

A esa luz prisionera, ordena el arte
que hasta el fondo del mar ha de partir;
parte al instante, y al instante trae
el mundo ignoto que se encuentra allí.

Que al arte el cielo trajo a la morada
donde juzgan que sólo está el dolor:
última confidencia que en voz baja
al hombre hizo al inclinarse Dios.

Tú, discípulo y ayo de tu arte,
hijo mimado de la nueva luz,
ya has conseguido engrandecer tu madre,
y ella te mima, la abrillantas tú.

Tú, Farrand, con tu genio has hecho mucho;
no dejes comenzada tu labor:
sigue y trabaja, que es salvar los mundos,
ir más allá y asemejarse a Dios.

Tú tienes ya la ubicuidad hallada
mostrándole al inmóvil espectador,
por medio de tu lúcido optorama
lo que hoy existe y lo que ya pasó.

Altivo el hombre al escucharlo irguióse
lleno de orgullo con su propio ser;
¡Oh!, con cuánta razón se eleva entonces,
porque el hombre no es hombre sino rey.

Y los cielos, los soles, los planetas
en una imposición dobles nos da,
si de noche la bóveda refleja
ese cielo al revés que llaman mar.

En tu optorama entusiasmados vemos
desfilar en graciosa procesión
lo que tienen las artes de más bello,
lo que tienen los campos de mejor.

Vete, Camilo, y a tu patria lleva
eso que has espigado en mi país,
y diles a los hijos de tu magna tierra:
«Aquí hay más orden; más belleza, allí».

Preséntales las vistas admirables
que has recogido infatigable, tú,
y diles con orgullo: «Esto hace el arte,
Mirad aquí la América del Sur».

Las azules colinas que se pierden
coronadas de nubes de algodón,
y las cascadas, y las selvas verdes,
y los nevados que ilumina el sol,

Y los montes, los valles, las cascadas...
Todo lo primitivo muestra, en fin;
pero sólo lo agreste, amigo, Fárrand,
nuestras luchas no vayas a exhibir.

Vete y ufano y orgulloso muéstrate
cargado de riquezas cual Colón;
vete, sí; mas no olvides que dejaste
la mano que tu mano aquí estrechó.

▪ LAS DOS NOCHES

A Demetrio Viana

... húndese en el abismo de sus propias tinieblas...

¡Oh!, ¡noche oscura!, oscura, ¡oscura noche!
Voy a matar mi luz artificial,
y me quedo conmigo en otra noche
más oscura que tú, mi propio mal.

Entre dos pabellones que se elevan
si negro es el de arriba, el mío es más:
de esas cortinas, ¿cuál me infunde miedo?
Me infunde miedo la que tengo acá.

Voy a mi lecho, estrujo mi ropaje,
dando sin descansar vueltas en él;
vuelve el alma sus ojos hacia dentro,
y oscuridad en su contorno ve.

Pero en su fondo no, pues donde quiera
algo hay que punza y en relieve está.
No se puede borrar de la conciencia.
Lo que puede borrar la oscuridad.

Los ojos hacia dentro, te aseguro,
los infusorios de la vida ven,
microscópicos seres que un cocuyo
con su luz vacilante hace tremer.

▪ A JULIA

«Juntos tú y yo vinimos a la vida,
llena tú de hermosura y yo de amor;
a ti vencido yo, tú a mí vencida,
nos hallamos por fin juntos los dos».

Así te dije. ¡Oh Dios!... ¡Quién creería
que no hiciera milagros el amor!
¡Cuántos años pasaron, vida mía,
y excepto nuestro amor, todo pasó!

¡Con cuánto orgullo yo añadí: mi brazo
te servirá en la vida de sostén!
De nuestro amor el encantado lazo
risueño, ufano, al mundo lo mostré.

¡Mucho, mucho, mi Julia, hemos sufrido!
Un abismo descubro entre hoy y ayer:
mas el débil fui yo, yo fui el vencido;
tú, fuerte de los dos, tuviste fe.

Y tu fe te ha salvado y me ha salvado,
pues unidos vinimos hasta el fin,
cual dos olas gemelas que han rodado
en busca de una playa en qué morir.

Basta para una vida haberte amado:
ya he llenado con esto mi misión.
He dudado de todo..., he vacilado,
mas sólo incontrastable hallé mi amor.

Julia, perdón si al fin de la carrera
fatigado y sin fuerzas me rendí...
¡Si tu suerte enlazada no estuviera
con mi suerte, tal vez fueras feliz!

Tú fuiste para mí como la roca
al solo y casi náufrago bajel,
que, el ancla en ella al arrojar, provoca
las tempestades que en contorno ve.

Empero, la borrasca no te arredra,
aunque se avanza hacia nosotros dos,
y has querido morir como la hiedra
que se abraza del olmo protector.

Fue desigual la unión de nuestros lares:
yo con mis faltas, tú con tu virtud;
tú dándome tu amor, yo mis pesares...
¡Oh!, ¡debiste salvarte, sola tú!

Mas de la vida en la penosa lucha,
ya en el fin, como yo debes hallar
un consuelo supremo: Julia, escucha:
si no como antes, nos amamos más.

▪ LA VIDA

A mi madre

▪ I

¿Quién al recuerdo de la infancia tierna
un ¡ay! profundo a su pesar no exhala?
¿Quién hay que olvide las pueriles dichas
de que entonces viviendo disfrutaba?

¿Quién no ha sentido el amoroso beso
que en sus mejillas una madre estampa,
y entre los juegos de la edad primera
de un tierno padre las caricias blandas?

¿Quién ha olvidado las felices horas
que en el bullicio del hogar pasaba,
con sus hermanos entre gozo y risas
en inocente, angélica ignorancia?

¿Quién no ha visto, al correr por el sendero
que mentida ilusión le dibujaba,

desprenderse de su alma fugitivos
una ilusión, un goce, una esperanza?

¿Quién no detiene su carrera entonces
y lo que hoy es a lo que fue compara,
la triste realidad que siente ahora,
con los ensueños de la edad pasada?

Es ahora una planta que marchita
inclina su cabeza deshojada
al impulso de cierzo, que sañudo
la troncha, la consume y despedaza.

Era entonces pimpollo que naciente
henchido de verdor la frente alzaba,
envuelta en el aljófár cristalino
que brillante le diera la mañana.

Yo era niño; en mi frente ruborosa
retozaban las risas y las gracias,
la gala de natura ante mi vista
un edén venturoso dibujaba.

El pabellón azul del firmamento,
el risco, la llanura, la montaña,
y la tierra y el cielo eran mi gloria,
y hecho todo ello para mí juzgaba.

De mi madre en el seno adormecido
¿Qué turbaba mi sueño? Atenta y cauta
velaba ella por mí como el Eterno
a su criaturas bondadoso guarda.

¡Ah!, ¡cuántas veces rebosando en gozo
mis brazos enlazaban su garganta!
¡Cuántas mi propia vida la creía
cuando el labio materno en mí posaba!

Entonces su existencia y mi existencia
una, una sola entre las dos formaban!
¡Siempre, buen Dios, unidos hijo y madre
un mismo cuerpo son, una misma alma!

¡Son un soplo divino de tu esencia,
son la obra mejor por ti formada!
¡Son dos suspiros de inocentes pechos
que nacen juntos y entre sí se enlazan...!

En el regazo de su madre, un hijo
es de una virgen pudorosa lágrima,
un pensamiento que el querub anida,
¡Piadosa ofrenda en el altar colgada...!

Aún paréceme ver los viejos troncos,
de cardos llenos y de añosas ramas,
de árboles respetados por el tiempo
que al hogar paternal vecinos se hallan;

A los cuales trepaba dando voces
de infantil regocijo y arrogancia,
y a cuya sombra en la caliente siesta
mis horas de solaz se deslizaban.

¡Salve, oh ancianos hijos de la selva!
¡Salve, oh amigos de mi edad temprana!
¡Vuestro mustio follaje es hoy mi dicha,
es cada hoja una ilusión colgada!

Paréceme mirar el bosquecillo,
el huerto, la colina, la cascada,
objetos todos de mi dicha entonces,
e imagen hoy que me atormenta el alma.

Paréceme mirar en la llanura
las ovejas balar, triscar las cabras,
y perderse corriendo el cervatillo
por entre helechos y pajizas cañas.

Paréceme mirar... Aparta, ¡oh cielo!
Mi pensamiento de mi patria cara
y de mi tierna edad, que, a pesar mío,
tales recuerdos lágrimas me arrancan.

▪ II

Si por ventura una vez
en el porvenir pensaba,

la vida toda juzgaba
no interrumpida niñez.

Pensaba yo, en la demencia
de mi niñez, el placer
ver con los años crecer,
y ansiaba la adolescencia.

Juzgaba, ¡necio!, a los años
precursores de ventura;
pero, ¡ah!, ¡que sólo amargura
nos prestan, y desengaños!

Viví en un mundo aparente
fantástico, engañoso,
en un mundo seductor
en donde el mal no se siente.

Viví en un sueño profundo
de mi infancia en la ribera:
su perfumada pradera
era mi gloria y mi mundo.

Pero, niño juguetón,
retozando por la arena,
descubrí mansa y serena
de los mares la extensión;

Y en vez de darme terror
su ondulación y porfía,
lo juzgó mi fantasía
un mundo nuevo y mejor.

Me alucinó el arrebol
de sus aguas cristalinas,
que en ráfagas purpurinas
dibuja rielando el sol.

Creí que cual era inmenso
el mar, así lo sería
la dicha que en él había,
y el placer así de extenso.

■ III

Las velas de oro desplegando al viento
de mi flotante y tímido bajel,
partí en la mar, henchido de contento,
¡Necio! entregando mi existencia en él.

Al alejarme de la playa hermosa
donde a la vida y al placer nací,
cual sombra opaca en niebla vagarosa
la dicha toda oscurecerse vi.

Transcurrió mi existencia hasta esa hora
envuelta en nieblas cual naciente sol

que el velo purpurado de la aurora
al sacudir, envuelve un arrebol.

Empero sigue el astro esplendoroso
la senda inmensa que ha de recorrer,
y al partir en su carro vaporoso
ve tras sí su aureola deshacer.

¿Dónde están las poéticas visiones,
del ansia de saber el noble afán?
De gloria y de valor, ¿do los blasones
de la anhelada adolescencia están?

¿Dónde están el orgullo y tanta empresa
de la edad juvenil...? ¿Dónde su ardor?
Sólo indeleble en mi memoria pesa
el sentimiento de filial amor.

En vano arrastro una existencia oscura,
en vano hace la suerte sobre mí
sentir el peso de su mano dura,
pues siempre, ¡oh madre!, te conservo aquí;

Aquí grabada en mi amoroso pecho
tu cara imagen para siempre está,
aunque hoy, remoto del nativo techo,
mi pie a la tumba presuroso va.

▪ EL ROMANTICISMO TÉTRICO

Epístola a un amigo

Deja, oh amigo, deja ya el lamento
monótono, insufrible de tus penas;
no más hagas sonar de llanto llenas
las cuerdas del laúd.

No finjas más ensueños pesarosos
que tenaces redoblan tu martirio;
abandónalos ya, que tal delirio
contagiará la sana juventud.

No es la vida una serie de pesares,
de maldiciones y suplicios llena;
no, que del hombre en el oído suena
la voz de la amistad.

No, que hay momentos llenos de ventura
que de placer embriagan la existencia;
no, que aplaca el amor la vehemencia
de nuestra ardiente y juvenil edad.

¿De qué sirve mirar el universo
como un sepulcro de tormento y duelo,
y comparar el astro de consuelo
al fúnebre blandón?

¿De qué sirve que cantes las torturas
que el afligido corazón no encierra
y que enlutada pintes a la tierra
con moribundo y destemplado son?

Deja los vuelos del febril cerebro
del viejo mundo al fatigado ingenio,
donde las alas del altivo genio
rendidas están ya;

Naturaleza, poco rica en galas,
muéstrase allí sin brillo, sin encanto,
y su agotada inspiración, en tanto,
incierto giro al pensamiento da.

Pero tú, que naciste en este suelo,
en medio a un mundo virgen y sublime,
al cual el sello primitivo imprime
Dios de su creación.

.....

Tú, a quien rodean sin cesar las galas
que despliega magnífica natura:

¿Necesitas, amigo por ventura,
romántico cantar?

¿Seguirás en sus pasos importunos
a los que adoptan la moderna escuela,
y cuyo ingenio a la mentira apela
para sus cuadros tétricos pintar?

¡Canta de Dios la mano omnipotente
que al océano la altivez quebranta,
y de los senos de la mar levanta
el mundo de Colón!

Canta ese genio cuya vasta mente
se hallaba estrecha en el antiguo mundo,
y vaticina con saber profundo
allende el océano otra región.

Canta el valor que al Genovés anima
en frágil leño en la extensión perdido
sin dirección, y el mar enfurecido
mirando bajo el pie;

surcando solo el ignorado océano
que a nuestro globo por doquier rodea,
contrariado, mas firme en una idea...
Hasta que un mundo en lontananza ve.

Canta este mundo que de polo a polo
majestuoso sobre el mar se extiende,
canta este cielo que sobre él suspende
magnífico dosel.

Cántalo, sí, que al bardo americano
un nuevo numen inspirarle debe,
porque en su suelo inspiraciones bebe,
nuevas y grandes, como grande es él...

Mira si no, los Andes orgullosos
con frente altiva desafiando al cielo,
y de la nubes el flotante velo
impávidos romper;

mira cuál brilla entre argentada niebla
el albo copo de perpetua nieve,
y entre su gasa transparente y leve
el iris su arco espléndido poner.

Oye la voz del mugidor torrente
que de la enhiesta cumbre se despeña;
escucha rebramando entre breña;
furioso el huracán.

Sigue atento al cóndor que remontando
potente el vuelo la extensión pasea,
y alzándose veloz revolotea
entre el humo encendido del volcán.

Y mira el Chimborazo que levanta
cual cúpula entre nubes su cabeza,
y oye rodando el torno con fiereza
el trueno aterrador.

O en Cotopaxi la tormenta mira
que de nubes preñadas le rodea,
y el encendido rayo que serpea
con la lava y el fuego abrasador.

Pinta risueño el moribundo día,
el cuadro encantador del horizonte,
en que aún colora al adormido monte
la tibia luz del sol.

Describe las figuras caprichosas
de que el cielo en poniente se matiza,
de blanda nube que el ambiente riza
y colora fantástico arrebol.

De la llanura la extensión pasea,
recorre con las fieras el desierto,
y ansioso busca s confín incierto
en métrico cantar.

Canta cómo la nieve se transforma
entre la roca en bramador torrente,
y luego la oceánica corriente
que va a perderse en la anchurosa mar.

Entra en la selva, y gozarás en ella
el más puro placer que el alma alcanza;
allí libre y sin límites se lanza
al pie del Creador;

que el silencio imponente de las selvas
a meditar en el Señor convida
en medio de natura adormecida,
y arrullada con fúnebre clamor.

El paso sigue al Bogotá espumoso
y en Tequendama le verás perdido,
súbito en densa niebla convertido
en el salto aterrador.

.....

Canta, en fin, de la América el conjunto,
la obra de Dios más varia y peregrina.
Pues cuanto el sol de trópico ilumina
es bello y colosal;

Y en su virgíneo y anchuroso seno
todo respira vida y armonía,
y en él se encierra tanta poesía
como en el mundo habrá de lo ideal.

O bien, canta la América presente
y su aspecto político describe,

cual otro mundo que al nacer recibe
luz, gloria y libertad.

Las Repúblicas canta... Pero, amigo,
supla tu ingenio lo que calla el mío,
volviendo de tu fiero desvarío
a la sincera voz de mi amistad.

▪ MI PASIÓN

(Fragmento)

... me atrevo a juzgarla digna de Safo...

Una vez y otra vez te vi, ¡oh hermosa!
y siempre hermosa, y siempre más amada,
y la llama de amor emponzoñada
ahonda en mi pecho su raíz.
Pero amaba yo solo... Era preciso
que, inflamada tu frente cual mi frente
se reflejase mi mirada ardiente
en tu mirada, para ser feliz...

Ausente anhelo estar en tu presencia,
pues en ti sola mi existencia veo;
me acerco a ti, y en tus miradas leo
de tu alma virgen la inmutable paz;
se enardece mi pecho, y a mi rostro
un lampo asoma de la hirviente hoguera;
tiemblo de amor, y rápido quisiera
de ti alejarme y nunca verte más.

Pero si estoy lejos de ti, ¡oh amada!
Es tormentoso el tiempo y es eterno;
y si presente estoy, es un infierno
que mis entrañas corroyendo está;
y, en vez de sangre, por mis venas corre
fuego unas veces, y otras veces hielo:
mi respirar se ahoga, y denso velo
a interponerse ante mis ojos va.

¡Feliz quien tiene un corazón perverso!
¡Feliz quien tiene un alma corrompida!
Pues ese mira deslizar la vida
sin que el amor le inflame el corazón;
que nunca abriga amor el pecho impuro,
ni cabe en él su probador tormento;
y el penar de atroz remordimiento
nunca iguala al penar de la pasión.

▪ FRAGMENTOS DE LA VEJEZ

(En boca de un anciano)

▪ I

¡Ven otra vez, consoladora mía,
lira por tanto tiempo abandonada!
Tú, de mis penas compañera un día,
presta consuelo a mi vejez cansada;
ven, que quiero gozar con tu armonía
los dulces sueños de mi edad pasada;
ven otra vez a mi temblorosa mano,
¡ven a enjugar el llanto de un anciano!

Tú, cuyas cuerdas para mí templaron
el placer y el amor en otros años,
de esas horas felices que volaron
dame otra vez siquiera lo engaños,
y olvide los que el pecho destrozaron
crudos tormentos de esa edad extraños;
puede ser que en tus cuerdas destempladas
mis ilusiones aún estén grabadas.

¿Ya qué me queda de esa edad dichosa,
florido comienzo de mi larga vida?
Sólo una noche triste y horrorosa,
y allá a lo lejos esa edad perdida...
¡Ay!, mi niñez..., mi adolescencia hermosa,
mi juventud..., mi juventud querida...
¿En dónde estáis?... ¿Vuestro divino encanto
no ha de volver para secar mi llanto?

¿En dónde están los sueños deliciosos
que mi cuitado corazón forjaba,
y esos momentos dulces y gozosos
que el porvenir en mi ilusión me daba?
Sólo recuerdos tristes y azarosos
ese anhelado porvenir guardaba...
¿Sólo tormento deja en la memoria
el sueño del amor y de la gloria...?

¡El suelo del amor!... ¡Bella María!
¡Ángel custodio de mi larga vida!
¡Astro de luz cuyo fulgor de un día
brilló en el cielo de esa edad perdida!
Puede endulzar mis horas de agonía
sólo el destello de esa luz querida,
de esa luz que alumbraba mi camino,
y que inflexible me apagó el destino.

Flor entreabierto a la primer sonrisa
de la inocente y cándida mañana.

Que al retozar la perfumada brisa
el rocío de aljófara engalana.
El sol ardiente con celosa prisa
trocó en ceniza tu beldad temprana;
¡Pobre María! ¡Contra un pecho amante
se marchitó tu angelical semblante!

¡Oh si a mi lado fueras todavía
el ángel seductor de mis amores...!
¡Ah!..., pero no, que la vejez impía
helado hubiera tus hermosas flores,
y yo te hubiera visto, mi María,
ser presa como yo de tus dolores...
Y hubiera visto al tiempo presuroso
trocar en blanco tu cabello hermoso.

Quiero más bien en mi delirio insano
mirar intactos tus hechizos bellos;
quiero más bien con mi ilusión ufano
las rubias trenzas ver de tus cabellos;
quiero soñar que mi rugosa mano
osa otra vez jugar con ellos...
Y al triste son de mi olvidada lira
pensar que aún tu corazón suspira.

▪ II

El corazón del hombre es una lira
dispuesta a producir cualquier sonido;

tremulento de amor goza y delira,
herido de dolor lanza un gemido;
con la esperanza sonreír se mira,
con la desgracia llora entristecido,
pero sus cuerdas, hechas al quebranto,
suenan mejor si las empapa el llanto.

Jamás se encuentra inspiración alguna
en medio del placer y de la orgía,
y al blando arrullo de opulenta cuna
no se mece jovial la poesía:
brinda sólo cantares la fortuna
al infeliz que llora en su agonía...
Que el canto no es placer, sino un consuelo
que, a falta de placer, nos presta el cielo.

Al recinto de espléndidos salones
sólo penetra la algazara inquieta;
no da el laúd sus apacibles sonos
donde indolente su señor vegeta;
y jamás entrelazan sus blasones
una humilde corona de poeta...
¡Es que la alfombra del feliz no baña
el llanto que humedece una cabaña!

Nunca el recuerdo del placer pasado
alegra el corazón entristecido,
y el dardo del dolor envenenado
lo lleva siempre el corazón herido;

que es triste recordar que hemos gozado,
y es triste recordar que hemos sufrido,
y el canto es el recuerdo, y nuestra lira
por eso en vez de modular suspira.

Comparad esos gritos de alegría
con el suspiro de dolor profundo,
en el tumulto de algazara impía,
o del mendigo en el rincón inmundo:
comparad el ¡*bebamos!* de la orgía
con el ¡*Jesús!* gritado a un moribundo:
¡Apurad el placer, sufrid el llanto,
y alzad entonces vuestro alegre canto!

■ III

Pero mi pecho cuitado
no alienta esperanzas hoy
es sólo el cauce vacío
por donde rodó veloz
el torrente de delirios,
de ilusiones y de amor.

Es una hoguera mortuoria
que con su débil fulgor
no ilumina los semblantes
de fantasmas que creó...
En otro tiempo su llama
el porvenir me alumbró,

y coloraba brillantes
los sueños de mi ilusión.

Hoy..., ¿qué luz ha de guiarme?
Sólo el luctuoso blandón
que arderá junto a mi féretro
con siniestro resplandor...
Y ¡ay!, esa luz vacilante
no alumbra ilusiones, no,
ni se forjan junto a ella
los sueños de la ambición.

Y cada surco que el tiempo
en mi semblante estampó,
la mano de la desgracia
lo trazó en mi corazón.
Mi trémula voz recuerda
los deliquios de mi amor...
Y cada cabello blanco
una perdida ilusión...

Y pensar que la nieve
de mis cabellos heló
entre mis párpados secos
las lágrimas del dolor...
Y el llanto que la mejilla
del infeliz no bañó,
es un filtro venenoso
que le quema el corazón.

▪ UNA VISITA

Beso sus pies, mi señora.
—Servir a usted, caballero.
Siéntese usted. —Muchas gracias.
—Parece que está molesto;
tome el sofá. —No señora,
estoy aquí bien, aprecio.
—Es que suele el taburete
ser muy incómodo asiento.
—No, mi señora, estoy bien
donde quiera que me encuentro.
¿No tiene usted novedad?
—No, señor, gracias. —Celebro:
¿Y el señor don Luis? —Salió
a la calle ha poco tiempo,
Sin novedad. —¿Y el chiquito?
—Gracias, señor, está bueno.
¡Es tan gracioso!, ¡si viera...!
¡Tan lindo, que es un portento!
Josefa, trae a Lisandro

a que le hable a don Anselmo.

(Y no responde) ¡Josefa!

¡Josefa! (¡si se habrá muerto!)

¿Pues ve usted? Si las criadas sólo sirven de tormento...

—Sí, señora, y es difícil encontrar una entre ciento.

—Permítame usted, señor, que dentro de poco vuelvo.

Quizá será que Lisandro todavía esté durmiendo.

—No vaya usted, mi señora, a despertarle. —No; creo que está en el jardín jugando: le traigo en este momento.

Dispense usted que le haya dejado solo. —Yo siento haber a usted molestado...

—No es molestia, don Anselmo.

Aquí le traigo a Lisandro, va usted a ver su despejo.

¡Jesús!, ¡qué ropa tan sucia!

Parece sepulturero.

Venga, le ato la camisa, que tiene suelto ese cuello; no le paran los botones, pues los arranca al momento; nada le dura... Es preciso

hacerle ropa de cuero.
Arrímese, Lisandrito,
¿No saluda a don Anselmo?
No sea tonto... —Venga acá...
¿No me saluda? —No *quero*.
—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡qué gracioso!
Mírele usted... ¿no es muy bello?
—Sí, señora, y no desmiente
que usted lo llevó en su seno.
Lisandro, ¿no responde?
Venga acá. —¡Qué majadero!
No le doy una cosita
si no le habla a don Anselmo.
Si usted le viera, señor,
cuando está solo; ¡qué juegos!
¡Qué gracias dice! No cesa
de hablar y decir portentos.
Le viera usted remedar
a cuantos pasan; ¡al perro
lo imita tan bien!... Lisandro,
¿Cómo hace Turco? —No *quero*.
—¿Así se dice a mamá?
¡Qué dirá este caballero!
Que es bobo; no, pero el niño
sí me obedece, ¿no es cierto?
Remede a Turco, mi hijito,
y esta tarde va a paseo.
¿Cómo hace?, ¿a ver? —*Guá, guá, guá*.
—¡Qué bien lo hace! Déme un beso.

La fábula diga ahora
que aprendió en Samaniego.
—¿Y sabe leer el chico?
—No, señor, ya va aprendiendo
con una facilidad...
Casi todo el alfabeto
lo sabe, y apenas hace
unos seis meses y medio
que empezó a aprender, pues tiene
un admirable talento.
—Sí, señora, y lo demuestra
lo que ha aprendido tan presto
—Sí, señor, para su edad
son seis meses poco tiempo...
—¿Y qué edad tiene? —Siete años
ha de cumplir en febrero,
y así tan niño se aprende
cualquier cosa en un momento.
Diga, pues, la fabulita:
Deje el gato: estése quieto:
¡A ver! Con formalidad;
Lisandro, no sea travieso,
la de la Zorra y el Busto
que estudió con tanto empeño.
—*La Zorra le dijo al Busto*
Cuando lo olió... —¡Bueno!, ¡bueno!
Siga..., a ver..., ¿ya no se acuerda?
—*Bonito, pero sin seso.*
—Muy bien, muy bien, Lisandrito.

Déme un abrazo, mi cielo.
¿No dijo con mucha gracia
la fábula, don Anselmo?
—Sí, mi señora, muy bien;
habla con mucho despejo.
—¡Y hasta oído de poeta
va sacando el bribonzuelo!
—Sí, señora, pues recita
con mucha gracia los versos.
—¡Si esto es una maravilla!...
¿No es cierto, mi hijo? ¿no es cierto
que en usted tengo un tesoro?
¿No es cierto que vale un reino?
Don Anselmo, le aseguro
que saben en estos tiempos
tantas cosas los muchachos,
que se hace duro creerlo;
por esta razón yo juzgo
Que aprendidos nacen, —¡Cierto!
Dice usted muy bien, y sabe
más un muchacho que un viejo.
—Mi señora, hasta otro rato.
—¿Por qué tan pronto? Yo espero
que no se vuelva a perder
otra vez por tanto tiempo.
—Sí, señora, y más despacio
volveré... Mucho celebro
que se halle sin novedad.
—Hasta después, don Anselmo.

Y así salió renegando
este pobre caballero,
harto ya de necesidades
de la madre y del chicuelo.
Al verse libre en la calle
alzó las manos al cielo,
Dándole gracias a Dios
porque en libertad le ha puesto;
pero lleno de basura
y ajado vio su sombrero;
se halló con bastón sin borlas,
y con un guante de menos:
manchados los pantalones,
sucios casaca y chaleco:
sólo entonces conoció
De Lisandro el portento.

▪ EL POETA Y EL VULGO

Este mundo es un fandango, quien no baila es un zoquete.

▪ I

¡Qué majadero el poeta
que delirando sandeces,
mira sólo de la vida
los males que en ella siente!
Es a sus ojos el mundo
Panteón de luto y muerte;
es la existencia un martirio;
sombra falaz los placeres...
Y en tanto gozando el vulgo
de la vida indiferente,
sólo le sirven los males
para pensar en los bienes...
Aquel por mundos aéreos
va atormentando su mente,
y a este en el mundo real
nada le va ni le viene.
Aquel el crimen pintado

del hombre mira en la frente;
ve donde quiera enemigos,
fantasmas doquier advierte;
este mira de los hombres
lo que son y lo que tienen,
ni le halagan sus virtudes,
y ni a sus crímenes teme:
aquel mira en la mujer
al más raro de los seres;
ora la juzga demonio,
ora por ángel la tiene;
este en la farsa del mundo
todo lo ve indiferente,
juzgando a los hombres, hombres,
y a las mujeres, mujeres...
Pulsa el poeta su lira
dando sus quejas dolientes,
mezcladas con la amargura
que dentro del pecho tiene,
y las cuerdas de su lira
al corazón obedecen,
y en vez de cantar suspiran
al resonar de esta suerte:

▪ EL POETA

«Vive el hombre un solo día,
y entre la vida y la muerte
luchado con la amargura

sus breves horas se pierden.
Las lágrimas del dolor
riegan su cuna inocente...
Las lágrimas de pesar
su vida entera sostienen...
Y a la tumba le acompañan
las lágrimas que se vierten...
Es infeliz cuando nace
y es infeliz cuando muere;
y en su triste desamparo
lágrimas vierte a torrentes...
Y si quiere hallar consuelo
amargas lágrimas bebe...

.....

Son altares las pasiones
en el mundo, en donde alevés
a sus ídolos los hombres
sus holocaustos ofrecen.
Y en sus aras sacrifican
su inocencia a los placeres...
Por eso con la ignominia
llevan manchada la frente...
Y son por eso traidores,
engañadores, crueles...
Por eso cuando uno cae
los otros de él no se duelen...
Si uno es hoy grande..., mañana

será escarnio de las gentes...
Y será más infeliz
aquel que más grande fuere...
Esta es la vida..., un acervo
de crímenes diferentes,
donde se ven los cadalsos
al lado de los laureles...

.....

Alegres, fascinadoras,
y engañosas las mujeres,
entre su labio el veneno
esconden de las serpientes...
Halagan con sus promesas,
y pagan con sus desdenes...
Siempre engañando..., y el hombre...
También engañando siempre...

.....

Tal es el mundo, un montón
de viles e infames seres
do aquel será más feliz
que más engaños zurciere...
Tal es el mundo, un conjunto
de crimen y padeceres,
en donde su asiento el hombre
en medio del vicio tiene...

Y ¿quién la vida amará?
¿Quién amará sus placeres
sabiendo que son ponzoña
que sus entrañas disuelve?».

El vulgo a tales razones
moralizó indiferente:
*este mundo es un fandango,
quien no baila es un zoquete.*

▪ II

El vulgo, en vez de llorar
y maldecir de su suerte,
la vida juzga feliz
porque el vivir le entretiene.
Y con sonrisa burlona,
con labio prorrumpe alegre,
a todo siempre dispuesto
aunque a todo indiferente:

▪ EL VULGO

«Bien cortos los años son
que el hombre en el mundo tiene,
si no gozamos en ellos
el tiempo que va no vuelve...
¿Qué sirve que los perdamos
cuando gozarlos se puede?»

¿Por qué han de prestar las horas
dolor en vez de placeres...?
¿Por qué lamentar nosotros
de humanidad los reveses,
si en ellos los hombres gozan,
si con ellos se divierten...?
¿Qué importa que caigan unos,
qué importa que otros se eleven
y que gobiernen tiranos,
y pueblos cobardes tiemble;
que haya cárceles y trono,
que haya súbditos y reyes,
que haya virtudes y vicios,
a nosotros quién nos mete...?
Los que hoy oprimiendo mandan
mañana opresores tienen,
y el que verdugo fue un día
será víctima el viene...
¿Por qué quejarnos del mundo,
cuando es el mundo un juguete
que representa a lo vivo
los caprichos de la mente...?
El con sus formas variadas
a los hombres entretiene.
Y gozan estos mirando
tan diversos caracteres,
tan distintas opiniones
y tan variados papeles...
¡Cómo se goza en la tierra

con esas tan diferentes...!
¡Feliz el que las reciba
cual ellas se le presente!
Sin afanarse por nada,
siendo a todo indiferente,
en vez de llorar por todo,
con todo gozar se debe,
y con la farsa del mundo
se ha de luchar frente a frente,
*pues es el mundo un fandango
y el que no baila un zoquete».*

▪ MI MUERTE

A Temilda

Su muerte le hará morir a usted antes de un año.

R. CHEYNE. – Hoy 16 de diciembre de 1845

▪ I

Morir..., morir..., un eco misterioso
parece repetir estas palabras
en el fondo del alma... En otro tiempo
nunca, Temilda, al corazón llegaban;

entre mis labios al nacer morían,
sin lastimar con su sentido el alma;
jamás pensaba que el morir encierra
la idea tremenda que mi pecho amarga...

Ya de la vida los preciosos lazos
casi deshechos mi existencia enlazan,
que a un leve impulso destrozados ceden
de la mano glacial de muerte airada.

Ya de mi vida el último reflejo
siento que débil en mi pecho vaga,

cual la luz moribunda de la antorcha
que con más brillo al expiar se inflama.

¡Adiós, Temilda...! El caprichoso mundo
ya de mi vista ocultará sus galas...
Y el nuevo sol alumbrará un sepulcro
y un hombre menos lo verá mañana...

Hoy veo del sol los rayos matutinos
que su áurea lumbre en la extensión derraman,
dorar las crestas de los altos montes
con el purpúreo resplandor del alba:

Y veo los bosques y los anchos campos
iluminados con su luz de plata;
y al occidente en arrebol teñido
su caprichoso pabellón de grana;

y las fuentes, los árboles, las rocas,
con muda voz pero elocuentes hablan
y *adiós* me dicen..., un *adiós* eterno
que incisivo desgarrar mis entrañas...

¡Y ya mañana no verán mis ojos
esos objetos que mi vida encantan...
Pues sus pupilas entre el polvo inmundo
de los sepulcros, estarán cerradas!

El suave soplo de la brisa errante,
que juguetona en mis cabellos vaga,
de un cadáver mañana los cabellos
ha de rizar con voluptuosas alas...

Y ese sol cuya lumbre diamantina
como torrentes sobre mí arrojaba,
sus mismos rayos y su misma lumbre
sobre mi tumba verterá mañana...

Más brillante tal vez..., un bello día
tal vez alumbra su fecunda llama...
Y corre el cielo majestuoso..., y luego
una noche serena se levanta,

y otro día le sigue, y otra noche
e imperturbables en su curso marchan,
y meses pasarán, pasarán años,
indiferentes por mi tumba helada.

¿Qué es la muerte de un hombre, si a lo grande
de millares de mundos se compara?
Una gota pequeña de los mares
por el rayo del sol evaporada...

Y después que en el mundo he recorrido
una existencia entre el dolor amarga,
sin un goce siquiera..., ¿mirar debo
llegar la *muerte*, el *no existir*, la *nada*...?

¡La *nada*, dije yo! Gran Dios, destierra
esa duda tremenda que me espanta...
Yo sé, Señor, que *más allá* se esconde
de la tumba fatal la nueva patria...

Y yo sé que el que pone del sepulcro
en el estrecho límite la planta,
al salvar los umbrales de la huesa
de otra existencia los umbrales salva...

▪ II

¡Morir!, triste es morir cuando la vida
sólo ha corrido la tranquila infancia,
cuando sigue a las lágrimas del niño
el ¡ay! postrer que moribundo exhala.

Cuando apenas la cuna abandonado,
en un mundo fantástico se lanza;
y cuando mira un porvenir dichoso
a donde mueve la ligera planta...

Triste es morir cuando se ve a lo lejos,
con embriaguez de amor una esperanza,
que se divisa cual la estrella amiga
que fácil rumbo al naufrago señala.

¡Descender a la tumba..., ser cadáver...
Morir..., dejar de ser...! Estas palabras

tú no sabes, Temilda, lo encierran
pronunciadas por mí... Tú la desgracia

no has conocido...; y nunca la amargura
sus oscas huellas te dejó estampadas,
para que puedas comprender a dónde
puede arrastrar el infortunio al alma.

Mira... En las noches de mortal insomnio
en que tu imagen en mente vaga
de mil maneras, diferentes todas,
he pensado en la muerte a mí cercana.

Y sofocado en negros pensamientos
la sien del lecho delirante alzaba,
y en mi febril agitación veía
tu desdén..., y mi tumba abandonada...

Sí, porque tú con bárbaros desdenes
has consumido del amor la llama,
has desgarrado el corazón amante,
y me has abierto la postrer morada...

Por ti al sepulcro desdeñado bajo,
buscando en él la apetecida calma;
y nunca sentiré sobre mi losa
de tus ojos divinos ni una lágrima.

▪ A UN NIÑO EXPÓSITO

¡Pobre, inocente y desgraciado niño,
de la vida arrojado a la ribera,
que no has tenido el maternal cariño
ni una sonrisa para ti siquiera!

¡Pobre niño, arrojado en el profundo
valle do impera el llanto y el dolor,
te hallaste al despertar, solo en el mundo,
fruto tal vez de criminal amor!

No hallaste al lado, tierna y cariñosa
la mano maternal que enjuga el llanto;
que el mundo la vedaba que amorosa
dulcificase tu infantil quebranto.

Quizá en sus brazos te estrechó y amante
te bañó con sus lágrimas de amor...
Y luego te arrojó de sí distante
para salvar su mancillado honor.

¿Y qué harás en el mundo? Sin parientes,
sin hermanos, sin padres, sin amigos...
A los hombres verás indiferentes
ser de tu pena y tu dolor testigos.

En vez de llanto por tu triste suerte
desdén y risa encontrarás doquier;
mofaráse de ti sin conocerte
tal vez el mismo que te diera el ser.

Di, ¿qué esperas del mundo y la existencia?
proscrito te verá la sociedad;
sólo tendrás tu llanto, única herencia
que el destino ha legado a la orfandad.

¡Jamás consuelo te dará ni encanto
de la fortuna el caprichoso giro;
jamás tu llanto hará correr el llanto,
ni tu suspiro arrancará un suspiro!

¿Hallarás una mano generosa
que se atreva a alumbrar tu porvenir?
¿O tu desgracia ocultarás penosa
bajo la humilde condición servil?

Si buscas el saber de ti olvidado,
si ilumina la ciencia tu razón;
¿Será feliz con esto? ¡Desgraciado!
¡La ciencia para ti será un baldón...!

Si quieres igualarte con otro hombre
por título mostrando tu saber,
la sociedad te pedirá tu nombre,
¿Y cuál darás, desventurado ser?

¿Y si turba tu sueño fatigoso
ese arcángel maldito, la ambición,
y si te muestra un porvenir glorioso,
y te miente de amor una ilusión?

¿Y si ves por tu mal una hermosura
que haga tu pobre corazón latir,
qué puedes ofrecerla? ¡Desventura!
¡Oh! Entonces, niño, ¿qué será de ti?

Y si cobarde guardas tu quebranto
con esa vida que salvado habrás,
¿Quién, infeliz, enjugará tu llanto?
¿A quién, de todos esquivado, irás?

Pero tú no comprendes todavía
lo que el mundo te guarda, ¡pobre niño!
¡No sabes tú en las horas de agonía
cuánto consuela el maternal cariño!

Es ahora inocente tu sonrisa,
es ahora tranquilo tu dormir,
y es porque aun su emponzoñada brisa
sobre ti no ha soplado el porvenir.

¡Duerme, niño, que en vez de la presencia
y arrullo maternal que no has sentido,
aun te arrulla el arcángel de inocencia;
duerme y reposa en momentáneo olvido!

Y ojalá que al dormir, ¡oh pobre niño!
Dejaras de existir... ¡mejor te fuera!
¡Pues no ha tenido el maternal cariño
ni una sonrisa para ti siquiera!

Tú sólo has visto el prólogo terrible
que encontraste grabado en tu camino,
de ese drama de luto que inflexible
con sangre tuya escribirá el destino.

Y la postrera página del drama
es tan triste... ¡Morir abandonado!
Mirarás junto a ti... ¡Nadie te ama!
¡Ningún amigo encontrarás al lado!

Y alrededor de la ignorada huesa
do arrojarán tu cuerpo sin piedad,
ni una flor, ni una cruz, ¡y zarza espesa
tu memoria y tu cuerpo cubrirá!

¡Pobre inocente y desgraciado niño,
de la muerte arrojado a la ribera,
que ni aun tendrás del maternal cariño
al morir una lágrima siquiera!

▪ RECUERDOS

A***

Cuando apenas la aurora de la vida
en tu frente de niña reflejaba,
tus gracias infantiles contemplaba
con inocente y cándido placer.
Ese tiempo tranquilo de la infancia
era un tiempo feliz: en mi memoria
aún se conserva la dorada historia
que la fortuna nos brindó al nacer.

Al mar de la existencia ambos partimos,
mas tus velas el céfiro rizaba...
Y en tanto mi bajel roto cruzaba
de la existencia el tempestuoso mar.
Pero quiso el destino que te hallara
al fin de mi carrera procelosa,
y si niña te vi pura y hermosa,
ora mujer te elevaré un altar.

Cada sonrisa de infantil cariño
que en otro tiempo entre tus labios viera,
cada mirada lánguida, hechicera,
que de tus ojos tembladores vi,
es una historia que en mi mente impresa
las largas horas de pesar consuela;
pero historia infeliz, porque revela
el edén venturoso que perdí.

Un ángel de pudor y de inocencia
lleno de amor, brillante de hermosura,
por ti dejando la celeste altura,
tu bella frente a coronar bajó.
Y con sus alas de carmín y rosa,
volando en torno te cubrió de amores,
y la luz de sus ojos brilladores
en tus ojos divinos infundió.

Tú no le debes envidiar al ángel
la mirada de amor y la hermosura,
ni de su acento envidie la dulzura
el dulce acento de tu duce voz.
A tus gracias de niña ha reemplazado
de otras gracias espléndido tesoro,
y si niña te amé, mujer te adoro,
era mi ángel, ya serás mi Dios.

En vez de aquella angelical sonrisa
que en tus labios hermosos se veía,

deja brillar, antigua amiga mía,
una sonrisa de piedad y amor.
Haz que yo sienta de tus negros ojos
el fuego abrasador de la mirada;
di que me amas, y la edad pasada
no será sólo un sueño encantador.

▪ AL DIABLO

Nadie te canta, rey de los infiernos,
no hay una lira que te dé su voz...
Es que el influjo de tu ser maldito
no puede al bardo dar inspiración,

es que el poeta al ensayar sus trovas
teme su canto profanado ver
al pronunciar en sus endechas tristes
el hombre aborrecido de Luzbel.

El que la mano trémula de espanto
no halla notas de luto en el laúd
para cantar al maldecido arcángel
que osó usurpar la omnipotente luz;

pues sólo tú junto a tu Dios pudiste
un crimen en el cielo concebir,
y sólo tú con tu ambición inmensa
quisiste ser el soberano allí.

Ángel caído, por fundar tu imperio
cogiste el cetro como rey del mal,
y haciéndolo tu esclavo, le quitaste
su vasta prole al infeliz Adán.

Tú en el Edén, de la vedada fruta
diste engañoso a la primer mujer...
Por ti Caín con fratricida mano
el pecho hirió del inocente Abel.

Ciega por ti la humanidad un tiempo,
un templo y un altar te levantó,
y bajo formas de infinitos dioses
te adoraron los hombres como a Dios.

Pero cayó el aborrecido imperio
que con tu influjo levantaste tú
al alumbrar las lóbregas tinieblas
la humilde insignia de la Santa Cruz.

Y desde entonces tu poder oculto
hace al cristiano corazón temblar,
pues ve que incierto su destino eterno
entre su Dios y tu poder está.

Aún en la infancia al inocente niño
amedrenta tu mágico poder;
y en medio de la noche, desvelado,
cree que tu forma en las tinieblas ve;

en medio de sus castas oraciones
tiembla la virgen al pensar en ti...
Y medrosa tu forma se presenta
al criminal en su angustioso fin.

¡Pero, no!..., que mi mano temblorosa
no halla notas de luto en el laúd
para cantar al maldecido arcángel
que osó usurpar la omnipotente luz...

¡Sufre sin fin la maldición eterna
que tu delito mereció, Luzbel!
Mas no te miren mis marchitos ojos
en mi lecho de muerte aparecer.

▪ COQUETERÍA

*Yo nunca he tenido aquí
Constante amor ni deseo,
Pues siempre por la que veo
Me olvido de la que vi.*

ALARCÓN

*Parece el corazón mío
Un inmenso coliseo,
Donde todas las que veo
Encuentran palco vacío.*

G. G. G.

Con rudo golpe en el amante pecho
late otra vez mi corazón, Elvira,
por ti otra vez mi corazón suspira,
por ti me abraso en incesante amor.
De tu amor me olvidaba, mas te he visto
y otra vez tus encantos me rindieron,
y tus gracias divinas revivieron
en las muertas cenizas nuevo ardor.

Volví a mirar tu encantadora frente,
divino altar de virginal pureza,
y he mirado rodar de tu cabeza
rizos dorados por casta sien.
He vuelto a ver en tus azules ojos

ese color en que refleja el cielo,
donde se ven en trasparente velo
dibujadas las gracias del Edén.

También te he visto, encantadora Helena,
lanzando rayos con tus negros ojos,
abriendo heridas, infundiendo enojos,
regando amores por doquier que vas.
Tus negras trenzas descendiendo bellas
por tu moreno, irritador semblante,
y tu cuerpo flexible y elegante,
perder me han hecho mi quietud, mi paz.

Los hoyuelos que adornan tus mejillas
me tienen muerto, angelical Dolores,
pues en ellos anidan los amores
y van las gracias a jugar también.
Pero ¡ay, Virginia! que me vuelve loco
lo voluptuoso de tus labios rojos...
Pero, Camila, tus traviosos ojos
nunca se olvidan si una vez se ven.

Pero ¡ah!, cuál late mi amoroso pecho,
bella Isabel, si tu virtud admiro
¡Y cuál de amor frenético deliro
al ver tu gracia, encantadora Inés!
Julia, Rosaura, Margarita..., ¡oh, todas,
todas son bellas y por todas muero!

Es más hermosa la que vi primero,
y es más amada la que vi después.

Cualquiera de ellas mi razón trastorna,
junto de todas con amor palpito;
¡Mi amante corazón es infinito
y un lugar para todas hay en él!
¡Oh, ven, Elvira! ¡Oh, ven, Helena amante!
¡Oh, ven, Julia..., Rosaura..., Margarita...!
Venid, que amante el corazón palpita,
divina Inés y célica Isabel.

▪ TU RAMILLETE

A la señorita A. T.

*Las flores y los perfumes son lo que
Con mayor poder atrae los recuerdos.*

LA DUQUESA DE ABRANTES

▪ I

Hermosa, hay un recuerdo cuyo eco misterioso
despierta al perezoso, dormido corazón;
recuerdo que acompaña al triste que suspira
y arranca de su lira desfallecido son.

¿Quién no tendrá el recuerdo
de alguna triste historia,
de ya pasada gloria,
de ya olvidado amor...?
Yo tengo ese recuerdo,
y tú lo has evocado
con sólo el adorado
lenguaje de una flor.

En vano los pintores apuran sus paletas
y en vano los poetas modulan su laúd,

pues nunca a aquella historia podrán dar los colores,
que sólo con las flores, señora, le das tú.

Tu bello ramillete,
historia es de la vida,
la risa confundida
se ve con el pesar...
Pintaste la existencia
variada, sin concierto:
se ve la *flor de muerto*
unida al *azahar*.

De risas y de llanto emblema son las flores,
pues brindan sus olores al fúnebre ataúd,
y halagan con su aroma, en éxtasis gozosos,
los sueños voluptuosos de alegre juventud.

▪ II

Pintar supiste con tus bellas flores
las desventuras de un amor ideal;
una bella esquivando los amores
que le ofrecía su infeliz galán...

Le diste encantos a la ingrata hermosa
y la cercaste de atractivos mil;
gracias le dio la purpurina *rosa*,
y *hermosura* y *modestia* el *alelí*.

La *azucena* su cándida *inocencia*
velada por su altiva *majestad*,
la *flor de fresa* con su pura esencia
simbolizó su angelical *bondad*.

De *paraíso* bella *flor* buscaste
para adornar su encantadora sien;
que es beldad que sin igual formaste
daba un recuerdo del perdido Edén.

Mas no supiste, entre su pecho helado,
colocar un amante corazón,
porque nos dice que jamás ha amado
de *rosa blanca* el juvenil *botón*.

Pero al amante..., al infeliz amante
consuelo alguno ni una flor le dio;
sólo le diste una alma delirante
y un corazón que palpité de amor.

Has referido lo afectuoso y tierno
de los delirios de su amor y fe,
un *clavel* le inspiró su *amor eterno*,
y *amor desesperado* otro *clavel*.

La *margarita* le sirvió al cuitado
para decirle a su beldad *¿me amáis?*
Y el *clavel blanco* y el *clavel rosado*,
yo te prefiero, tú eres mi deidad.

Alguna vez, en sus alegres sueños,
en el *romero* el infeliz pensó,
necio juzgando que los días risueños,
que han de venir, alumbrarían su *unión*.

Mas sólo vio que vegetaba al lado
la *flor de muerto* emblema de *aflicción*,
y le mostraba su sepulcro helado
el *sauce* melancólico y *llorón*.

Su lira entonces arrojó: el tesoro
que al desgraciado la amargura da;
pero empapadas en constante lloro
sus cuerdas, flojas, no resuenan ya.

■ III

Yo tengo ese recuerdo y tú lo has evocado
con sólo el adorado lenguaje de una flor:
tu bello ramillete me trajo a la memoria
la ya olvidada historia del ya olvidado amor.

Perdona si con quejas
de mi contraria estrella
osé turbar ¡oh bella!
Tus horas de placer.
Perdona, mas no puede
mi destemplada lira
del pecho que suspira
borrar el padecer.

▪ UNA LÁGRIMA

▪ I

Te vi, te amó mi corazón de niño
con un deliro virginal y santo.
¡Yo era tan joven y te amaba tanto...
Que fue mi pecho para ti un altar!
Con tu desdén o con tu amor soñando
en mis horas de pena o de alegría,
por mi mejilla juvenil sentía
silenciosa una lágrima rodar.

▪ II

Fuiste la luz de mi primer mañana,
fuiste el objeto de mi amor primero,
el bendecido y mágico lucero
que alumbró la ilusión de mi niñez.
Y desde entonces sin cesar sentía
al palpar mi corazón amante,

por mi marchito y pálido semblante,
deslizarse esa lágrima otra vez.

▪ III

En el delirio de mi amor ardiente,
en tu hermosura o tu candor veía
del cristiano a la cándida María,
del musulmán la voluptuosa Hurí.
Y delirante y ciego quise entonces
arrojarme a tus plantas y adorarte,
mas sólo pude en mi ansiedad mostrarte
que rodaba una lágrima por ti.

▪ IV

Pero después tu corazón de ángel
contra mi pecho palpité inocente,
y con su fuego se tiñó tu frente
del suavísimo velo del pudor.
Y al beber el amor en tu mirada
y con el fuego de tus labios rojos,
sentí brotar de mis ardientes ojos
una quemante lágrima de amor.

▪ V

Todo pasó. Tu nombre solamente
como un vago recuerdo me ha quedado

y el fuego abrasador, casi apagado,
de mi ardiente, extraviada juventud.
Y hoy otra vez al ensayar mis cantos
vertí al recuerdo de tan bella historia
una lágrima ardiente a tu memoria
que humedeció las cuerdas del laúd.

▪ A UNA CALAVERA

(De Anais de Segalas)

Esqueleto, ¿qué has hecho de tu alma?
Antorcha, di, ¿tu luz en dónde está?
Lira rota, ¿tu son en dónde se halla,
que ya muda no te oyen resonar?

Yerto nido olvidado en una rama,
¿Dónde está el ave que calor te dio?
Volcán, ¿qué has hecho de tu ardiente lava?
Esclavo, di, ¿do se halla tu señor?

El alma, reina en medio de su corte,
tu palacio magnífico habitó.
Su cortejo de luz, de gloria y flores
tu castillo imperial vistió el amor.

Hoy eres un escombros. El vil lagarto
en vez del alma se aposenta en él;
y reina en tu castillo, aunque usurpado,
y ostenta allí su púrpura de rey.

¿Quién eras? ¿Eras una niña rubia,
alegre, hermosa, tímida y feliz
y que en la blonda cabellera suya
más tímida una flor hizo lucir?

¿Eras acaso un gran señor alzado
por la fortuna, la suprema ley,
que contempló con júbilo insensato
la multitud que se prostró a sus pies?

¿O era un joven lleno de delirio
que en el ardor de la primera edad
se enamoraba de unos ojos lindos,
negros o azules, que lo hacían temblar?

No se sabe. Los muertos son iguales.
La vida nos ofrece variedad,
y sus formas son siempre inagotables;
la muerte tiene un molde, nada más.

Despojo repugnante, sucia casa
que por ruinoso abandonaron ya;
roto espejo del alma, en donde nada
sin su dueño se puede reflejar.

El pasajero que lo ve sin nervios,
sin arterias, sin ojo, sin hablar,
sin labios y sin carne, tendrá miedo,
y temblando por él preguntará:

«¿Y el hombre en dónde está?». Mas nada vale
lo que pueda decir: pues aguardad,
que vendrá a preguntar algo más tarde:
«¿Y el esqueleto ahora en dónde está?»

¡Vanidad, vanidad, dolor, miseria...!
Viendo viajeros permanece allí.
Sí, permanece, y sus miserias muestra
al poderoso, al rico y al *feliz*.

El que así te ha exhibido pensó acaso
que tus huesos hablaran; pero no...
Ya comprendo que ha escrito con un cráneo,
y son sus firmas: —«vanidad, dolor».

Se fue tu alma a la mansión eterna,
de puertas de oro y de camino azul,
y allí en éxtasis santo te contempla
desde el palacio de la eterna luz.

Y te mira, y ve al sol en su carrera,
al firmamento en todo su esplendor,
y en su mansión magnífica y espléndida
al mirar a su Dios comprende a Dios.

Mas tú, nada, ceniza y polvo vano
aguarda el resonar de última voz...
Recibido el incienso, al incensario
ya la volvió pedazos tu señor.

▪ CANCIÓN

En boca de una mujer

(De Schiller)

Era el más bello de los hombres todos,
hermoso como un ángel... Su mirada
era un rayo de sol que fugitivo
el mar refleja en sus azules aguas.

Sus abrazos..., ¡transporte delicioso!
Su corazón mi corazón buscaba
y a impulsos del amor juntos latían
y los labios y vida encadenaban.

La noche a nuestros ojos se extendía,
y dejando vagar nuestras miradas
perdíanse en su sombra, y a los cielos
fascinado el espíritu volaba.

¡Oh!..., ¡y sus besos!..., ¡emoción divina!
Cual dos rayos de luz que se entrelazan,

cual dos voces de un arpa que se juntan
en confusión armónica y lejana.

Su espíritu y mi espíritu se unían;
dentro del alma penetraba el alma;
y las mejillas rojas de deleite
y los ardientes labios nos temblaban.

¡Él ya no existe!... En vano mis suspiros
y mis calientes lágrimas le llaman...
¡Ya no existe!..., y los goces de la vida
en gemidos inútiles se exhalan.

▪ LA DESGRACIA

¡Yo te conozco, maga engañadora,
porque tu imperio hasta mi vida alcanza,
tú, que empiezas do acaba la esperanza,
y mueres de la tumba en el dintel
con anchos pliegues tu luctuoso velo
al mundo cubre, ¡maga omnipotente!
Tú tienes un altar en cada frente,
y cada corazón es tu dosel.

Tú eres, desgracia, el maldecido arcángel
que con el roce de su negro manto
hace temblar el corazón de espanto
del que delira entre ilusión y amor;
el que los sueños de ventura envía
al infeliz cuyo dolor formaste,
para decirle al despertar: ¡soñaste!
Y dejarle sumido en su dolor.

Tú eres el genio que invisible vaga
en el salón de crápula y orgía,
el que exalta la necia fantasía
del tumulto, diciéndole: ¡gozad!
Para mostrarle al que se embriaga, luego
el indefenso pecho de su hermano,
y con su seca y descarnada mano
darle un puñal, diciéndole: ¡matad!

Tú eres el genio que al infante vela
desde que duerme en la inocente cuna,
para matar solícito una a una
las ilusiones que al soñar creó.
Compañera del hombre, tú enloqueces
su pobre corazón con la esperanza,
y le muestras la dicha en lontananza
para decirle al acercarse: ¡huyó!

Tú haces correr por los marchitos ojos
de los mortales el copioso llanto;
no hay uno solo que el letal quebranto
no haya sentido como yo sentí.
¿Quién no ha tenido que exhalar quejoso
algún suspiro del doliente pecho?
¿Por qué rostro feliz correr no has hecho
arrancada una lágrima por tí?

¡Ay!, infeliz del que encuentra, ¡oh maga!
en el delirio que forjó de amores;

porque el aliento de las bellas flores
unes tu aliento de ponzoña y hiel;
pues te conozco, maga engañadora,
porque tu imperio hasta mi vida alcanza
tú naciste do ha muerto mi esperanza,
y vendrás de mi tumba hasta el dintel.

▪ POESÍA

En boca de una mujer

▪ I

No alumbra, no, la inspiración sublime
del rayo ardiente la siniestra luz;
de la tormenta al mugidor estruendo
no vibran, no, las cuerdas del laúd.

Inspira más de la violeta hermosa
el suave aroma no esparcido aún,
y el bando soplo de la brisa errante
que el cierzo helado y bramador del sur.

Si la mirada lánguida y doliente
dejo vagar por el espacio azul,
hiere mis ojos el torrente inmenso
que arroja el sol de abrasadora luz.

¡Cuánto es mejor en la aplacible noche
mirar lucir la inmensa multitud

de astros brillantes que callados ruedan
por ese inmenso pabellón de tul!

¡Cuánto es mejor el rayo de la luna
postrada ver, con tímida virtud,
a una virgen en éxtasis suida
ante la imagen santa de Jesús!

¡Cuánto es mejor en la callada noche
sentir pulsar las cuerdas del laúd
por mano diestra de galán mancebo
rebosante de amor y de inquietud!

Es más hermoso en la mansión de gloria
de Dios al lado el virginal Querub,
que el arcángel ministro de venganzas
que tiene asiento en la mansión común.

Yo más te adoro ¡oh Dios omnipotente!
Por mí rogando en la afrentosa cruz,
que lanzando a Babel el rayo airado
que en tu justicia fulminaste tú.

▪ II

Doquier que vuelva la vista
ansiosa en mi rededor,
extáticos ven mis ojos
objetos de inspiración.

Si queman a medio día
los rayos del rojo sol,
de noche vierte la luna
su suavísimo fulgor.
Si se oye el trueno que asorda
que en las selvas retumbó,
también lleva el arroyuelo
sonido murmurador.

Doquiera se halla un contraste
en la vasta creación;
doquier se halla poesía
en las páginas de Dios.

Empero, a mí me deslumbran
los rayos del rojo sol,
y más amo de la luna
el suavísimo fulgor.
Me asusta el trueno que asorda
que en las selvas retumbó
y me place del arroyo
el eco murmurador.
Mas dondequiera la vista
ansiosa vuelva en redor,
extáticos ven mis ojos
objetos de inspiración.

■ III

Yo he sentido en la noche tempestuosa
del trueno cóncavo la voz sonar,
y en la tormenta bárbara horrorosa
del rayo cárdeno la voz vibrar.

Vi la tímida gota de rocío
mecerse trémula con su estridor;
y al rebramar del huracán bravío
plegar sus pétalos la humilde flor.

Yo he mirado rodar el torbellino
en alas rápidas del huracán,
y señalar su destructor camino
con hondo estrépito por donde va.

Mas he sentido el agradable aroma
que arrastra el céfiro de algún jardín,
cuando el ambiente perfumado toma
del seno cándido del alelí.

▪ ÚLTIMO CANTO DE LORD BYRON

En Grecia

Es tiempo ya que deje de palpar mi pecho,
pues que otros corazones no laten junto a mí...
Empero, aunque no pueda volver a ser amado,
no importa, me es forzoso amar hasta morir.

Mi vida está en su otoño: marchitos por el tiempo
las flores y los frutos cayeron del amor,
tan sólo los pesares me quedan todavía...
me queda ese gusano hambriento y roedor.

El fuego de mi pecho parece en mi agonía
la llama solitaria que sale de un volcán,
junto a la luz que arroja, ninguna antorcha brilla,
¡Es una moribunda hoguera funeral!

¡Cuidados, esperanzas, exaltación de penas,
afanes de los celos, trasportes del amor,
no puedo ya sentirlos, mas llevo las pesadas
cadenas que enlazaban mi pobre corazón!

Empero, hoy no debiera tener los pensamientos
que son el patrimonio de ardiente juventud;
no es hoy cuando a los héroes la gloria con sus lauros
o ciñe la cabeza o adorna el ataúd?

¡Despierta! (Más ¡oh Grecia! ya tú te has despertado)
Despiértate, alma mía, y observa el manantial
de do la sangre viene que corre por mis venas:
¡No puedan ¡ay! mis hecho su origen profanar!

Contempla aquí... la gloria... el campo de batalla...
La espada... la bandera... la Grecia mira en fin;
jamás el espartano que llevan en su escudo
más libre se creyera, ya próximo a morir...

Es tiempo ya que a estas pasiones miserables
indignas de asaltarme las huelle con el pie:
desde hoy deberán serme de amor y de belleza
extrañas las sonrisas, lo mismo que el desdén.

Si lloras, ¿por qué vives...? He aquí donde la muerte,
te puede ser gloriosa... Estás en la región
que lidia por ser libre..., ¡oh, Byron, al combate!
¡Y dile a la existencia tu postrimer adiós!

Y busca en el combate lo que jamás se busca,
la tumba del guerrero, que es fácil encontrar.
Para probar tu eterno reposo en el sepulcro
en la oprimida Grecia escoge tu lugar.

▪ LA LÁGRIMA

(Traducción de Byron)

Cuando el amor o la amistad debieran
a la ternura despertar el alma,
y esta debiera aparecer sincera
 en la mirada,
podrían los labios engañar fingiendo
una sonrisa seductora y falsa;
pero la prueba de emoción se muestra
 en una lágrima.

Una sonrisa puede ser a veces
un artificio que el temor disfraza,
con ella puede revestirse el odio
 que nos engaña;
mas yo prefiero para mí un suspiro
cuando los ojos, expresión del alma,
por un momento miro oscurecerse
 con una lágrima.

El hombre surca el ignorado océano
con el soplo del viento que le arrastra
en medio de la olas bramadoras
 que se levantan;
se inclina..., y ve las ondas procelosas
que amenazantes a su nave avanzan,
mira el abismo..., y a sus aguas turbias
 mezcla una lágrima.

En la carrera de la noble gloria
el valeroso capitán se afana
por ganar con su muerte una corona
 en las batallas;
pero levanta al que postró en el suelo,
y sus heridas compasivo baña
una por una, en el sangriento campo,
 con una lágrima.

Y cuando vuelve henchido de ese orgullo
que hace latir el pecho que avasalla,
cuando reñida en enemiga sangre
 cuelga su espada;
se recompensan todas sus fatigas
al abrazar a su consorte amada
y al darle un beso en sus mejillas húmedas,
 con una lágrima.

Dulce mansión de mi niñez perdida
do la franqueza y la amistad gozaba,

donde en medio de amor vi deslizarse
las horas rápidas.
Yo te dejé con hondo sentimiento,
volví hacia ti mis últimas miradas
y apenas pude percibir tus torres
tras una lágrima.

Aunque no pueda repetir como antes
mi juramento a mi María cara,
a la que fuera para mí otro tiempo
fuego del alma;
tengo presentes los felices días
en que, niños aún, tanto me amaba,
cuando ella contestaba mis promesas
con una lágrima.

¿En otros brazos puede ser dichosa?
¿Tiene el recuerdo de su edad pasada...?
Mi corazón respetará ese nombre
que tanto amaba.
Con un suspiro renuncié a la dicha.
Que en ella sola para mí soñaba,
y dije adiós a mi esperanza loca
con una lágrima.

Cuando al imperio de la eterna noche
tome su vuelo para siempre mi alma.
Cuando mi cuerpo exánime repose
bajo una lápida,

si por ventura os acercáis un día
donde mi triste sepultura se halla,
humedeced siquiera mis cenizas
con una lágrima.

Yo no apetezco mármol..., monumento
que a la ambición la vanidad levanta;
manto suntuoso con que el necio orgullo
cubre su nada.

No darán sus emblemas a mi nombre
el falso orgullo ni la gloria vana,
lo que yo quiero, lo que pido sólo,
es una lágrima.

▪ CANCIÓN

Brille, cual brilla el resplandor del día
dorando la mañana,
tu sonrisa de amor y de alegría
sobre tus labios carmín, Juliana,
Juliana mía.

Que es tu risa
la precisa
blanda brisa
que disipa la nube de dolor
que produce,
ángel mío,
el desvío
de tu amor.

Vi rodar por tu frente tus cabellos
en rizos perfumados;
vi los hoyuelos que marcan bellos
en tus mejillas, por amor formados,
y amor vi en ellos.

Y he mirado
que grabado
te ha dejado
el tacto de sus dedos el Señor.
Tus hoyuelos
son el nido
do escondido
vive amor.
El sueño de la muerte aborrecida
¡Cuán dulce me sería,
si pudiera mi frente adolorida
reclinar en su seno, vida mía!
¡Luz de mi vida!

Que eres bella
cual estrella
que destella
del cielo en el azul vago confin.
Y en ti miro
pura rosa
ruborosa
entrebir.

▪ MI DULCE SOLEDAD

(Canción)

... la última estrofa es de desesperante perfección...

No más esos placeres
de la agitada vida
que alegre y fementida
nos da la sociedad.
Aquí vivir prefiero,
do mi dolor mitiga
la soledad amiga,
mi dulce soledad.

¿El mundo qué me ha dado?
Dolor en son de amores,
espina y no flores,
cansancio y ansiedad.
Consuelos y esperanzas
el porvenir me veda,
y sólo ya me queda
mi dulce soledad.

Mis bellas ilusiones
los años marchitaron,
volaron, ¡ay!, volaron
mi amor y mi amistad.
Pasaron como el humo
mi paz y mi alegría,
mas queda todavía
mi dulce soledad.

Y yo guardo un recuerdo
de amor y de dulzura
que hizo la ventura
de mi primera edad;
y es hoy memoria triste
de aquel amor pasado,
que tú no has agotado,
mi dulce soledad.

El canto de las aves,
el curso de la fuente,
el trueno del torrente,
su pompa y majestad,
son voces misteriosas
que entre la selva crecen,
que encantan y embellecen
mi dulce soledad.

Los gritos de tumulto,
los brindis de la orgía,

lamentos de agonía
conmueven la ciudad.
Aquí te rinden sólo
magnífico concierto
los ecos del desierto,
mi dulce soledad.

Bendita para siempre
mi soledad tranquila,
donde jamás se asila
del hombre la maldad.
Aquí morir prefiero,
do mi dolor mitiga
la soledad amiga,
mi dulce soledad.

Cuando una cruz humilde
presida mi reposo,
emblema misterioso
de paz y de verdad,
al borde de mi tumba
será mi único amigo,
y partirá conmigo
mi dulce soledad.

▪ A UN RECIÉN NACIDO

¿A qué viniste al mundo de la lágrimas
ser inocente, inofensivo, ideal?
¿Ignoras que el dolor empaña, ¡mísero!,
las aguas de ese límpido cristal?

¿Sabes qué es el mundo? Un negro piélagos
al fin sucumbe quien navega en él,
como sucumbe entre las ondas pérfidas
juguete de las olas el bajel.

Grato me fuera si te viera espléndido
alzar tu vuelo a la mansión de Dios,
antes que empieces a apurar el tósigo
del desengaño, de la vida en pos.

¿Has visto acaso a la violeta tímida
mostrar sus galas al primer albor,
luego en la tarde replegar sus pétalos
herida por el astro brillador?

Así del hombre los ensueños plácidos
envueltos siempre en el dolor están;
¡Ah!, ¡que los goces de la vida rápidos
riendo vienen y muriendo van!

Si acaso llega la fortuna pródiga
alguna vez a coronar su sien,
recuerda que este don es siempre efímero,
y eterna la virtud, único bien.

▪ UN PASEO EN ABEJORRAL

Su mano diestra en mi mano,
mi siniestra en su cintura,
su brazo izquierdo a mi cuello,
triste yo, llorosa Julia,
largo rato caminamos
sobre la grama menuda
siempre limpia y siempre verde
que la población circunda.
—Vamos allí, al cementerio,
dijo mostrando en la altura
paredes que blanqueaban
entre la niebla confusas.
—Está muy lejos. —No importa.
—Te hará daño. —Con tu ayuda
y apoyándome en tu brazo
no hay senda larga ninguna.
—Vamos; pero..., al cementerio...
No puede ser. —¿Por qué dudas?
Es que quiero dirigirme

a donde se halla la tumba
donde descansan los restos
de nuestra hija. —Ninguna
señal mandé que pusiesen
en su humilde sepultura.
Quiero olvidar los pesares
si me olvida la ventura.
¿Para qué tener presentes
fechas, nombres, sepulturas
que al amargor de la vida
su amargor cáustico juntan?
¿Para qué dejar señales
que nuestras penas anuncian,
si estas su sello de plomo
grabando van una a una?
El corazón y la frente
son buenos testigos, Julia,
pues llevan talladas siempre
heridas él y ella arrugas.
Cabellos en relicarios,
ceniza guardada en urnas,
cruces en los cementerios,
son vanidades, locura.
—No me digas esas cosas;
vamos andando, y procura
tener presente su imagen,
y aquella suprema angustia
de la niña que al ser ángel
nos dejó; no olvides nunca

sus bellos ojos, tan bellos,
que alivio en su madre buscan,
y que no encontrando alivio,
en sus órbitas se ocultan;
ni su quejido doliente,
ni las manitas que cruza
cayendo desfallecidas,
sin hallar fuerza ninguna;
ni su aliento que se apaga,
ni su estertor. —Oye, Julia:

yo he mentido al decir que no se puso
una señal para fijar mejor
los restos de la niña que al ser ángel
sobre la tierra nos dejó a los dos.

¿Ves un ciprés que empieza a levantarse
allí, en ese recinto funeral?
Ese marca el sepulcro en donde se halla
esa hija que vienes a buscar.

¿No temes tú manosear los filos
que te ofrece, acerados, el dolor?
gastarlos puedes o romper con ellos
las manos, y después el corazón.

Yo no quiero que a una ave casi implume
corten alas si un velo ensayó:

¿Por qué, ya que la arrojan a la vida,
no la dejan gozar aire mejor?

A esa tumba yo diera el ama mía
y la sangre mejor del corazón
si el polvo que ella guarda se animara,
si reviviera la marchita flor.

Quisiera que un escudo impenetrable
se interpusiera entre el dolor y yo...
Mas si quieres sufrir, sufre y..., te aguardo;
aquel es el ciprés; yo allá voy.

—¡Oh! Yo tampoco iré, mas no blasfemes
es preciso tener resignación,
que el dolor que sufrimos en la tierra
en su bondad lo santifica Dios.

Haz como yo, inclina la cabeza
y dobla la rodilla como yo,
y repite en el fondo de tu alma:
bendito y alabado sea el Señor.

▪ CARTA DE DON RODRIGO

Fragmento de una leyenda inédita titulada
«El sombrero»

*... me atrevo a creer que ni Espronceda ni Byron
Han tratado la pasión con mayor energía...*

Desesperado entonces don Rodrigo
viendo a Clara perdida para él,
no puede hallar un corazón que abrigo
al corazón en su tortura dé:

mil proyectos siniestros de venganza
revuelve sin cesar contra Monroy;
teme, duda, vacila, y nada alcanza
a calmar su mortal agitación.

Vuelve en Clara a pensar, y en su despecho
cree que la odia, y que olvida cree;
quiere arrancar aquel amor del pecho,
aunque se arranque el corazón con él.

¡Siempre en ella pensando...!, y aunque herido
se dirige hacia Clara el corazón.
Luchar con el amor es ser vencido;
Don Rodrigo en la lucha sucumbió.

Y dejóse arrastrar por la pendiente
vertiginosa que le llama a sí,
marcha veloz que tiene solamente
en el delito o la locura fin.

Y entonces ciego, loco, delirante,
volvió con ansia a su primer amor;
mas extraviado cuanto más amante
de las leyes sociales blasfemó.

Y no pudiendo contener el vuelo
de su pasión, se le rindió por fin,
y a Clara, para él supremo anhelo,
una carta escribió que dice así:

«Eres, mujer, como el vedado fruto
que en el Edén ambicionaba Adán;
es mi amor para ti como el tributo
que se coloca en el ajeno altar.

¿Por qué si el cielo pródigo ha querido
que a tantos puedas inspirar amor,
el mundo avaro, imbécil, ha exigido
que a uno solo des tu corazón?

¿Por qué el mundo egoísta llama vicio
sus cadenas injustas quebrantar?
¿Por qué llama virtud al sacrificio
que le rinde al deber la voluntad?

¿Por qué los hombres, necios, inventaron
lo que llama *deber* la sociedad?
¿Por qué cadenas para sí forjaron
que no podrán su corazón atar?

Mas ¿qué importa que existan esos lazos,
si tú me quieres consagrar tu amor?
Romperé tal cadena en mil pedazos
si no alcanza a apresar tu corazón.

Me es preciso tu amor. Yo necesito
que aunque sea un crimen, lo cometas tú.
Quiero que me ames, que aunque sea un delito
yo haré que el mundo diga que es virtud.

Pero en secreto yo tu amor no quiero,
quiero a todos mostrar que soy feliz:
¿qué nos importa lo que el mundo entero
de tu amor y mi amor pueda decir?

Dime que me amas, y ¡ay!, del que pretenda
que otros derechos sobre ti alcanzó.
Teniendo yo tu corazón en prenda,
¿habrá quién muestre título mejor?

Al que en tus brazos tan feliz ha sido
yo no le puedo perdonar tu amor.
Yo no puedo olvidar que haya latido
por otro corazón tu corazón.

Pero te amo hasta en ajenos brazos,
es para ti desde hoy mi porvenir...
Mí corazón arrancaré a pedazos
si alguna pulsación no es para ti...

¡Oh!, ¡qué no hiciera yo por agradarte!
¡Todo lo hiciera por amor a ti...
Sí, todo, todo, menos olvidarte,
ni un solo instante sin tu amor vivir...!

Ordena lo que quieras. Me trasporta
el ir a obedecerte. Haz la señal...
¿Una virtud...? ¿Un crimen...? ¡Nada importa!
De todo soy capaz. ¡Puedes mandar!

Mas no les pidas a mis labios risas,
señales cariñosas no darán:
yo no comprendo, amando, las sonrisas
porque yo amando sólo sé temblar.

Tu sonrisa no quiero. Temblorosa
quiero mirarte, pálida ante mí...
Es bella tu sonrisa cariñosa,
mas no quiero mirarte sonreír...

Dime que me amas y verás que brota
la ternura del alma para ti.
Mis cantos te daré nota por nota
y haciéndome inmortal seré feliz.

Yo te alzaré donde jamás un hombre
a ninguna mujer pudo elevar;
Siento que puedo eternizar tu nombre;
que el canto de mi amor te hará inmortal».

▪ CANCIÓN

De Victor Hugo

¿De qué sirve que las aves
entonen dulce canción,
cuando las aves más tiernas
sólo cantan con tu voz?

¿Qué importa que entre los cielos
oculte sus astros Dios,
si la estrella más brillante
brilla en tus ojos mejor?

¿Qué importa que abril renueve
su jardín de flor en flor,
cuando la flor más hermosa
germina en tu corazón?

Y esa voz encantadora,
esa estrella y esa flor,
tus ojos, tu voz, tu alma,
es lo que llaman Amor.

▪ AL SEÑOR AQUILES MALAVISI

... se asoma de vez en cuando el amor propio...

En la apacible tarde mil veces he sentido
rodando entre las flores, la fuente murmurar:
la queja lastimera y el canto adolorido
de tórtola que busca su ya deshecho nido,
su amante compañera, que muerta juzga ya;

He oído entre las sombras de noche silenciosa
la voz incomprensible de incomprensible ser,
que en medio de las selvas se eleva misteriosa;
y el lúgubre susurro del aura vagarosa
que juega entre las hojas llorosas del ciprés.

Empero, de tu flauta dulcísima el sonido,
no imita de las fuentes el lánguido rumor,
ni el canto de las aves, ni el místico ruido
que se oye entre los bosques fantástico y perdido,
ni el eco de las brisas entre el ciprés llorón.

A nada se parece su acento indefinible,
no copia otro ruido, no imita ningún son,
en todo lo que existe jamás fuera posible
hallar la voz tan tierna, tan dulce, tan flexible
que a tu instrumento enseña tan inefable voz.

La red de una armonía desconocida y nueva
que enlaza el infinito al hombre, enseñas tú,
que el arte, en el deliro que audaz su genio lleva,
moderno Prometeo, parece que se eleva
y arranca de los cielos inspiración y luz.

El arte vaticina. El genio del artista
no imita lo creado, se siente creador;
se lanza al infinito, donde lanzó su vista...
Y vuelve hacia la tierra y anuncia una conquista,
cargado con los dones del mundo que soñó.

Por eso tu ágil flauta despierta el sentimiento
que duerme entre las fibras de todo corazón;
por eso no remeda su misterioso acento
lo dulce de la dicha, lo amargo del tormento,
la voz de la alegría, los ayes del dolor:

oyéndote parece que oyéramos, lejano,
de alguna pena vaga pronóstico infeliz;
por eso cuando te oigo reprimo el llanto en vano
que brota de mis ojos, y tímida mi mano
enjuga mis mejillas y no puede aplaudir.

▪ A VIRGINIA

▪ EN EL TEATRO, LA NOCHE DE LA REPRESENTACIÓN DE «LUCRECIA BORGIA»

Te he vuelto a ver, mas no como algún día
el recinto llenando de un salón
con los dulces acentos de armonía
al resonar de tu divina voz.

Era de noche... En frente al escenario
entre bellezas mil brillabas tú,
como luce el yarumo solitario
de la colina en el lejano azul.

Extasiados mis ojos te veían,
atentos siempre a tu ademán menor...
Y a mi memoria sin cesar venían
los recuerdos de un tiempo que pasó...

Mas los acentos hasta mí llegaron
del sublime proscrito de Jersey,
que al evocar los tiempos que pasaron
nos hace a su recuerdo estremecer.

Mi pobre corazón puso en tortura
con su «Lucrecia» el inmortal cantor...
Y llenando sus fibras de amargura,
una por una con placer rompió.

Y sin fuerza, cansado y abatido
sentí en el pecho el corazón latir,
y buscando un descanso, entristecido,
se volvieron mis ojos hacia ti...

Y fuiste para mí como la sombra
al ave fatigada por el sol;
como la dócil y mullida alfombra
al débil pie que el arenal llagó.

▪ ¡ÁMAME, INGRATA!

¡Yo te amo tanto, que eres el consuelo
que solo he hallado en mi mortal quebranto!

¡Yo te amo tanto, serafín del cielo,
yo te amo tanto!

Enjague ya tu mano seductora
mi triste llanto;

¡Misericordia para mí, señora,
que te amo tanto!

¡Oh, si me amaras!..., ¡en mi pecho frío

¡Cuántos tesoros de ternura hallaras!

¡Oh, si me amaras, único ángel mío!

¡Oh, si me amaras!

Tú, reclinada en mis amantes brazos

¡Cuánto gozaras!

¡Cuán dulces fueran del amor los lazos

Si al fin me amaras!

Ámame, ingrata..., o de tus ojos quita
ese mirar fascinador que mata;
¡Ámame, ingrata, aparición bendita!
¡Ámame, ingrata!
Tu cruel desdén las flores de mi vida
rompe y maltrata...
Ven a mis brazos y el desdén olvida,
¡No seas ingrata!

▪ A MI VECINA

He escuchado las notas de tu piano
el dulce acento de tu voz he oído,
y, lo juro, vecina, no es posible
que te agrade el chillar de los *pericos*.

En frente a mi prisión tus prisioneros
al aire dan desapacibles gritos,
displicentes, agudos, penetrantes,
en tus oídos para herir los míos.

Tiene la *Villa* más de cien solares,
cada solar cien árboles crecidos,
cada árbol cuenta más de veinte ramas
y cada rama veinte mil pericos.

Y estos todos, a un tiempo, hacen apuesta
a ver cuál tiene su pulmón más fino,
y con zambra discorde y guasábara
puebla los aires su infernal chillido.

Se escucha su chillar, que causa espasmos,
como el chirrido de amolar cuchillos,
cual se oyera la turba revoltosa
de mil muchachos recortando vidrios.

¡Y tú no estás contenta con los que oyes,
pues que además enjaulas veinticinco!
¿No temes al histérico, señora...?
¡Suelta, por Dios, los pobres pajaritos!

Respirando, encerrado, olas de fuego
me atolondran, zumbando los oídos,
me anonada el calor, pero me mata
el maldito chillar de tus pericos.

¿Por qué, vecina, tu inocencia fija,
tan mal fijado, tu infantil cariño?
Di ¿no tienes hermanos pequeñuelos?
¿No hay gatos en tu casa? ¿No hay perrito?

¿Por la acera del frente no hay ni un joven
que pase *casualmente...* y *distráido*?
—¿No? ¡Pues que aspiren al honor de jaula
las *chicharras*, los *pitos* y los *grillos*!

¿No te dan compasión tus prisioneros?
concédeles indulto indefinido.
¿No te da pena mi tormento injusto?
¡Vecina, compasión por tu vecino!

▪ A UN RETRATO

¡Es ella! Sí, mi corazón no miente
y no miente esa plancha de metal.
Ese es tu talle, su mirar es ese,
es ella misma, es ella y aquí está.

Yo bendigo la luz, bendigo el arte
que su imagen me dan entre los dos,
que es igual esta imagen a la imagen
que guarda sin cesar mi corazón.

Aunque vida no tenga, nada importa
si tiene su mirada fija en mí,
si es constante su risa seductora,
si a sus labios mis labios puedo unir.

Nada importa la vida si en sus labios
hay sonrisas divinas de placer,
si sus ojos jamás se ven airados,
si su boca jamás tiene desdén.

Ven a mi pecho, ven, y do reside
otra imagen igual vivan las dos:
yo prefiero el retrato que sonríe
a la que, esquiva, me negó su amor.

▪ TRESILLO

Ha pocos días quejábame
de que no hallaba qué hacer
en Medellín por las noches
desde las siete a las diez;
ni un baile, ni una tertulia,
ni nada en qué entretener
cuando me dijo Javier;
en estos días Sañudo
ha establecido un *Hotel*
en donde puedes pasar
horas enteras muy bien.
Allí juegan dominó,
juegan tresillo, ajedrez;
hay buena conversación;
periódicos que leer;
allí dan brandy, cerveza;
hay vino, dulces, café...
Es buen establecimiento,
¿por qué no asistes a él?

Pues, señor con tal noticia
al fin me determiné,
tomé mi capa al momento
y entré en el club a las seis.
Tres personas que salían
en el zaguán me encontré:
—¡Qué tal si no meto el basto!
decía uno de los tres.
—¡Y si no das el arrastre!
—¡Qué solo el que me llevé...!
Me dirigí al comedor;
allí tomando *beef-steak*
estaban varias personas,
y hablando a más no poder.
—Yo perdí este solo de oros,
el más grande que se ve:
seis de cuatro matadores,
Rey de copas, cuatro y tres;
por consiguiente, dos fallas...
—¡Pero, hombre, no puede ser!
¿Lo perdiste...? —Lo perdí.
—¿Por mal jugado? —¡Tal vez!
Me recomieron los triunfos
que en las dos fallas jugué,
me asentaron los chiquitos
y me fallaron el rey.
—¡Amigo! ¿Qué te parece
la polla que me saqué?
eché vuelta con la espada,

me salió de espadas, seis;
con tres de espada fui al robo,
ni un solo triunfo robé;
sin un rey, sin una falla,
y sin embargo has de ver,
me la he llevado por cuatro...
¡Tan mala y no la chillé...!

De allí pasé a los salones;
había en un canapé
sentadas varias personas
que hablaban casi a una vez.
—¡Perdí esta polla de espadas:
espada, malilla y rey,
caballo, sota, otro triunfo,
Un rey y una falla! —¡A ver!
¿Pero cómo? —De codillo.
—¡Era muy grande...! ¡Ya ves!
—No; pero nadie ha perdido
la polla que perdí ayer:
tres matadores en copas
y la tercia..., robé tres...
—¡Fuiste a robar siendo solo!
—¡Sí, hombre!, ¡y lo que robé!
Un orito, una copita
y a pateperro. —Pero es
que tan sólo renunciando
esa se puede perder...

—Pues así me sucedió,
Robé mal y renuncié.

Cansado ya de escuchar
sin una jota entender,
fuí a ver a los jugadores
sentados de tres en tres.

—Habla el mano. —Paso. —Juego.

—Bien puede; diga de qué.

—De las bravas. ¿Quiere espadas?

—Dan espadas, robe usted.

—La mano juega. El rey de oros.

—Tengo oros, —Y yo también.

—Bastos, tengo. No metí.

¡Siempre está fallo ese rey!

—Un arrastre nunca es malo.

¿Sirvieron todos? A ver...

¿Cuántos triunfos han salido?

—Salieron..., tres y tres..., seis...

A ver su baza. Aquí hay uno.

—Seis y uno..., siete..., y tres, diez.

—Uno de estos para el basto.

—¡No se podía perder!

—¿De qué entró? ¿Cuánto se debe?

—Cinco reales. —Tome usted.

—Un fuerte por cinco reales.

—Cinco reales. —Muy bien.

Me separé de esta mesa

y a otra mesa me acerqué.
Allí exclamaban: ¡Pero, hombre!
¿Por qué no quiso volver
esas espadas, sabiendo
que estoy fallo? —Lo mismo es,
si el señor juega su basto,
mejor, se lo dejo hacer,
los embazo, y en seguida
con sota y rey me hago pie.
—No hay remedio, tijereta
Para el caballo de usted.
En otra mesa decían:
—Cinco, entrada; vuelta, seis;
Tres matadores, son nueve;
Primeras, diez; dan de a diez.
Y en otra: ¡Si yo he podido
agachármele a sus tres!
—¡No, señor, con un triunfito
de los míos que eche usted...!
—¡O que usted vuelva sus bastos!
—O que no vuelva oros él...
—Es puesta... —Le voy codillo...
—¡Si era más grande! —Da, Andrés.
Y mareado, aturdido,
no pudiendo comprender
ni el juego, ni las palabras,
y maldiciendo a Javier,
salí a la calle al momento,

llegué a casa y me acosté:
pero apenas me dormí
soñé que estaba en Babel.

▪ CANCIÓN
(DE VICTOR HUGO)

Yo no puedo existir sino a tu lado,
mi alma ya se rindió a tu corazón,
porque un mismo destino nos ha atado
con lazos encantados a los dos.

Y entre tanto que el tiempo hora por hora
veloz huyendo va,
mi triste canto que en la sombra llora
va tu frente a tocar.

Yo soy el labio, tú eres la sonrisa;
yo soy la lira, y tú la inspiración;
el arbusto soy yo, tú eres la brisa;
eres tú la belleza, y yo el amor.

Y entre tanto que el tiempo hora por hora
veloz huyendo va,
mi triste canto que en la sombra llora
va tu frente a tocar.

■ A***

Yo era un niño, tú niña; nos veíamos
tú ruborosa y vergonzoso yo;
que amábamos entonces no sabíamos,
pero inocentes, tímidos, decíamos;
¡Amémonos los dos!

Jóvenes ambos, con amor profundo
siempre amarnos juraste y juré yo;
si es nuestro amor, dijimos, sin segundo,
¿Qué nos importa lo que diga el mundo
amándonos los dos?

«Nos amamos», decimos todavía,
tú sin rubor y sin vergüenza yo:
mas huye nuestro amor la luz del día.
Digamos la verdad, amiga mía:
nos amamos ya los dos.

▪ SÚPER FLUMINA BABYLONIS

En Babilonia, a orillas de su río,
un día, en cautiverio, nos sentamos,
y nuestra suerte mísera lloramos
lamentando la ausencia de Sión.

Cada cual en los sauces de la orilla
triste, colgaba el músico instrumento,
cuyas cuerdas heridas por el viento
recordaban los cantos del *Señor*.

Los mismos que cautivos nos llevaron
y cautivos por fuerza nos tenían,
sin mirar nuestro llanto nos pedían
de nuestra amada patria una canción.

Pero ¿cómo cantar aprisionados
los cantos del Señor en tierra ajena...?
¿Cómo elevar con tan amarga pena
los himnos de otro tiempo a nuestro Dios?

¡Jerusalén, Jerusalén querida!
Que se seque mi mano en el momento
que pretenda pulsar un instrumento
¡entre un pueblo enemigo de tu ley!

¡Que apague para mí su luz el día,
que se pegue la lengua a mi garganta,
si en tierra extraña tus canciones canta
olvidado de ti, Jerusalén!

Acuérdate, Señor, del día horrible
postrero de Sión; oye ese acento:
«¡Arrasadla, arrasadla hasta el cimiento!».
Gritan los hijos bárbaros de Edom.

¡Hija infeliz, ciudad de Babilonia!
Tal ruina te espera y tal estrago
¡Dichoso aquel que pueda darte el pago
de lo que haces con nosotros hoy!

¡Oh!, ¡bienaventurado aquel que pueda
mirar tu destrucción, ciudad maldita,
y en tus escombros con tu sangre escrita
la historia de tus crímenes leer!

¡Aquel que vea los llorosos niños
del regazo materno arrebatados
y en las piedras dispersas estrellados
de la que un tiempo tu muralla fue!

▪ LA RESIGNACIÓN Y LA MODESTIA

A Isabel

Son las primeras líneas que reciben
estas páginas blancas, Isabel,
y aunque sean primeras que se escriben,
ellas serán las últimas también.

¿Sabes por qué? Lo sabes. La pobreza
desde muy niña dobló tu sien,
y jamás se levanta una cabeza
mientras el oro su esplendor no dé.

Si el brillar de las galas y diamantes
a tu gracia se uniera y juventud,
tendrías, de seguro, cien amantes
que, de seguro, despreciaras tú.

Mas tu instrucción y tu virtud en suma
desconocidas siempre quedarán,
modesta flor del campo, que perfuma
sólo el tronco en que nace y morirá.

Pregonan por gemelas en la tierra
dos famosas virtudes, a saber:
resignación, modestia, mas me aterra
que puedas igualarlas, Isabel.

La *modestia*, la tinta nacarada
que en el oriente va anunciando al sol;
tibia luz vergonzosa y desmayada
que al mirar su rey siente rubor.

La *modestia*, plegada enredadera
que se enrosca en la peana de la cruz,
y no envidia su copa a la palmera
pues tiene sombra y aire y vida y luz.

La *modestia*, diamante solitario
que a su madre, en una arca, entregó Dios,
y si ella la selló ¿qué lapidario
podrá el diamante brillantar mejor?

Resignación, sofisma que mintiendo
la impotencia habilita de virtud;
cobarde concesión que hace muriendo
la voluntad del hombre, única luz.

Cansado el hombre de luchar en vano
por conseguir un fin que no alcanzó,
hipócrita y rendido exclama ufano,
fingiendo una virtud: *resignación*.

Ante el deber jamás es santo el miedo,
no poder no es virtud. ¡Valor!, ¡valor!
Yo quisiera ser Dios, pero..., no puedo,
¿Y es virtud resignarse a no ser Dios?

Deja al mundo en su lógica risible
que a los cobardes ovaciones dé,
mas tú, joven y bella, tú sensible,
sé modesta, sé pura, sé Isabel...

▪ EN LA TUMBA DE UNOS GEMELOS

Unidos desde el cielo descendieron,
y, las puertas del mundo al entreabrir,
de nuestra vida las miserias vieron;
y tornados en ángeles volvieron
a su mansión espléndida a subir.

▪ TRADUCCIÓN DE VICTOR HUGO

¡Oh!, no insultéis a la mujer que cae,
no sabemos qué peso la agobió;
y no sabemos cuánto tiempo el hambre
hiciera en vano vacilar su honor.

¿Quién no ha visto mujeres extenuadas
asirse largo tiempo a la virtud,
y el viento resistir de la desgracia
y moribundas combatir aún,

cual la gota de agua que en la punta
de una hoja hace el viento estremecer;
y el árbol la sacude, y tiembla, y lucha,
perla antes de caer, fango después?

Empero puede su esplendor primero
esa gota brillante recobrar;
puede salir dejando polvo seco,
que el agua pura en ese fango está.

Dejad amar a la mujer caída,
dejad al fango que le dé calor,
porque todo en el mundo resucita.
Con los rayos de amor o los del sol.

▪ MELODÍAS HEBREAS

DE LORD BYRON

▪ I

Si en el mundo distante de este mundo
se goza del amor que sobrevive,
si allá se encuentra el corazón querido
que del nuestro en la tierra se despide;

si allá vemos los ojos que aquí amamos,
mas sin lágrimas ya, pues son felices,
¡Benditas para siempre esas esferas
que el pensamiento más allá concibe!

Si eso es así, ¡cuán dulce nos sería
morir al punto, Eternidad terrible,
ya perdido el temor con los reflejos
de los torrentes de tu luz sublime!

▪ II

Y debe ser así: no por nosotros
temblamos a la orilla del abismo,
y a la frágil cadena de los seres
luchamos anhelantes por asirnos;

Por los que quedan es por quien temblamos
al surcar ese mar desconocido;
por el temor que al venos separados
nuestros afectos queden divididos.

Mas en ese futuro se apodera
el corazón del corazón querido,
y el alma con el alma se hace eterna
siendo amantes aquí y allá infinitos.

▪ A AMELIA

*«...cuatro solas de estas estrofas debieron colocar,
en el acto, a su autor en primera línea entre los
líricos castellanos». «El sagrado nombre de Julia
lo obliga a fingir, sin espontaneidad ninguna, la
melodiosa galantería métrica de otros tiempos...».*

¿Conque también las extranjeras brisas
prestan sus alas a mi humilde voz?
¿Conque hay también en apartados climas
liras galantes cuyas cuerdas vibran
y dulces brindan a mi nombre un son?

Y ese son inefable que se escucha
es, Amelia, la voz de tu laúd,
para pedir que inmortalice a Julia;
y lo haces de una vez con tal dulzura,
que yo no alcanzo donde alcanzas tú.

ya no puede tener mi acento brío;
gasté todo..., hasta el filo del dolor;
ya ni al aspecto del pesar suspiro;
odio y me cansa todo lo que es mío;
¡Es más que desaliento, es postración!

Pasó ya el tiempo de cantar a Julia;
los cantos para ti pasaron ya;

angustia sólo puede dar angustia;
con el musgo arrancado de una tumba
¿Quién puede una cabeza coronar?

Antes siquiera en mi dolor soñaba
con *esperanzas, ilusiones, fe*:
de mariposa encantadoras alas,
que desaparecen cuando al aire vagan,
fuegos fatuos que mueren al nacer.

Mas ya la realidad con su esqueleto
no hace vibrar las cuerdas del laúd...
pasado y porvenir están ya muertos...
¡Tantas noches amargas sin un sueño!
¡Tantas sombra en torno, y ni una luz!

No hay *roca* de la cual la mano mía
«El agua cristalina haga brotar»;
¡Silencio, pues...! Las extranjeras brisas
yo no debo turbar, pues allí envías
las dulces notas que tus cantos dan.

Si yo pudiera ser como la antorcha
que da más luz al tiempo de morir,
dirigiendo hacia ti mi última nota,
no envidiaras, Amelia, ni la gloria
de Leonor, de Laura ni Beatriz.

▪ A MI QUERIDO AHIJADO
CARLOS PRADILLA

¡Qué feliz es la infancia! exclama el joven;
¡Qué bella y qué feliz la juventud!
En su edad ya madura dice el hombre;
¿Pero la dicha en dónde
se ocultaba cual hoy se oculta aún?

¡Oh!, ni el niño, ni el joven, ni el anciano
pueden nunca decir: yo soy feliz;
al mirar esos tiempos que han pasado
creemos, engañados,
que la ventura se ha quedado allí.

Y es mentira: sofisma es el recuerdo
cuando engalana el tiempo que pasó.
¿La esperanza?... , sofisma, aunque sea bello,
que nos forja el anhelo...
Y anhelamos..., ¿y bien, qué? —el dolor.

Recuerdo y esperanza, aunque mentiras,
algún consuelo a nuestras penas dan,
que engañarse a sí mismo es sentir dicha,
pues siempre suprimida
otra mentira fue, felicidad.

Esperanza y recuerdo, pobre niño,
vedados para ti siempre estarán;
no encontrarás en tu dolor alivio.
Si sientes un martirio,
te ha dado el mundo lo que puede dar.

¡Oh!, ¡el recuerdo!, arráncalo del alma.
que con él aunque fuerte, no podrás,
porque es el mal menor que se te aguarda
llegar ser estatua,
que es el castigo del que mira atrás.

Pero si miras, hallarás doliente
a un mártir sublime que te dio
dos legados peores que la muerte:
la vida con su leche,
y su mal incurable con su amor.

Y desprendido tú de sus entrañas
otro legado más te dio al nacer,
llevar como ella tan sensible el alma,
herencia desgraciada
que has recibido por tu mal también.

Y si miras, verás allá a tu madre
desgarrarse entre angustias y morir;
en sus nervios, en su alma, en todas partes
un verdugo constante
teniendo encarnizado, la infeliz.

¡Oh!, y la esperanza, aunque mentido sueño
sea la duda, y la duda el torcedor,
no la tendrás aunque los hombres necios
la admitan cual consuelo:
para ti la esperanza se acabó.

Ya te ha cerrado el porvenir sus puertas;
adelante jamás debes mirar,
que lo mismo que atrás, una barrera
estúpida se eleva.
¡Pobre Carlos! No mires más allá.

Si lo haces, verás lo que miraste
al mirar hacia atrás, tribulación;
un tormento, un dolor en todas partes
que sufrirás más tarde...
Si has de sufrir después, no sufras hoy.

Esa tu enfermedad es como el cáncer:
lenta, inflexible, se la ve venir;
tormentos y dolores sólo trae.
Mirándola delante
sé que ni en sueños puedes ser feliz.

Y sufrirás horriblemente: horribles
te aguardan los dolores de tu mal.
Pídele a Dios con fe que te reanime,
con fe a su Madre pídele
que te dé lo que saben ellos dar.

En tu círculo estrecho del presente
retuércete muriendo, y ojalá
Que conforme, aun muriendo nunca llegue
tu lengua balbuciente
una blasfemia a proferir jamás.

¡Yo también sufro tanto...! Mas no quiero
tratándose de ti nombrarme yo;
quisiera consolarte, mas no puedo;
que sepas, sí, pretendo
que alguien hay a quien duele tu dolor;

Y que quiere que el mundo, que te ha dado
lo que el mundo al que sufre siempre da,
lo mires con desprecio. ¡Sufre, Carlos!
Y a Dios pídele en tanto
que no te niegue lo que sabe dar.

El pasado, el presente y el futuro,
todo se muestra descarnado a ti;
mas si crees, ¡feliz! Fuera del mundo
salvando aquellos muros,
puedes tranquilo en tu dolor morir.

Que no importa que el alma torturada
gima aquí, que gemir es su misión;
sufre y la frente en tu dolor levanta,
y de la fe en las alas
elévate hacia Dios, sólo hacia Dios.

▪ UN SUEÑO

¡Soñé! —¡qué cosas se ven en sueños!—
que Dios estaba de buen humor,
y que riendo de ver tan viejos
a mi levita y a mi calzón,

Me dijo: «Escucha: sabes que quiero
darte una prueba de mi bondad;
un don magnífico que te reservo:
quiero que rico puedas gozar.

«Pues he resuelto que no te quejes,
y tengas plata con profusión.
siempre que quieras la mano mete
en el bolsillo del pantalón;

«Y un peso fuerte sacarás siempre;
puedes hacerlo con rapidez,
pues es lo mismo, que siempre un fuerte
en el bolsillo debes tener».

¡Lo que es un sueño! Yo no creía,
pero la mano llevé al calzón,
y en el bolsillo..., ¡un peso!, ¡oh dicha!
¡Estar despierto me pareció!

Rápida al punto volví la mano,
saqué otro peso, y otro después...
Seguí sacando, siempre sacando
pesos y pesos..., muchos saqué.

Sacaba un peso y otro venía
al mismo punto y en vez de aquel,
y de mano ágil y lista
iba creciendo la rapidez.

Iba sacando pesos y pesos
y sobre el suelo formé un montón,
montón que siempre, siempre subiendo
una muralla blanca formó.

Mi ansia, mi anhelo, iban creciendo
cuanto subía más el montón;
ya no veía, me hallaba ciego;
me vi inundado por el sudor.

Como en ayunas, estaba débil,
y tiempo hacía que estaba allí...
Sentí mi brazo desfalleciente
perder sus fuerzas..., rindióse al fin...

Vinieron juntos a suplicarme
todos mis hijos con mi mujer,
que algo comiera; pero yo «gasten»
sólo diciendo, nada escuché.

Siempre anhelante hice otro esfuerzo,
quise más pesos de allí extraer;
pero no pude, diéronme vértigos;
cayendo exánime me desmayé...

Volví a la vida vuelto del sueño:
¡Lo que es un sueño!, pensaba yo:
me había dormido teniendo puesto
mi pobre y único viejo calzón;

y desgarrado vi que tenía
y hecho pedazos mi pantalón.
¡Lo que es un sueño!, que en más desdicha
¡Tanto dinero me sumergió!

Noté con esto, pero ¡qué tarde!
Que en el bolsillo se debe echar
siempre dinero..., mas, no sacarle
sino por grande necesidad.

▪ MORIR

A mi amigo Demetrio Viana

*... al aliento del amor, no siempre
desaparece el dolor, o el mismo hace
otros dolores y angustias...*

¡Aleluya, aleluya! Ya la muerte
con su dedo de hielo me tocó;
si el fin preciso de la vida es ese,
mientras más cerca nuestro fin, ¡mejor!

Poco sufre el que escucha su sentencia,
y más si condenar es absolver;
ese fallo infalible que se espera
poco le debe atormentar a él.

Mas tú dirás que la existencia es bella
y que es negro y dudoso el porvenir...
Pero si hoy es dudoso y nos aterra,
¿No es más dudoso más allá ese fin?

Es muy buena la vida, como dices;
puede un hombre viviendo ser feliz,
pero sólo el momento en que nos ríe
la muerte amiga que nos llama a sí.

Si nadie se alza de su helada tumba,
si no se recita nunca aquí,
¡Oh, bendita la muerte, que asegura
que jamás volveremos a vivir!

¿Dónde está la desgracia? ¿En dónde se halla,
jamás felicidad, siempre dolor?
En la vida, ¿no es cierto? Y si ella acaba
¿Será el morir felicidad, o no?

Pero hay hombres que adulan la existencia,
optimistas en todo, como tú,
que ufanos dicen: «Nuestra vida es prueba...»
Mas ¿qué entre prueba y dicha hay de común?

La muerte que se acerca, ¿a cuántos hace
un delito cobarde suspender?
Pues ya próxima viéndola delante
¿quién, necio, la apresura, y para qué...?

La muerte nos reúne a los que antes
alzaron vuelo a la feliz región...
Nuestras almas no pueden separarse...
Pero..., ¿al que vive hay que decirle adiós...?

¿Es preciso dejar a los que amamos?
¿Conque es *morir* también *separación*...?
Y a la esposa, a los hijos, madre, hermanos
¿Dejarlos y partir? ¡No, Viana, no!

Yo no quiero morir..., solo a lo menos,
si es que debe llorar alguien por mí...
¡Yo no quiero morir..., yo tengo miedo!
¡Oh!, ¡miedo de quedarme y de partir...!

¿Conque al cerrar mis ojos, ojos yertos,
alrededor de mi desierto hogar,
(¡Mi hogar, mi hogar...! ¡Qué digo! ¡Hogar ajeno!)
¿Los que ven mi partida llorarán...?

¿Con qué pudiera yo evitar de Julia
una lágrima sola, una no más...
Con sólo no morir? Demetrio, busca
un remedio eficaz para mi mal...

¡Ella y ellos dispersos y sufriendo...
Y tal vez tanto como sufro yo...!
Yo no quiero apartarme nunca de ellos...!
¡Yo no quiero morir...! ¡Gracias mi Dios!

¡Prolóngame la vida mientras vivan
lo que me obligas hoy a abandonar...!
¡Haz, mi Dios, que me quede o que me sigan!
¡Pero yo solo, no, Dios de bondad...!

Ellos sin mí, ¿qué harán? ¡Oh!, ¡la miseria,
que ha hincado ya sus garras de metal,
seguirá si me voy...! ¡Necio! ¡Si ella
sólo por mí la experimenta ya...!

¡Oh!, ¡y es eso verdad! ¡Soy un estorbo...!
¡No puede estar la dicha en donde estoy...!
¡Aleluya, aleluya...! Reconozco
que si debo morir..., ¡lo quiere Dios!

▪ A MI AMIGO
FEDERICO VELÁSQUEZ

... *irónica resignación*...

«¿Conque has visto la muerte hace ya tiempo
acercarse hacia ti con paso fijo,
y has exclamado con solemne acento:
cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío?».

Eso preguntas tú. Pues eso es cierto;
mas quiero que me digas, Federico,
si próxima la muerte estoy sintiendo
¿qué es lo que extrañas del acento mío?

—¿Qué no debo morir porque no es tiempo
que yo deba dejar entristecidos
a todos los que forman mi embeleso:
familia, patria, provenir, amigos?

Mas si eso no es así, si no hay remedio,
y dice Dios: «Ya el término es cumplido»,
¿Me acusarás si ante un poder inmenso
mi *no poder* con humildad resigno?

Nadie anhela morir cuando a lo lejos
le da un fanal consolador su brillo:
¿Quién ilusiones al redor sintiendo
querrá la realidad, amigo mío?

Si desechar la muerte ya no puedo,
y humildemente resignado digo
(al ver que Dios es gran y yo pequeño):
«Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío»,

¿Me culparás, me culparás por esto...?
No culpándome yo, muero tranquilo.
Todo lo que es morir yo lo comprendo,
y con sólo mi miedo lo publico.

Si es preciso morir, también es cierto
que es resignarse a nuestro fin, preciso.
Si es preciso morir, muramos riendo
al menos con los labios, Federico.

▪ A MAGDALENA

Mis lágrimas bebiendo, de rodillas
me acerqué silencioso a tu ataúd;
iba a rogar por ti, pero a tu vista
olvidé las plegarias que sabía,
pues toda mi alma la llenabas tú.

Y entonces comprendí que están en fiesta
saliéndote en el cielo a recibir,
sabiendo que una voz amiga y nueva
ya el coro de los ángeles completa;
y así, no rogué a Dios, te rogué a ti.

▪ ¡A NADA!

... líquida de nuestras cosas terrenales...

▪ I

¿Me preguntas, Edelmira,
a qué me supo esa pasta
llamada por ti merengue?
Pues oye: me supo a nada.
A nada, muy formalmente
te lo repito: esto basta.

El sabor es, Edelmira,
cual la voz, cual la mirada,
cual todo lo que sentimos
y cuyo juez es el alma.
Y si no, dime, ¿qué dicen
los pájaros cuando cantan?
¿Qué dicen cuando murmuran
en blancas guijas las aguas?
¿Qué dice la blanda brisa

cuando tropieza en las ramas,
y el fiero mar que se escucha
cuando colérico brama?

¿Qué los truenos cuando rugen
y entre las nubes estallan?
¿Qué los volcanes publican
cuando vomitan su lava?
¿Qué se oye, di, cuando suenan
repicando las campanas,
y de un péndulo el latido,
y el de un perro cuando ladra?
Dime, ¿no es cierto, Edelmira,
que brisas, rumores, auras,
truenos, volcanes, sonidos,
son mudos, no dicen nada?

¿No has visto tú algunos ojos
que nos miran y que callan?
¿No has visto algunas sonrisas
que entre dos hoyuelos vagan
o bajo naciente bozo
furtivamente se escapan?
¿Qué dicen esas sonrisas,
Mudo lenguaje del alma?

En el campo, a la oración
¿No has estado reclinada
mirando pasar las nubes

que en mil grupos se brillantan,
que se escarmenan, se apiñan,
negras, plumizas o blancas,
cuando el sol al esconderse
débiles rayos les lanza?
Y allí mismo en esas horas
en el césped recostada,
¿No oíste mugir los toros,
no oíste bramar las vacas,
y del caballo el relincho,
y el balido de las cabras,
currucutear las palomas,
y al gallo cantar, si canta?
¿No oíste de las gallinas
la monótona algazara,
cuando disputan un puesto
de un árbol entre las ramas,
y susurrar las abejas
cuando anhelantes enjambran,
y a la torcaz que solloza
cuando todo rumor calla?
Edelmira, di, Edelmira,
todo esto, ¿qué dice? Nada.

■ II

A nada, es decir, a todo,
porque esta palabra vaga,
como el maná del desierto

a cualquier gusto se adapta.
Se escucha lo que se quiere
porque es fotógrafa el alma,
y con su luz un deseo
es realidad y resalta.
Y si no, dime, Edelmira,
cuando los pájaros cantan,
¿No te expresan lo que anhelas,
lo mismo que oculto guardas?
cuando las aguas murmuran,
¿No responden en su habla
a una pregunta secreta
que estás haciendo aunque callas,
respuesta que a nadie pides,
pero que confiada aguardas?
Y en las brisas apacibles
cuando sacuden sus alas,
¿No escuchas en tus oídos
los mil suspiros que pasan?

▪ III

Nos forja la fantasía
lo que la mente anhelara,
y oímos lo que queremos
si repican las campanas,
si mugen fieros los toros,
si braman tiernas las vacas,
si melancólica arrulla

la paloma enamorada,
si el relincho percibimos
del alazán cuando escarba,
o el ladrido de los perros,
o el gallo criollo que canta,
la torcaz que se lamenta,
o las cabras cuando balan.

El mar, el volcán, el trueno
¿No te espantan cual te espanta
la realidad de un martirio
que sus sonidos retrata?
En las nubes caprichosas,
que tímidamente vagan,
no ves fantasmas, vestiglos,
demonios, ángeles, hadas,
de púrpura inmensos ríos,
de plomo negras montañas,
formando así tu capricho
la figura deseada?

Las sonrisas dicen mucho,
dicen más que las palabras,
crepúsculo vespertino
o tinte róseo del alba,
ya sean de ira o despecho,
ya de amor o de esperanza.
Y los ojos, oh Edelmira,
el telégrafo del alma,

¿Cuántas cosas no nos cuentan
con una sola mirada?
¡Oh! Cuán amargas las penas
son en las horas calladas
de una noche de aflicción...
¡Tan lentas horas no acaban!
Y por eso los murmullos
que llegan a la almohada
nos dicen cosas tan tristes,
que mejor fuera ignorarlas.
Y si postrada en el lecho
sientes la fiebre que mata,
¿No oyes que el péndulo imita
de la muerte las pisadas,
cuando palpitando acordes
tu sien y el péndulo marchan?
Que el péndulo y las arterias
compás acordado marcan,
a la sangre que circula
y al tiempo fugaz que pasa.

En fin, sonidos, rumores
sombras, sonrisas, miradas,
volcanes, nubes y truenos
dicen todo, o dicen nada.

▪ IV

Convengamos, Edelmira
en que no sabiendo a nada

ese merengue exquisito,
mil cosas ocultas guarda.
Yo al probarlo estaba viendo
esas manos delicadas
de las graciosas criaturas
que *aéreas* cosas amasan;
creí que estaba leyendo
el interior de sus almas,
y en su limpio fondo escritas
sus ilusiones galanas.
Me supo, y me supo a mucho,
porque no me supo a nada...
Y veía, sobre todo,
que aquella bendita pasta,
pasando antes por las tuyas,
luego a mis manos llegaba;
y pensando en ti leía
lo que allá en tu pecho pasa,
donde a leer he aprendido
por voz y tu mirada.

Concluyamos, Edelmira,
¿A qué me supo esa pasta?
a lo mismo que esos versos:
me supo a todo y a nada.

▪ ¡MISERERE!

*... levántase hasta el padre
de las misericordias...*

¡Misericordia, oh Dios, oh Dios eterno!
Escucha las palabras de mi boca:
guarda tu omnipotencia y tu justicia;
sólo pido hacia mí misericordia.

Eterno, omnipotente y admirable
te manifiestas en tus obras todas,
y yo, ruin, para alcanzar clemencia,
no tengo más que mis mundanas obras.

Tú, todopoderoso, eres el centro
a do la creación gravita toda;
sólo tú permaneces inmutable,
pues todo el tiempo lo destruye y borra.

Círculo eterno cuyo centro se halla
en todas partes, siempre a todas horas,
y cuya periferia en parte alguna
jamás puede encontrar la mente ansiosa.

Son los mundos y soles refulgentes
opacas lentejuelas de tu alfombra.
Y el pasado, el presente y el futuro
un breve punto a tu presencia sola.

Al que pretende penetrar tu esencia
tu poder lo confunde y lo acongoja,
mas así muestras tu poder eterno,
abrumando al que intenta ver tu gloria.

Tu ciencia es infinita y tu justicia
infinita como ella y portentosa;
pero yo sólo a tu bondad ocurro:
busco al Padre no más; óyeme ahora.

Tu airado rostro de mi rostro aparta,
y así tu oído escuchará mi boca;
no te acuerdes, Señor, de mis pecados,
y de mi alma la impureza borra.

Con un santo temor y temblor santo
quisiera yo servirte a todas horas,
y espero tu perdón, porque yo, ingrato,
al fango me arrojé, do gimo ahora.

Señor, soy débil, me confieso reo,
nada mi infamia y mi vileza abona,
pero fui concebido en el pecado,
y es la mancha de Adán mi herencia odiosa.

¡Apártame del vicio, Dios clemente,
y tu perdón mi contrición acoja,
mi contrición que alentarás, que el alma
es impotente si se encuentra sola!

No son las almas parte de tu esencia,
pues sólo son tu predilecta obra;
si tú sombra inmortal tener pudieras,
nuestras almas, tal vez, fueran tu sombra.

Mas vuelve ya tu rostro hacia mi rostro;
ya me oíste, Señor, ¡mírame ahora!
¿No me escuchas aún? ¡Virgen María,
ayúdame a rogar, Madre y Señora!

Pide a mi Redentor, al Hijo tuyo,
que mi plegaria compasivo acoja.
me escuchaste ¿no es cierto, Madre mía?
¡Gracias!, ¡que así tendré misericordia!

▪ LA ORACIÓN

Bien hace aquel que prosternado cae
y confiesa y alaba su Señor;
creer y confesar tan vez lo salven,
pero es dulce, es mejor pedirle a Dios.

Confiad en la oración, llama que sube
hasta las salas de la eterna luz,
telégrafo instantáneo que nos une
con la patria de amor, patria común.

Las plegarias, que son alas del alma,
la llevan recta hasta encontrar a Dios,
y oración que a su trono se levanta
baja trayendo alguna bendición.

Pedidle a Aquel en cuya mansa boca
tantas promesas para todos hay;
no temáis implorarle a todas horas;
creed en el *Pedid y se os dará*.

Si no alcanzáis lo que pedís fervientes
(¡misterioso poder de la oración!),
encontraréis de los pedidos bienes
después de orar, necesidad menor.



**Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2015. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital se utilizó tipografía de la familia Baskerville (John Baskerville 1706–1775).

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.



MINCULTURA



Biblioteca
Nacional
de Colombia



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**

PAZ EQUIDAD EDUCACION